

EL Libro DE Job

BS1415
.8.G794

6.28.02

From the Library of
Professor William Henry Green
Bequeathed by him to
the Library of
Princeton Theological Seminary

BS1415

.8.G794

Rev. Dr. Wm Henry Green
with compliments of
publisher

Hubert W Brown

New York City, Jan 18, 1897

EXPOSICION
DEL
ARGUMENTO
DEL
LIBRO DE JOB

POR EL
REV. GUILLERMO H. GREEN

Doctor en Teología y en Leyes,
Catedrático del Seminario Teológico de Princeton,
E. U. A.

TRADUCIDO POR EL
REV. MIGUEL ARIAS.



MEXICO
IMPRESA UNIVERSAL DE DAVID C. SMITH,
Escalerillas 549 á 553.
1896.

PROLOGO

DE LA

EDICION ESPAÑOLA.

«Los Estudios sobre el Libro de Job» se dieron á luz primeramente en las columnas de EL FARO, de los años de 1893 á 1896. Empero nos ha parecido bien, previo el consentimiento del Dr. Green y de la casa de publicaciones de Roberto Carter y Hermanos, de Nueva York, imprimir la obra en esta forma más atractiva y permanente, por ser ella de suma importancia, á causa de la vasta erudición bíblica de su autor y de lo ameno de sus estudios, no sólo acerca del Libro de Job, sino relativos á algunos problemas los más enigmáticos de la religión y de la Providencia. Recomendamos su lectura á toda alma dolorida que desea cerciorarse del amor y misericordia de Dios. También todo estudiante de la Biblia hallará en esta obra una exposición sabia y espiritual del plan de la Providencia divina, la cual aclarará sus conocimientos bíblicos y fortalecerá su fe.

El Señor Arias, que acaba de hacer esta versión al español de la obra escrita en inglés por el Dr. Green, completó sus estudios teológicos en 1885, siendo graduado en dicho año del Seminario Teológico de la Iglesia Presbiteriana establecido en ese entonces en

Tlalpam, D. F. Por más de diez años, desde esa fecha, ha trabajado en la propaganda del evangelio, en varios Estados de la República Mexicana. Siempre ha gozado de la bendición divina sobre sus trabajos. En medio de sus demás ocupaciones, el Sr. Arias ha hecho la presente traducción, la cual hemos comparado con el original, y á la vez que es bien libre, nos parece que con las pequeñas modificaciones que hemos hecho en uno que otro párrafo, ya expresa con admirable acierto las ideas del Dr. Green. Creemos poder decir también que el estilo del traductor es castizo á la vez que sencillo, y en tal grado que la lectura de esta versión, podrá hacerse con verdadero provecho y placer.

HUBERT W. BROWN.

México, Septiembre de 1896.

PREFACIO.

Los métodos que en la actualidad se emplean con más frecuencia para el estudio de la Biblia, es fácil que favorezcan la adquisición de conocimientos inconexos, en vez de hacer que resalte la unidad de ideas y de propósito que caracteriza el contenido del Volumen Sagrado. Además del estudio de pasajes aislados, es preciso que el cristiano que aspire á tener un conocimiento más amplio y completo de la Palabra de Dios, procure á la vez formar una idea adecuada acerca del contenido de cada libro considerado en su totalidad. En la preparación de la presente obra el autor se ha propuesto proporcionar los datos y auxilios necesarios para hacer posible semejante estudio del Libro de Job. Esta obra no pretende ser un comentario en el sentido de contener una exposición detallada de cada palabra y renglón; tampoco trata el asunto tan discutido acerca de la época en que fué escrito el libro y el de quién fué su autor. Ofrece más bien algunas ideas generales acerca del plan y estructura del Libro, á la vez que traza á grandes rasgos el desenvolvimiento del tema general que campea por toda la obra desde el primero hasta el último renglón. El autor ha procurado enseñar con perspicuidad el papel desempeñado por cada uno de los actores, el significado de sus discursos, y la relación

que existe entre cada división del libro y el tema principal. Una hojeada general y comprensiva como la que proponemos aquí, será la mejor preparación para el estudio minucioso de las diferentes partes del Libro. La coherencia y armonía de todas sus partes así exhibida, será también la mejor demostración de la unidad de este admirable Libro en contra de aquellos que se han atrevido á introducir en él el bisturi de la crítica.

El autor desea que este humilde esfuerzo ayude de alguna manera en promover el mejor conocimiento y más alto aprecio del Libro de Job tanto entre los ministros como en el pueblo en general. Quedará bastante contento si algún hijo afligido de Dios fuere inducido por la lectura de estas páginas, á sacar aguas refrescantes de las Escrituras, única fuente inagotable de consuelos divinamente inspirados.

WILLIAM HENRY GREEN.

Princeton, New Jersey, E. U. A.

CONTENIDO.

<u>Capitulos.</u>	<u>Página.</u>
I PROSPERIDAD DE JOB.....	1
II SATANAS.....	29
III AFLICCION DE JOB.....	54
IV JOB Y SUS TRES AMIGOS.....	85
V CONFLICTO DE JOB.....	116
VI TRIUNFO DE JOB.....	141
VII JOB REFUTA A SUS AMIGOS.....	174
VIII ELIU.....	193
IX EL SENOR.....	225
X EL LIBRO DE JOB EN RELACION CON EL PLAN GENERAL DE LAS SANTAS ESCRITURAS.....	257
 <u>Apéndices.</u>	
I DOCTRINA DE LA INMORTALIDAD EN EL ANTI- GUO TESTAMENTO.....	283
II ANALISIS DEL LIBRO DE JOB.....	291

CAPITULO I.

PROSPERIDAD DE JOB.

Hubo un hombre en la tierra de Uz que se llamaba Job; y era aquel hombre perfecto y honrado, temeroso de Dios y apartado del mal.

JOB I: I.

EL libro de Job es, sin duda, uno de los más notables del Antiguo Testamento. Prescindiendo de su inspiración, y considerándolo únicamente como una producción literaria, el estudiante entendido no podrá menos que reconocer en él, la obra del genio. Trata de uno de los más profundos y difíciles temas, á saber, el misterio de la Providencia divina en los sufrimientos de los buenos. Y tan delicado asunto no es tratado en abstracto, ni en simple prosa, ni bajo un plan especulativo ó didáctico; sino que se presenta ante la vista del lector un caso real, en el cual las dificultades aparecen en toda su formidable gravedad. Por una extraordinaria acumulación de desastres, un hombre de incomparable piedad se ve repentinamente arrojado de su prosperidad, y reducido á la más lastimosa y lamentable situación.

La impresión producida en los espectadores de semejante calamidad, se halla descrita con notable maestría, así como el conflicto interior que se apodera del alma de aquel hombre á causa de lo repentino é impetuoso de los desastres que lo afligen, la confusión de su mente, lo amargo de su dolor, sus alternativas de desesperación y esperanza, sus lastimosas demandas de una simpatía que todos le niegan, su irritación á causa de las injustas suposiciones y censuras de sus amigos, sus desesperadas, ó por lo menos apasionadas quejas en contra de la Providencia, mezcladas con tiernas expresiones de la más firme confianza en Dios que jamás pudo abandonar. El estado tumultuoso de su alma, se halla gráficamente descrito á medida que adelanta, llegando por fin á un glorioso desenlace: la vindicación de la Providencia y de su paciente siervo. Y tan grandioso asunto se desarrolla en el más elevado estilo poético, abundante en bellísimas y delicadas imágenes, y conteniendo pasajes verdaderamente enérgicos y de extraordinaria sublimidad y poder, mientras el asunto en general es manejado con habilidad y maestría consumadas.

El libro de Job bien merece el alto encomio que se le ha tributado llamándole una de las más bellas creaciones de la poesía. Así, pues, mientras humildemente recibimos sus inspiradas enseñanzas, no hay razón para que nos

mostremos insensibles á sus otras bellezas, ni para que rehusemos recrearnos con sus demás atractivos. Si es verdad que la Biblia no debe sujetarse en todas sus partes á las reglas de la crítica moderna, tampoco se la puede clasificar como modelo de mal gusto. Por lo demás, cuando Dios nos habla, es nuestro deber escuchar y obedecer reverentemente, por más que no sea de nuestro agrado el medio por el cual nos comunica su soberana voluntad. Sin embargo, es de notarse que á la interesante variedad del Libro santo, y á su adaptación á todos los hombres y á todas las necesidades del alma humana, Dios ha añadido la corrección y la gracia que pueden dejar satisfecho al gusto más refinado y á la más culta inteligencia. Semejante á la inagotable fecundidad de la naturaleza en su múltiple diversidad, las verdades del sagrado volumen, se nos presentan no sólo con la solidez del granito y el intrínseco valor del oro y la plata, sino también con el pulimento y brillo de las piedras preciosas; no sólo nos proporciona un alimento nutritivo, sino que á la vez nos regala con los más delicados manjares. Así que los hechizos y adornos del genio poético que han embellecido otros asuntos, se encuentran igualmente en los sagrados oráculos: en el dulce lirismo de David, en el apasionado fuego de Isaías, y en la maravillosa beatitud del libro de Job.

El principal personaje del libro y el que más llama nuestra atención é interesa nuestra simpatía, es Job mismo, su venerable y patriarcal carácter, así como la devota resignación que conserva aún en la espantosa crisis á que fueron llevadas su vida y su fortuna. Algunos han llegado á decir, que no se trata de un personaje real é histórico, que no es la narración de acontecimientos pasados, sino que es más bien una ficción ó parábola semejante á la del Hijo Pródigo ó á la del buen Samaritano, cuyo objeto es representar no á una persona á quien realmente haya acontecido lo que allí se refiere, sino una clase entera de personas que se encuentran en el mundo con semejante carácter é idéntica experiencia; y que la excelencia de dicha ficción, sólo consiste en representar con maravillosa exactitud lo que tan á menudo se observa en la humanidad, así como en la suprema verdad de las lecciones que nos suministra. Pero indudablemente que esto no es la verdad. El hecho se refiere no como una parábola, sino como una historia instructiva en todas sus partes, como lo son todas las historias bíblicas, sin omitir nada que sea verdadero é importante. En otros libros de la Escritura se habla de Job como de un personaje real, y del mismo modo que se habla de Noé ó de Daniel; y los acontecimientos de su vida se relatan de tal manera, que es imposi-

ble dudar de que efectivamente se verificaron. En consecuencia, concluimos que, prescindiendo de las galas poéticas de la narración, en el libro de Job se encuentra sustancialmente la historia de un hombre que positivamente pasó por todas las condiciones allí referidas.

Mas lo que me propongo tratar en este capítulo, relativo á la vida de Job, es su carácter y situación al ser introducido á nuestro conocimiento; su admirable piedad, y su dichosa y próspera situación, concisa pero vivamente descrita en los primeros versículos del capítulo I, un tanto amplificado por Job mismo en el capítulo XXIX, cuando agobiado por la aflicción que le produce el recuerdo de sus amargas vicisitudes, evoca, pintándolas brillante y patéticamente, la prosperidad y dicha de sus pasados años.

Comúnmente nos imaginamos á Job sólo como un hombre pacientísimo y sufrido, y las lecciones que más generalmente asociamos á su recuerdo, son sólo las concernientes á la aflicción. Sin duda que los graves sufrimientos de Job tienen especial importancia, y es para su consideración justamente con los soberanos principios del gobierno de Dios, para lo que principalmente se ha escrito este libro. Pero es el carácter singularmente excepcional de esta maravillosa historia, lo que sobre todo llama nuestra atención, y lo que demanda un dete-

nido estudio. Si esto no fué así, no hay ningún misterio que elucidar. Mas el enigma está en el contraste entre lo que Job tuvo que sufrir, y lo que podía esperarse que sucediera á un hombre tan bueno y justo como él. Es decir, el contraste entre lo que Job sufrió y la experiencia ordinaria de los hombres buenos y lo que había sido la de Job, hasta el día en que se vió envuelto en tan inesperadas calamidades. «La piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente y de la venidera.» (1ª Tim. 4: 8). El cumplimiento de esta importante promesa tuvo por muchos años su más perfecto verificativo en la vida de Job, la cual no fué sino una continuada prosperidad, hasta el día en que se le sometió á la terrible prueba de que nos ocuparemos después. Parece que Dios le había colmiado de todas las bendiciones que jamás pudiera desear su alma. El mismo parece expresarlo en el capítulo XXIX cuando dice: «¡Quién me tornase como en los meses pasados, como en los días que Dios me guardaba! cuando hacía resplandecer su candela sobre mi cabeza Cuando lavaba yo mis caminos con manteca, y la piedra me derramaba ríos de aceite mi raíz estaba abierta junto á las aguas, y en mis ramas permanecía el rocío.» La frondosidad del árbol junto á las aguas, la grosura de la manteca y del aceite, y la luz del mismo Dios, son las figuras con las

cuales representa su alegría y próspera abundancia. Y es por esto que el tentador pudo decir: «¿Teme Job á Dios de balde?» Dios guardaba á Job, á su casa y á todo lo que á éste pertenecía. Había bendecido su trabajo, y su hacienda se había engrandecido, sobre la tierra.

Empero entre tanto que estudiamos la historia de las horas tenebrosas de Job, para descubrir los beneficios de la aflicción y meditar sobre las saludables lecciones que la acompañan, conviene igualmente que nos detengamos á considerar la gran verdad que entraña el período de prosperidad que precedió á su aflicción, á saber: Que las bendiciones de Dios siempre acompañan á los justos. «Porque el que quiera amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño; apártese del mal, y haga el bien; busque la paz y sígala. Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos á sus oraciones; mas el rostro del Señor está contra aquellos que hacen mal.» (1ª Ped. 3: 10-12).

Consideremos, pues, la piedad y la felicidad de Job, con el propósito de hacer notar cómo ambas cosas se combinan en la Providencia de Dios relativamente á sus siervos. No se nos dice que no hay excepciones. Existen tales excepciones. Hay graves y poderosas razones para que tal cosa sea así. Job mismo fué una

excepción notabilísima en cierta época de su vida. Sin embargo, la regla existe, y ni el número ni lo misterioso de semejantes excepciones, debe hacernos olvidar la regla, regla que ha sido ilustrada por la vida del mayor número de los siervos de Dios, (lo que ciertamente hace más singulares las excepciones), regla en fin, que tiene su más notable ejemplificación en una gran parte de la vida de Job. El retrato que en ella se nos presenta, es el de un hombre modelo. Dios mismo dice de Job, que «no hay otro como él en toda la tierra.» Pero antes de pasar adelante, conviene que nos detengamos á considerar dos importantes omisiones que, por tratarse de un libro del Antiguo Testamento, son altamente significativas.

La primera omisión que notamos en la historia de Job es, que nada se nos dice de su genealogía ó de su relación con el pueblo escogido de Dios. Nada se dice de sus ascendientes, ni de si tuvo ó nó algún parentesco con Abraham. Ahora bien, si lo que asegura al cristiano el favor de Dios es la fe de alguno de sus ascendientes ó su relación con la Iglesia visible, es inexplicable que aunque Job se nos presenta como un modelo para todas las edades y generaciones, que Dios habla de él como no ha hablado de ningún otro de sus siervos, no se dijera nada acerca de estos puntos. Pero una omisión tan singular, ha sido seguramente

intencional, y ha debido tener por objeto persuadirnos de que no es la relación con la Iglesia visible, aun cuando sea la más santa, lo que nos asegura el favor de Dios, sino el carácter personal y la santidad de vida. «Y de cualquier nación ó comunidad, el que teme á Dios y obra justicia, éste es acepto ante El.» Así, pues, la cuestión importante no es decidir si somos judíos ó gentiles, si somos miembros de esta ó aquella rama de la iglesia visible, ó si pertenecemos á cualquier cuerpo de los que profesan el cristianismo; sino la de si poseemos personalmente el carácter que es aceptable ante Dios, y nos conducimos de un modo agradable ante su vista.

La segunda omisión, en cuanto á la piedad de Job, se refiere al ceremonial del culto. En efecto, nada hay que lo haga consistir en ritos y ceremonias. No se hace ninguna mención de templos ni de servicios rituales practicados en ellos; ninguna de ayunos, purificaciones ó diezmos, ni de abstinencias, mortificaciones corporales ú observancias ascéticas; ninguna de intervención ó absolución sacerdotal, ni de determinada casta de hombres señalados como los únicos canales por los cuales puede ser comunicada la gracia de Dios. Los únicos ritos religiosos de que se hace mención, son los sacrificios del culto patriarcal conservados por la fe en el sacrificio y propiciación consumados

más tarde en el Calvario por el Hijo de Dios. Job era el sacerdote de su casa; sus manos ofrecían el holocausto, y aunque no pertenecía á ninguna orden sacerdotal, ni fué previamente consagrado para el oficio, fueron, sin embargo, sus presentes aceptos ante Dios. Así, pues, la religión de Job era la del corazón y de la vida, no la que consiste en servicios rituales.

Y todo esto es más notable siendo así que es un modelo de piedad bajo la antigua dispensación. Es otro ejemplo de las precauciones que se practicaban bajo aquella estricta y legal economía, para prevenir al pueblo contra el fanatismo y el espíritu farisaico en que estuvo siempre tan propenso á caer y á hacer caer, y que ha sido en todas épocas, el veneno de la religión. Job es un notable y luminoso ejemplo de piedad, un eminente santo, por más que no haya sido de la descendencia de Abraham, ni se haya conformado á los numerosos ritos del ceremonial Mosaico. En el primer caso no hubiera tenido más ventaja que la de pertenecer al pueblo de Dios ó á la Iglesia visible, y en el segundo, no hubiera tenido más privilegios, ni se hubiera distinguido en nada, de aquellos que fielmente cumplen con sus deberes religiosos, cosas que á la verdad nada tienen de censurables, ni se deben menospreciar cuando sean rectamente entendidas y ocupen su propio lugar; sin embargo, la pie-

dad que merece la aprobación de Dios, es cosa independiente de semejantes prácticas y relaciones.

«Era perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado de mal,» he aquí en cuatro palabras, cuanto puede decirse de la piedad de Job. Sin embargo, esta cláusula tan sencilla en su expresión, es ampliamente comprensiva en su significación. Era perfecto y recto. *Rectitud* denota en primer lugar, honestidad, diligencia, solicitud y sinceridad. No había malicia ni doblez en su conducta; ni hipócritas pretensiones ya fuera en sus relaciones para con Dios ó para con los hombres. Era sincero en su profesión religiosa, y honesto en su conducta. *Rectitud* significa, además, conformidad con la justicia tanto exterior como interiormente. Pues bien, aun en este sentido era Job recto en su corazón y en su conducta. Había pureza en sus intenciones é integridad en su vida; era solícito y exacto en sus obligaciones para con Dios y para con los hombres. Más aún, era perfecto: «perfecto y recto,» es decir, su rectitud era perfecta. Perfecto, pero no porque su conducta haya estado siempre ajustada á las enseñanzas de la santa Escritura, ni porque así fuese considerado por los demás hombres, pues semejante perfección es imposible en esta vida. Tampoco debe entenderse su perfección en un sentido absoluto y significando impecabili-

dad, porque en este mundo no hay hombre que no peque. Job jamás pretendió poseer semejante pureza. Al contrario, él mismo dice: «Hé aquí que yo soy vil: ¿qué te haré á Tí, ¡oh guardador del hombre? ¿Cómo se justificará el hombre con Dios? Si quisiere contender con El, no podrá responder á una cosa de mil. Si yo me justificare, mi boca me condenará; si dijere que soy perfecto, El también me convencerá de pecado.» (Job 7: 20 y 9: 2, 20.) Pero no, su rectitud era perfecta en el sentido de que comprendía todos sus deberes y se extendía á todas sus relaciones. No era parcial, es decir, no se limitaba á cierta clase de deberes y descuidaba otros; no consistía en diezmar con escrupulosa exactitud la menta, el anís y el comino, para dejar lo más grave de la ley. Tampoco era temporal: no se limitaba á determinados tiempos ú ocasiones, ni se mostraba celoso en la observancia del sábado ú otras solemnidades, y descuidado en sus deberes de otros días, sino que la misma devoción y el mismo celo acompañaban á todas sus acciones. El hombre que se muestra religioso en la Iglesia é impío en sus negocios, fervoroso al pedir á Dios el perdón de sus culpas, y, sin embargo, es duro para perdonar; que pretende amar á su Salvador y cierra sus puertas á sus hermanos pobres, éste ciertamente no es el tipo del verdadero piadoso, ni fué tampoco el carácter de

la piedad de Job. Su perfección era proporcionada á su rectitud. Su piedad era perfecta porque abrazaba todo el círculo de sus relaciones. Procuraba siempre desempeñar fielmente sus deberes para con todos, en todos tiempos y bajo todas circunstancias.

La causa de su rectitud y perfección, ó sea su completa integridad, era el temor de Dios. Ponía ante su vista la voluntad de Dios como su sola regla; la gloria de Dios como el objeto y fin de su vida, y la aprobación de Dios como la más alta recompensa á que podía aspirar. Este era el motivo predominante de todas sus acciones. Esto lo que tapó sus oídos á los meliódicos encantos de la tentación. Esto lo que cerró sus ojos ante los engañosos atractivos del pecado. El pensamiento: «Tú ¡oh Dios! me ves,» era su estímulo y salvaguardia; siempre lo impelió á dar pronto cumplimiento á todos los mandamientos de la divina ley. Esto, en fin, lo hacía perseverar en su rectitud y le daba la integridad que mostraba en todos sus deberes.

Esto le hacía igualmente apartarse del mal, completando de esta manera el cuadro de su perfección, modelo acabado de una verdadera piedad. «Apartado de mal:» huía cuidadosamente de todo pecado, evitaba todo pensamiento de maldad, toda palabra y todo proceder injuriosos. Hombres hay cuyo celo religioso

es bien reconocido, que concentran toda su atención á la parte positiva de la religión, y descuidan la parte negativa; todo su esfuerzo se dirige á hacer lo que es bueno y recto, pero no muestran sino muy poco empeño en luchar contra el mal. Así es que dejan incompleto el cuadro del carácter cristiano: la parte complementaria y que le da simetría, jamás llega á su conclusión. Queda, pues, un hueco, un vacío que es necesario llenar. Tan lamentable deficiencia no se encuentra en el caso de Job. «El era perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado de mal.»

Además de la general descripción de la piadosa integridad de Job que ya hemos hecho, debemos notar dos rasgos que se hallan incidentalmente mencionados en algunos pasajes del libro, y que le son peculiares y característicos. No pensemos, sin embargo, que estas fueron las solas circunstancias bajo las cuales se manifestó su piedad, pues si bien son marcadamente notables, no las mencionaremos sino como una ilustración de su habitual y consistente piedad en las dos más importantes relaciones de su vida: en el hogar y fuera de él; en las intimidades domésticas y en sus relaciones sociales. Respecto de lo primero, bastan para evidenciar el carácter de la piedad doméstica de Job, la solicitud y celo con que procuraba la espiritualidad de sus hijos. Era el sagrado

hábito de la familia ponerse bajo la salvaguardia de la religión, lo mismo en sus expansiones de familia que en sus recreos sociales. Así, pues, cuando sus hijos invitaban—como con frecuencia, parece que lo hacían—á sus hermanos y parientes, á sus fiestas domésticas, para fomentar y estrechar su fraternal afecto, era la invariable costumbre de Job, reunirlos en seguida para santificarlos, ofreciendo holocaustos y sacrificios conforme al número de ellos. Porque decía: «Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado de Dios en sus corazones.» (Job 1: 5.) La traducción *blasfemado* no representa bien el significado de la voz hebrea empleada en el original. No significa *blasfemar*, ni provocar la justicia de Dios, ni es la expresión de odio á su servicio, sino es propiamente una fórmula de despedida usada al separarse uno de sus amigos ó parientes. Comúnmente se traduce *bendecir*, y es la misma que se emplea cuando se dice: «Y madrugó Labán por la mañana, y besó á sus hijos y á sus hijas, y *bendijolos*, y volvió y tornóse á su lugar.» (Gén. 31: 55.) «Y *bendiciéndolos*, Josué los envió . . .» (Jos. 22: 6,) que es lo mismo que *enviar*, *despedir* ó decir *adiós* á alguno. Así, pues, Job temía que sus hijos hubieran desechado á Dios de sus corazones, ó se hubieran alejado de El; ó que entregados á una inconsiderada alegría, hubieran obrado como si Dios

no los viera. Por tanto, los reunía para elevar sus pensamientos á cosas más solemnes, y para hacerles meditar en el servicio que debían á su Criador, mientras que él imploraba el perdón de sus pecados ofreciendo holocaustos y sacrificios.

Con lo expuesto se manifiesta claramente tanto la piedad doméstica de Job, como el interés y cuidado que tenía por el bien espiritual de sus hijos. Pero su cuidado no se limitaba á sólo los de su casa. Procuraba igualmente el bien de todos sus semejantes. Era especialmente el alivio de los necesitados y el consuelo de los afligidos. «Cuando los oídos que me oían me llamaban bienaventurado, y los ojos que me veían, me daban testimonio; porque libraba al pobre que gritaba, y al huérfano que carecía de ayudador. La bendición del que se iba á perder venía sobre mí, y al corazón de la viuda hacía cantar de alegría. Yo era ojos al ciego, y pies al cojo. A los menesterosos era padre. . . . Y quebraba los colmillos del inicuo, y de sus dientes hacía soltar su presa.» (Job 29: 11-17.)

Pero aun hay más: la felicidad de Job era tanta, cuanto era ejemplar su carácter. La bendición de Dios estaba sobre sus intereses y alcanzó gran prosperidad. Bendijo su hogar concediéndole siete hijos y tres hijas, los cuales moraban unos cerca de otros, y todos cerca del

hogar paterno, viviendo en la más deliciosa armonía, y unidos por los vínculos de la fraternidad. Tuvo grandes posesiones, grandes rebaños y mucho ganado, «y era el varón más grande del Oriente.» Era tratado con el mayor respeto y deferencia por todos los que le conocían, y gozaba de gran estimación. Hé aquí lo que él mismo dice al volver su memoria á los días de su pasada felicidad: «¡Quién me tornase como en los meses pasados . . . ! Cuando salía á la puerta á juicio, y en la plaza hacía aparejar mi silla: los mozos me veían y se escondían, y los viejos se levantaban y permanecían en pié. Los príncipes detenían sus palabras y ponían la mano sobre su boca . . . Aprobaba el camino de ellos, sentábame como príncipe, y moraba como el rey en el ejército . . . » (Job 29: 2, 7, 8, 9, 25.) Parece que nada había de mundana prosperidad ó de placeres mundanos que Dios no hubiera concedido á Job.

Nuestros pensamientos se vuelven con tanta frecuencia á la consideración de la disciplina de la aficción, y á los beneficios espirituales que de ella resultan, que á cada paso sentimos la tentación de apartar la vista de la regla, á causa de lo prominente de la excepción. Mas es lo cierto que la religión asegura á los fieles sus bendiciones así temporales como eternas. Las bendiciones de Dios acompañan á los buenos en esta vida, cualquiera que sea su situación.

Dios ha prometido larga vida y prosperidad, en todo cuanto sea compatible con su propia gloria y con el bien de ellos á todos aquellos que guardan sus mandamientos. «Bienaventurado todo aquel que teme á Jehová, que anda en sus caminos. Porque comerá del trabajo de sus manos: bienaventurado él, y bien habrá. Mas los malignos serán talados; y los que esperan á Jehová heredarán la tierra. Ciertamente hay fruto para el justo: ciertamente hay Dios en la tierra.» (Sal. 128: 1-2; 37: 9 y 58: 11.)

Sin embargo, no cabe duda en que las riquezas de este mundo nos envuelven en graves dificultades. Por esta razón nuestro Salvador exclamó: «¡Cuán dificultosamente entrarán en el reino de los cielos los que tienen riquezas!» Y uno de los apóstoles escribe: «mirad, hermanos, que no sois muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles.» A todo lo cual añadió Santiago: «¡No ha elegido Dios los pobres de este mundo, ricos en fe, y herederos del reino que ha prometido á los que le aman!» Seguramente que las riquezas de este mundo ofrecen graves inconvenientes á la salud de las almas. El peligro está en que podemos concentrar todo nuestro afecto en los bienes y goces mundanos; y contentos con regalar á nuestro cuerpo, despreciemos la eterna felicidad de nuestra alma. Si damos nuestro

corazón á las cosas de esta vida, sean éstas las que fueren, al fin llegarán á ser el objeto y el blanco de nuestra vida, y entonces dejaremos de ser los siervos de Dios para ser los esclavos del mundo. «Y si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.» No podemos servir á Dios y á las riquezas. Aquellos que aman las riquezas, es decir, aquellos que las hacen el móvil y el principal objeto de su vida, «caen en tentación y lazo, y en muchas codicias locas y dañosas, que hunden á los hombres en perdición.» El amor del dinero es la raíz de todos los males. Para preservarnos de ellos, nuestro Salvador nos da la siguiente regla: «buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y las demás cosas os serán añadidas:» —es decir, primeramente en el tiempo, en importancia y en los afectos de nuestro espíritu.

El que observe fielmente la regla anterior, tendrá las demás cosas por añadidura sin que de ello le resulte daño. Porque «la bendición de Jehová es la que enriquece, y no añade tristeza con ella.» Mas en este caso el peligro está en que fácilmente podemos invertir la regla y buscar primeramente las cosas del mundo, y después cuanto se pueda de las cosas del cielo, pero sin sacrificar demasiado nuestros intereses mundanos. Así que podemos afirmar sin temor de equivocarnos, y fundados en las enseñanzas de la Escritura y en la experiencia diaria, que

el camino que conduce á la felicidad, aun en este mundo, se halla en el fiel servicio de Dios. Hé aquí como formuló nuestro Salvador la misma verdad: «El que salvare su vida, la perderá; y el que perdiere su vida por causa de mí, la hallará.» La experiencia confirma la verdad de esta aparente paradoja. Por lo demás, los bienes de este mundo no pueden dar la felicidad que necesita el hombre, y el que se empeña en buscarla en ellos, al fin no la consigue. Esto puede suceder por dos motivos principalmente: ya porque sea incapaz de obtener los bienes que desea, ya porque habiéndolos alcanzado no encuentre en ellos lo que anticipadamente se había prometido, probándose así que son insustanciales é incapaces de hacer feliz al hombre. Pero el que deja de considerar los bienes terrenales como el principal objeto de su vida, y pone su mira en la gloria de Dios, gana ésta, y recibe aquellos por añadidura. Sucede exactamente lo que con Salomón cuando oró, no pidiendo riquezas ni larga vida, sino sabiduría para desempeñar bien el alto encargo que se le había conferido. Dios, atendiendo á su oración, no sólo le concedió sabiduría, sino que á la vez le dió riquezas y larga vida; pero luego que dejó á su Dios, lo que en su origen fué una bendición, se trocó en maldición. Y es que á menudo, el egoísta es enemigo de sí mismo, pues la misma impacien-

cia con que persigue los bienes que anhela, hace que se le escapen como la burbuja de jabón que se desbarata al menor contacto. Así, pues, aun circunscribiéndonos á nuestra prosperidad y felicidad temporales, podremos más positivamente alcanzarlas por el fiel servicio de Dios, que por cualquiera otra cosa. La experiencia ha consagrado la misma verdad por medio del siguiente proverbio: «la mejor política es la honradez.» En un sentido semejante y con las mismas limitaciones, se puede decir que la piedad es la mejor política. El que se abstiene de defraudar á su vecino no por integridad, sino por mero cálculo, el tal no merece ni el título de honrado, ni las consideraciones de sus semejantes. Y el que se cubre con la apariencia de la piedad pretendiendo escalar el cielo, sólo conseguirá el desprecio de los hombres, y al fin la reprobación de Dios. No obstante todo esto la verdadera bondad trae consigo beneficios temporales. «Longura de días trae en su mano derecha; en su izquierda riquezas y honra.» (Prov. 3: 16.)

La simple enunciación de esta verdad, basta para hacerla evidente, tanto respecto de los individuos como respecto de las sociedades humanas.

La religión nos habilita con aquellas cualidades y hábitos que tienden á producir nuestra particular prosperidad en este mundo, y asegu-

ran y promueven el bien general. Fomenta la industria, la economía y la frugalidad, facilitando de esa manera la acumulación; mientras que de otro modo, ó nos dejamos dominar por el vicio, ó siendo indulgentes con él, nos inclinamos á la prodigalidad, descuidamos nuestras ocupaciones, y llegamos por fin, á la disipación y á la miseria. No cabe duda en que una gran parte de la extrema pobreza y de los sufrimientos que aquejan á la humanidad, no son más que, directa ó indirectamente, la consecuencia inevitable de una vida criminal ó viciosa; el natural y merecido castigo de los mismos viciosos ó de aquellos con quienes tienen relación. Y no se crea que son los pobres únicamente los que sufren las consecuencias del vicio y del pecado; pues del mismo modo y con el mismo rigor afectan á los ricos, ya desolando y arruinando familias bien acomodadas, ya en fin convirtiendo en desesperación y tristeza el goce y la alegría de una vida licenciosa. Dios ha puesto el sello de su reprobación sobre el pecado, tanto por el conjunto de principios morales impresos en la conciencia del hombre, cuanto por la sentencia de castigo contra toda trasgresión. Tan funestas consecuencias sólo pueden evitarse cegando la fuente de donde proceden; pero esto sólo puede hacerlo la religión cristiana.

Otra causa igualmente fecunda de los sufri-

mientos que afligen á la humanidad, y que sólo la religión puede remover, es la injusticia y la falta de amor que reinan entre los hombres. El fuerte oprime al débil, y á aquel que no puede defenderse, sin piedad le pisan en el polvo debajo de sus plantas. El más detestable antagonismo divide á los hombres, y allí donde sólo debía haber distinción de intereses, se introduce la rivalidad, y el uno trabaja por la ruina de su compañero en lugar de prestarle mutuo y fraternal apoyo. De aquí esa lucha de enojosas competencias en que cada uno, llevado de su ambición, no cuida sino de su propio adelanto, aun cuando para ello tenga que perjudicar á su prójimo. De aquí las disensiones entre las clases que dependen mutuamente unas de otras, y las desavenencias entre capitalista y jornaleros en que cada uno busca la ventaja sobre el otro, y que acaban por desastrosas rupturas que resultan en perjuicio de ambos. De ahí las discordias, los tumultos y las guerras con todos sus horrores y calamidades consiguientes. ¡Cuán diferente sería el hombre si el cristianismo reglara sus inclinaciones y sus actos: el mundo se convertiría en un Edén, y la vida presente no sería sino el prelude de la eterna felicidad!

Sí, la religión es la única sal que puede impedir la corrupción y decadencia de las naciones. La historia del pasado es la voz de aviso

de lo que debemos esperar en igualdad de circunstancias, pues ella nos enseña que la prosperidad de una nación era seguida de su rápida decadencia, debido á que los disolventes gérmenes de la corrupción, consiguientes á la impiedad, se mezclaban íntimamente con los elementos de su grandeza y esplendor, acabando por contrastar y esterilizar su influencia. Y no puede ser de otra manera, toda vez que la prosperidad meramente material, tiende á multiplicar y á facilitar la oportunidad de ser indulgentes con el vicio, en un grado tal, que las virtudes públicas se pierden ó se ofuscan con el brillo y los engañosos atractivos de la disipación. Acontecimientos bien recientes, han dado lugar á las más siniestras reflexiones en cuanto al porvenir de la floreciente República del Norte. En efecto, ¿cómo podrá conservarse la virtud y la integridad de una nación y de su gobierno en medio de las innumerables tentaciones cuyas funestas consecuencias ya hemos tenido que lamentar? Si en los centros de autoridad faltan á la justicia y la probidad; si los autores y administradores de la ley se dejan influenciar por corruptoras consideraciones; si, en fin, la conciencia pública se relaja, ¿qué resultado final debe temer el hombre de sano juicio, como consecuencia inevitable? A medida que los males antedichos se generalicen y la virtud y la integridad escaseen en los cuerpos legisla-

tivos y en los tribunales, en el comercio y las demás relaciones sociales, nos sobrevendrán en el porvenir portentosos males. Ahora bien, ¿será posible contrarrestar semejantes calamidades? La respuesta depende de la que se dé á la siguiente pregunta: ¿poseemos un cristianismo bastante vigoroso y capaz de contener los avances de la inmoralidad? ¿Existe entre nuestros compatriotas el temor de Dios y el amor á la verdad y á la justicia indispensables para la buena administración de los negocios públicos y de las grandes empresas é intereses comerciales? La religión del evangelio es la sola fuerza capaz de conservar nuestra nacionalidad, y de dar estabilidad á nuestras instituciones. Mientras más se arraigue el Evangelio en nuestro pueblo, más apto será para la felicidad; porque mientras más recta y firme sea su voluntad, tanto más fácilmente alcanzará su prosperidad: así que, cuanto más extensa sea la difusión de las saludables enseñanzas del Evangelio, tanto mayor será el número de los que disfrutarán sus bendiciones.

Lo que dejamos asentado con respecto á las bendiciones temporales inherentes á la verdadera religión, es igualmente aplicable á los individuos y á las sociedades. Componiéndose éstas de individuos, natural es que las mismas causas que producen el bien de cada uno produzcan el de todos. Siendo esta verdad obvia

de por sí, no hay necesidad de insistir sobre ella, tanto menos cuanto que hay otras consideraciones igualmente importantes que reclaman nuestra atención.

La felicidad no depende tanto como algunos suponen, de circunstancias exteriores. Su verdadero origen se encuentra más bien en el carácter y disposición de los hombres. Depende menos de la abundancia de placeres, que de la capacidad de gozar de ellos. No está en proporción de las comodidades, ni de la posición social, ni aun del éxito de nuestros negocios. Aquellos que se detienen en la superficie de las cosas, no encuentran más que tristes desengaños. El más espléndido palacio puede no ser sino la morada de la desdicha. Aquel que muellemente se hace conducir en lujosos carruajes, es con frecuencia enteramente extraño á la felicidad y al reposo. Pero cuando hablamos de las bendiciones que acompañan á los fieles servidores de Dios, no se debe entender que necesariamente todos serán ricos, ó que todos alcanzarán honrosas distinciones, ó finalmente, que siempre tendrán éxito en sus negocios. Lo que queremos decir, es que los piadosos, lejos de ser los menos favorecidos generalmente prosperan; y en todo caso lo esencial de su felicidad consistirá en bendiciones de un orden más elevado y que les harán dichosos, cualquiera que sea su situación. El siervo de Dios

anhela más el contento de una conciencia tranquila, que las riquezas: busca más bien el reposo y la justicia de su vida, que las comodidades sin el amor y temor de Dios en su corazón. Si lo azota la pobreza, su religión le consuela y le enseña á estar contento, y esto es bastante para hacerlo feliz. Porque «grande grangería es la piedad con el contentamiento de lo que basta.» Al mismo tiempo se halla libre de las malas pasiones, tales como la codicia, la envidia y el odio, que son el manantial inagotable del descontento. No le oprime el inmoderado deseo de riquezas con todo su cortejo de inquietudes y desvelos. No se ve en su suerte sino la voluntad de su Padre celestial, y esto le libra de la desesperación y le impide traspasar los límites de la legalidad y la justicia. Sin ser indolente, vive resignado, y esto le asegura la paz con su Dios y con sus semejantes. Tiene el gozo que produce la práctica del bien; y la caridad y la solicitud de un afecto puro, y todo acto de bondad en favor de los necesitados, que su religión le prescribe y le mueve á hacer, son otros tantos motivos de felicidad. Pero todo esto no es más que adicional á la felicidad que le resulta de su comunión con Dios, y de la renovación de sus facultades; al placer que se halla inseparablemente unido á los deberes cristianos y á los privilegios de su gloriosa esperanza; en suma, todo cuanto

pueda comprenderse en la frase «el gozo del Espíritu Santo,» gozo inexplicable y lleno de gloria.

Si, pues, alguno puede ser feliz en esta vida, lo es sin duda el verdadero piadoso. Circunscribiéndonos á la vida presente y á las fuentes de felicidad que nos ofrece, incuestionablemente que el mejor hombre será el que mejor sepa hacerlos objetos de dicha. La religión no engendra la tristeza; es por el contrario, el manantial perenne de gozo y de alegría. No nos priva de los placeres lícitos, sino que más bien los multiplica y ennoblece. En consecuencia, nadie puede adoptar una resolución más favorable para sí, en esta vida, que aquella por la cual hacemos á Dios nuestro amigo y nuestra recompensa, y por la cual, nos comprometemos á ser sus fieles siervos.

CAPITULO II.

SATANAS.

Y aconteció otro día en que los hijos de Dios fueron á presentarse delante de Jehová, que Satanás fué en medio de ellos á presentarse él también delante de Jehová.

JOB 2: 1.

Ahora se nos introduce á una escena del mundo invisible, por demás rara y sorprendente. Tan singular espectáculo consiste en que el príncipe de las tinieblas, penetra, con los hijos de Dios, á la presencia del Altísimo. Y no se presenta de un modo hipócrita, disfrazado de Angel de luz, sino en su verdadero carácter y juntamente con los demás siervos de Dios que llegan para rendirle su homenaje, recibir sus órdenes, dar cuenta de lo que habían hecho y de los servicios que habían llevado á cabo. Tan extraordinaria y asombrosa escena ha inducido á muchos á creer que el Satán del libro de Job, es un sér enteramente distinto del Satán de que se nos habla en los demás libros

de la Escritura. De otro modo ¿cómo podría mezclarse entre los hijos de Dios? ¿Cómo podría presentarse con ellos, en determinados tiempos, á la presencia del Señor? ¿Quién podrá afirmar semejante cosa, tratándose del enemigo de Dios y del adversario de los buenos? Sin embargo, una atenta consideración del pasaje, nos hará ver sin dificultad, la armonía del carácter con que aquí se nos presenta á Satanás, y el que mantiene en el resto de la Escritura. No es un mero espía que recorre la tierra con el solo propósito de informarse de todo cuanto pueda inquirir; es el antiguo espíritu de malicia y de maldad, siempre dispuesto á desviar á los hombres del camino de la justicia, y á oponerse con todas sus fuerzas á todo bien. En este caso es muy significativa su presentación, con los hijos de Dios, ante el Señor. Tiene por objeto manifestar su subordinación, á la voluntad divina. Indica que no puede obrar en todo según su voluntad, ni seguir sus propios designios. No está en libertad de llevar á cabo todos sus perversos planes, ni de ensancharlos según le plazca. Hay un poder superior que lo restringe y al cual tiene que obedecer, una voluntad suprema que pone límites á su encono, y que con tales restricciones, le permite obrar según su naturaleza; pero sólo con algún propósito divino, y de cuya ejecución no es más que el instrumento. Es el

mal mismo en la persona de su principal representante, constreñido á ser el ministro del bien. En este pasaje se nos presenta con el carácter de siervo de Dios que tiene la ingrata misión de afligir al pueblo de Dios, para probarlo y disciplinarlo.

Satanás es el enemigo del bien y el adversario de la humanidad. Con el poder de un arcángel, y con la malicia y sutileza del peor de los enemigos, trabaja sin descanso por lograr nuestra perdición, y sin pararse en los medios por los cuales pueda conseguirlo. Con perseverante diligencia urde sus diabólicos designios, y con infatigable asiduidad procura realizarlos. Invisible á los ojos del hombre, tiene todas las ventajas del secreto, y cae sobre sus víctimas por sorpresa. Sus arbitrios son innumerables, y tiene á su disposición un gran número de espíritus malignos que le reconocen por cabeza, y que se hallan animados del mismo encono y astucia que su jefe. Cuenta además con un ejército de hombres á quienes ha logrado cautivar, y con otros muchos que sin conciencia de lo que hacen le ayudan en su obra de destrucción. Tiene tal poder sobre la naturaleza y sobre el cuerpo del hombre, que si bien no lo podemos apreciar con exactitud, sí podemos conjeturarlo en vista de los desastres con que afligió á Job, y de los muchos males con que atormentaba á los hombres en

tiempo de nuestro Señor Jesu-Cristo. Más aún: Satanás tiene acceso inmediato á nuestras almas; puede llegar por caminos incomprensibles para nosotros, al origen de nuestros sentimientos y á la causa determinante de nuestras acciones; finalmente, puede ejercer tal influencia sobre nuestro sér, que sólo pensar en ello debiera hacernos estremecer de horror.

Todo esto es terrible. En efecto, es cosa desesperante tener siempre la conciencia del peligro, y lo que es más, de un peligro desconocido; la aprehensión de que un implacable y nada escrupuloso enemigo, asecha nuestra vida, pero de modo tan oculto é insidioso, que no sabemos como podremos escapar, ni en quien podremos confiar. Pero un enemigo puramente humano, por temible que sea, sólo puede matar nuestro cuerpo; mientras que Satanás es el asesino del alma.

¡Cuán horroroso es pensar que estamos constantemente expuestos á caer en sus pérfidas maquinaciones! Caer bajo su dominio es nuestra perdición. Es enagenarnos de Dios é incurrir en la sentencia de muerte eterna. Consentir con él en lo más mínimo, es hacernos reos de una falta que nos traerá el desagrado de Dios y nos pondrá en gran peligro de perdernos para siempre. Y lo peor del caso es, que en nosotros no hay la fuerza necesaria para resistirle. Por consiguiente, si hay alguna petición

que debemos hacer con mayor sinceridad y con la más fervorosa instancia, es, sin duda, la que nos enseñó nuestro bendito Salvador: «No nos metas en tentación, mas libranos del Malo.»

Esto no obstante, nadie puede escapar á la tentación. Puede decirse con toda verdad, que en cierto sentido, la tentación es una disposición providencial, peculiar á nuestro modo de ser actual. Jesús fué tentado del Diablo; y el discípulo no es más que su maestro. Los miembros del cuerpo siempre son semejantes á la cabeza. Por muchas tribulaciones tendremos que entrar en el reino de Dios. Terrible y espantoso será el combate que nos dará derecho á la corona. El peligro es abrumador, pero el éxito será glorioso. «Bienaventurado el varón que sufre la tentación; porque después que fuere probado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido á los que le aman.»

Antes de entrar rigurosamente, en el desenvolvimiento de las enseñanzas de esta parte del libro que venimos estudiando, séanos permitido detenernos en algunas cuestiones preliminares de no poca importancia práctica. ¿Cuál es el designio de Dios al sujetar á su pueblo á tan terribles pruebas? ¿Cuáles son los fines disciplinarios de la tentación, y cómo podrán efectuarse mejor?

A esto respondemos:

1. Que tiene por objeto compelernos á bus-

car á Dios como nuestro único refugio. Uno de los principales designios de la disciplina terrestre del pueblo de Dios, es conducirlo á estrechar sus relaciones con su Dios y hacerle depender enteramente de El. Tiene por objeto hacerle conocer más y más la plenitud de Dios, y proporcionarle oportunidad de alcanzar de su Padre celestial las ricas y preciosas bendiciones que pueden confortarle en la hora de la prueba. Todas las revelaciones de su gracia y de los inagotables tesoros de su amor, hechas en su Palabra, tienen por objeto hacer que su pueblo se llegue á El como á la fuente inagotable de donde puede libremente tomar el agua de la vida. Mas para que pueda aprovecharse de tan grandes beneficios y no perezca en medio de la abundancia, es preciso que sienta la necesidad, es conveniente que tenga hambre y sed de Dios, y que lo apremiante de su situación lo haga desear las preciosas bendiciones que Dios puede otorgarle. Y cuanto más urgente é imperiosa sea la necesidad que le oprima, tanto mayor será la instancia é importunidad con que demandará la ayuda del Dios de amor.

Hé aquí como precisamente la tentación forma parte del gran plan disciplinario con el cual Dios gobierna á su pueblo.—El instinto de conservación en una alma que ha experimentado la influencia de la gracia divina, le inducirá en la hora de necesidad, á clamar con

todas sus fuerzas en demanda de la salvadora ayuda de Dios. Cada nueva tentación nos hará ver con mayor claridad, el inminente peligro que nos amenaza; y haciéndonos conocer la flaqueza de nuestras fuerzas, nos forzará á buscar con la mayor prontitud, seguridad en Dios, quien únicamente puede salvarnos. Aquél que mejor perciba su fragilidad, y conozca mejor su depravación y lo inicuo de su pecado, será el más perseverante en pedir que la mano omnipotente de Dios, le defienda y le guarde de los furiosos asaltos de aquél que pudo arrastrar, en su caída, á tantos ángeles, y que prevaleció contra nuestros primeros padres, en todo el vigor de su primitiva integridad y perfección; de aquél, en fin, que encontrará en nosotros segura víctima, á menos que el Omnipotente, como el hombre fuerte de que habla el Evangelio, intervenga en nuestra salvación.

Un conocimiento adecuado del peligro que nos amenaza, no solamente producirá en nosotros la convicción de que sólo Dios es nuestra esperanza, sino que además nos hará asirnos de las particulares y preciosas promesas que Dios nos ha hecho para semejantes aflicciones. Un amplio conocimiento del gran poder de nuestro adversario espiritual, nos compelerá á refugiarnos bajo la protección de la Omnipotencia divina, nos hará comprender el inmenso valor de tan glorioso atributo, como base se-

gura de confianza, y nos hará experimentar cuán consolador es tener á Dios como infinito y eficaz recurso en nuestras más apremiantes necesidades. En tales circunstancias la Omnipotencia de Dios no es una mera abstracción—un concepto puramente intelectual—sino un atributo absolutamente práctico y necesario; no una perfección que con más ó menos frialdad reconocemos, sino el único poder que puede salvarnos y sin el auxilio del cual pereceríamos. Así, pues, la espantosa necesidad que nos impela á llegarnos á la fuente de la vida, será en último resultado, una bendición de incalculable valor. Del mismo modo, la tentación de Satanás que obliga al alma aterrada á buscar refugio en su omnipotente Salvador, porque ni en sí misma ni en ningún otro poder humano encuentra seguridad, nos llevará á un fin glorioso y bienaventurado.

¡Cuán preciosas parecerán entonces al alma, las otras perfecciones de nuestro por siempre bendito Dios, las misericordiosas provisiones del pacto de gracia, las ricas promesas de su palabra, y la inapreciable salvación de nuestro Señor Jesu-Cristo! Porque es evidente que el alma del tentado es la que se halla en mejor aptitud de apreciar tan grandes bendiciones, sabrá aprovechar las mejores y asirse de ellas, y vivir y descansar tranquilamente por ellas. En efecto, ¿qué cosa mejor podrá protejernos contra la

sutileza y artificios de Satanás, que la infinita sabiduría y omnisciencia de Dios? ¡Cuánto se encarece el amor de Dios por el temor que inspira el encono de Satanás! El temor de que esté demasiado cerca de nosotros, exalta en nuestro corazón el valor inmenso de la omnipotencia de Dios. Su acceso á nuestra mente y corazón, sólo puede frustrarse por la luz y morada del Espíritu Santo en nuestro corazón. ¡Qué delicioso será, en tales circunstancias, pensar que la Providencia de Dios gobierna todas las cosas, y recordar que quien ha señalado sus límites al mar, también restringe la malicia del Tentador, el cual no podrá traspasar los límites prescritos por el amor de nuestro Padre celestial, que no permitirá que su pueblo sea tentado más de lo que puede resistir, antes le dará, juntamente con la tentación, la salida! ¡Qué grandiosa se verá la obra redentora de nuestro bendito Salvador, cuando contemplemos al Vencedor de Satanás, humillar á la antigua serpiente y encadenarla á los piés de su pueblo redimido! ¡Con qué ansiedad volveremos nuestros ojos á la luz del Calvario, como el símbolo y signo de la victoria sobre el destructor de las almas!

2. La tentación responde también al importante propósito de adiestrar á los creyentes en los deberes y ejercicios propios de la guerra cristiana. La historia sagrada nos informa que

fué el designio providencial de Dios, el que quedaran algunos residuos de las tribus canaanitas, para hacer que su pueblo, en lo futuro, siempre tuviera ocasión de ejercitarse para la guerra. Del mismo modo la tentación tiene por objeto imponernos la necesidad de ejercitarnos en la milicia cristiana, á fin de que podamos resistir las hostilidades del diablo.

Ved ahora ¡cuánta importancia tiene la dirección del apóstol: «Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo!» Y esto por la razón de que no vivimos en tiempo de paz y seguridad, sino de guerra, y guerra á muerte. No se debe, por lo mismo, estar inerme; pero toda armadura defectuosa ó incompleta, de nada nos servirá en tan apremiantes circunstancias. Los dardos de nuestro adversario llueven sobre nosotros, y fácilmente nos herirán si nuestra armadura es frágil ó deja á descubierto alguna parte de nuestro sér. ¡Qué escuela tan excelente para adiestrarnos en la táctica ofensiva y defensiva, es la lucha de vida ó muerte con tan formidable enemigo! Se dice de un gran militar, que toda su habilidad en la estrategia se debió al poder y destreza del enemigo contra quien se vió obligado á combatir. Del mismo modo, el cristiano en la sangrienta y prolongada lucha contra su artero antagonista, no podrá menos de hacer

notables progresos en la milicia espiritual, así como también podrá desplegar las cualidades de un buen soldado de Cristo.

Nada es más á propósito para desarrollar en nosotros el vigor varonil que necesitamos, que la necesidad de un esfuerzo continuado. Nuestro deber es esforzarnos, pero todo esfuerzo de nuestra parte desarrolla la fuerza que necesitamos para resistir la tentación y para vencer al mal, á fin de que no alcance ninguna ventaja sobre nuestro carácter cristiano. La circunspección necesaria con que hemos de vivir para escapar de los insidiosos artificios del diablo, la necesidad de estar siempre alerta, la firme determinación del que ha formado la resolución inquebrantable de seguir adelante hasta llegar á la ciudad celestial, y del que está resuelto á ser fiel á su Dios y Salvador á pesar de todos los peligros que le rodean, todo, en fin, nos hará cada vez más aptos para empuñar y sostener el estandarte de la vida espiritual.

Además, por la tentación se manifiesta y desarrolla la gracia de Dios en nosotros. Nunca se conoce mejor lo que vale un hombre, como cuando se le pone á prueba. La constancia de Job y el poder de su fe, jamás se habrían podido apreciar en toda su excelencia, sin la severa prueba á que se le sujetó. Esto consistía, no sólo en las graves tribulaciones que tan súbitamente vinieron sobre él, sino principalmente

en las insidiosas sugerencias con que el tentador trataba de hacerle perder su confianza en Dios, y renunciar á su servicio. Tan terrible tentación se presentaba á la vista de Job, como apoyada en lo misterioso é incomprensible de aquella desesperación, y era sostenida por una lógica que él no podía impugnar y que lo llevaba á la desesperación, por lo cual prorrumplía en las amargas quejas que abundan en el libro de que nos ocupamos. Sin embargo, á pesar de todo, en medio de la obscuridad que le rodeaba, le vemos frente á frente del tentador, manifestar su absoluta confianza en Dios por medio de las siguientes palabras: «Yo sé que mi Redentor vive.»

3. La tentación, cuando ha sido convenientemente resistida, es un medio muy eficaz de aumentar nuestra repugnancia hacia el pecado. El que de alguna manera haya escapado del aguijón de algún venenoso reptil, no podrá volverle á ver sino con horror y repugnancia. Pero el pecado en cada tentación, se nos presenta cubierto con aquellos atractivos que más halagan nuestras pasiones, por lo cual hay alguna dificultad en resistirlo. Sin embargo, basta despojarlo de su disfraz para que podamos verlo en toda su detestable fealdad, y sentirnos sobrecojidos de horror. Además, toda resistencia de nuestra parte, producirá en nosotros tal delicadeza y espiritua-

lidad, que cada vez podremos tolerar menos el pecado.

4 La tentación es también un medio muy eficaz para que podamos conocernos á nosotros mismos. Con mucha frecuencia el germen del mal se oculta de tal manera en el corazón, que ni siquiera sospechamos su existencia, si no es hasta que nos encontramos bajo una repentina ó fuerte tentación. Nos sucede lo que á los metales que no manifiestan ninguna liga, sino hasta que pasan por la cöpela del ensayador. Semejantes mortificaciones forman parte de la experiencia de todos los cristianos, y son las que les obligan á reconocer y á mostrar la fuerza de la corrupción que en estado latente se oculta en sus corazones, y su indómita propensión al mal. Inclinações que creíamos haber vencido, reaparecen casi en toda su fuerza, haciéndonos reconocer la debilidad de nuestros propósitos, la falta de sinceridad en los motivos determinantes de nuestras acciones, y la imperfección de nuestros mejores servicios. Tal descubrimiento conduce al cristiano á la humildad, y le lleva contrito y arrepentido á implorar perdón y misericordia, á la vez que le hace más vigilante contra los pecados que más le dominan: tales son en general, los altos fines de la divina gracia al someter á sus siervos á la terrible prueba de la tentación del malo.

Esto es precisamente lo que pasó con Job.

Verdad es que Dios al hablar de este su siervo, dice que no hay otro en toda la tierra; varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal. Sin embargo, no estando perfectamente santificada su naturaleza, había en ella un germen del mal oculto en su interior que no se le manifestó sino hasta que estuvo bajo la terrible prueba á que se le sujetó. En el fondo de su sincera y fervorosa piedad, se deja ver algo de la satisfacción que le causaba su propia justicia, lo que se deduce del hecho de que tanto le molestaban y ofendían los infundados cargos de sus amigos, y de que en la densa oscuridad de la misteriosa dispensación que le envolvía, se inclinaba más á justificarse á sí mismo que á Dios. Mas convencido al fin, y espantado de todo lo que imprudentemente había dicho, no pudo menos de exclamar: «De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me condeno á mí mismo, y me arrepiento en polvo y en ceniza.» (Job 42: 5, 6.) El designio de Dios en tan severa cuanto saludable disciplina, se había realizado. Job había logrado conocerse mejor de lo que lo había hecho antes, y semejante conocimiento le condujo á ser más humilde y discreto. El mal que antes le asechaba sin sospecharlo, después le era más fácil descubrirlo y desecharlo.

5. La tentación da también lugar á que la gracia de Dios, en nosotros, se manifieste bajo

otras formas que de otra manera no tomaría. Así todo lo que entendemos por paciencia y perseverancia en hacer bien, no tendría lugar bajo otras circunstancias distintas de las que nos rodean. Los benditos habitantes de otras esferas donde el pecado y el sufrimiento jamás hayan penetrado, no saben lo que es arrastrar un cuerpo de corrupción que lleva en sus miembros el germen del pecado, y en cuyas malas tendencias caemos con frecuencia; ni comprenden cómo se puede estar firme frente al enemigo que nos cerca, mantener brillante y viva la llama de la piedad á pesar de las mortíferas influencias de un mundo impío, abrigar una alegre esperanza en medio del desaliento, la duda, los fracasos y temores, ó finalmente, conservar nuestra confianza y fe en el Señor, aun privados de la luz de su rostro. Por más que sea glorificado Dios y su ley honrada por la invariable obediencia de las innumerables huestes de los ángeles que nada saben, por experiencia propia, de lo que es la tentación, debe parecer cosa más admirable y meritoria, la voluntaria obediencia que rinden á Dios los fieles en este mundo, á pesar de tan fatigosos esfuerzos y de tan formidable resistencia; aquellos que permanecen leales á Jesús, no porque se sientan alentados por la simpatía y los aplausos de otros muchos que también le adoran, sino á pesar del escarnio, la burla y la persecución,

conservan tan inflexible subordinación á su voluntad, que pueden decir. lejos de la esplendorosa luz del trono de Dios, amenazados por las más furiosas tempestades de esta vida, «hágase tu voluntad.» El puesto del peligro es también el puesto de honor, si es defendido con valor. ¿No es, pues, gran honor el que el Señor de todos, da á las almas fieles, colocándolas á la vanguardia de su ejército, donde llueven los dardos enemigos, y haciendo, sin embargo, que permanezcan firmes y defiendan su causa con heroísmo? ¿Tan grandioso privilegio no será envidiable aun para los mismos ángeles?

La tentación también da lugar á otra clase de servicios piadosos que redundan, no en bien de sus autores, sino de otros individuos, tales como aquellas santas ministraciones peculiares á los cristianos y hechas en favor del pecador y del que sufre, del ignorante y del necesitado— aquellos bellísimos actos de celeste caridad que son el adorno y el lustre del Evangelio y que exhalan raudales de fragancia tan agradables á Dios como á los hombres, y todo esto en un mundo donde abunda el pecado y donde Satanás tiene plena libertad y no hay quien le dispute su poder.

6. Otros de los benéficos y misericordiosos fines de la tentación, es impedir que el hombre se adhiera demasiado á esta vida. Y así como el soldado que huye ó se queja de los peligros

y penalidades de la campaña, ó importuna para que se le releve, es un cobarde, así también es no menos reprehensible el que un cristiano desee indolentemente, que llegue cuanto antes al final descanso, sólo para verse libre de las fatigas del ligero trabajo que ejecuta en servicio de su Maestro. Este error no es tan común, como el opuesto que consiste en apegarnos demasiado á este mundo. Para contrariar tan peligrosas tendencias, debemos emplear todos los medios que puedan debilitar los vínculos que nos unen indebidamente con el mundo, y nos lo hagan aparecer menos atractivo, y que á la vez nos conduzcan á desear cosas más elevadas y puras. El cansancio producido por el interminable conflicto entre la carne y el espíritu, á menudo gravita pesadamente sobre el alma. Es en verdad cosa dura y fatigosa tener que, crucificar continuamente la carne, luchando para ello con un poder que parece invencible, y librarnos de ciertas tendencias y propensiones naturales en el hombre pecaminoso; pero no por eso debemos desmayar. Es profundamente desconsolador ver cuán lento es nuestro progreso en la conquista del bien, si es que algo adelantamos; ver con qué facilidad nos es arrebatado el terreno que habíamos logrado conquistar; y que el enemigo que suponíamos vencido, sale de nuevo á nuestro encuentro, tan poderoso y temible como antes. Todo esto si

bien no puede hacernos abandonar el campo mientras el enemigo esté en él, sí hará que el anuncio de la victoria lo recibamos con transportes de indecible alegría. Cuán grato es pensar entonces, en un mundo sin pecado, á donde la tentación no puede llegar, y en donde nos veremos libres de la corrupción inherente á nuestra naturaleza, y Satanás no podrá continuar afligiéndonos. Estas consideraciones nos llevan al siguiente pensamiento capital:

7. La felicidad de la gloria futura se sublima y adquiere un valor inmenso para los que han sido tentados, resistiendo con valor hasta triunfar. Y no es por las bendiciones prometidas á las almas tentadas por lo que sufrirán con paciencia, ó porque la alegría que produce la contemplación de semejante dicha, destruya ó aténúe sus penalidades, ó porque nuestra leve tribulación que no es sino por un momento, obre en nosotros un incommensurable y eterno peso de gloria, » nó, sino que tan gran felicidad, será de varios modos exaltada por el contraste de la tentación, y tanto más será así, cuanto menos nos dejemos vencer de ella, y cuanto mejor hayamos podido rechazarla en el nombre del divino Maestro. De esta manera todo lo que Satán pretende hacer para perdernos, se torna fuente de felicidad eterna. El goce y la satisfacción del reposo prometido, subirá de grado por el contraste que forman con las

pasadas luchas, y eso hará que la felicidad concedida á las almas redimidas, pueda ser apreciada en toda la magnitud de su grandeza. Si la recompensa, aunque en su totalidad es un don de gracia, está sin embargo, en proporción con los servicios prestados, es evidente que el deber heroica y resueltamente ejecutado á la faz de la tentación, recibirá de Dios especial y señalado reconocimiento. La disciplina que adquieren nuestras facultades espirituales por los ejercicios de la lucha cristiana, y el desarrollo y ensanche que de ello resultan á las fuerzas del alma, es evidente que nos harán más aptos para gozar de la eterna bienaventuranza. Aquellos que hayan adquirido la mayor aptitud para la felicidad celestial, serán los que más gozarán al poseerla. Más aún: aquellos que en fuerza de los formidables ataques del gran adversario del hombre, hayan procurado estrechar más y más su unión con Dios, y hayan logrado la mayor dependencia de El, serán los más dichosos al participar en la otra vida, de la eterna comunión con la fuente de toda felicidad.

8. Finalmente la tentación redundará en gloria de la gracia divina. Respecto á la magnificencia del universal gobierno de Dios, la oposición ú hostilidad, cualquiera que sea su magnitud, lejos de impedir ó retardar sus gloriosos fines, invariablemente contribuirá á promoverlos y

á engrandecerlos. Se entiende que la oposición de Satanás no es una excepción. En efecto, este poderoso enemigo del hombre, con todas sus legiones y con toda su fuerza, y á pesar de la sutileza de sus artificios y de su infernal encono, siempre será impotente para estorbar ó retardar la ejecución del más insignificante de los designios de la Providencia. Un niño de pecho no será más impotente para detener la marcha del universo, que lo es Satanás para impedir la ejecución de los soberanos designios de Dios.

La gloria de esta supremacía de la voluntad divina, se notará mejor si se consideran los medios por los cuales se ejerce. No se apela á la omnipotencia divina para sujetar al diablo y sus legiones, y lanzarlos encadenados á la espantosa prisión preparada para ellos, de modo que arrojados del teatro de sus operaciones no puedan resistir más; al contrario, Satanás sigue en plena libertad, como el príncipe de la potestad del aire: continúa ocupado en fraguar sus siniestros planes: emplea toda su habilidad en elaborarlos, trabajando con asombrosa energía, y todo su afán es deshacer la obra de Dios, anular la virtud del sacrificio del Calvario, y perder las almas redimidas por Cristo. Pero todas sus maquinaciones se vuelven en su contra. Haga lo que quiera, enfurézcase cuanto le plazca, cumpla sus malvados intentos, que des-

pués de todo no hará más que edificar lo que en vano se empeña en destruir. Los decretos que intenta frustrar, le comprenden á él lo mismo que á sus hechos, como agencias que cooperan á su realización. Apesar de su odio contra Dios y del encono que abriga contra su pueblo, no podrá emanciparse de la soberanía divina, y se verá obligado á servirle. Apesar de sus sacrílegos designios, él está, sin quererlo ni pensarlo, haciendo la obra de Dios. En su insensato empeño por destronar al Todopoderoso, no hace más que rendirle homenaje y sumisión. Si conmoviera el cielo y la tierra para lograr la perdición de los redimidos de Cristo, no haría más que disponerlos para la gloria que les espera. Enemigo como es, lleno de odio y malignidad, é intentando todas las formas del mal, se ve constreñido á ser lo que no quiere, y es, mucho más de lo que piensa, el auxiliar en los designios de la divina gracia. Semejante á los hijos de Dios que se presentan ante la Majestad infinita para recibir las órdenes del Rey de los reyes, prontos á obedecer sus mandatos y á ejecutar su voluntad, Satanás es real y verdaderamente, aunque contra su voluntad y en un sentido diferente de aquellos, un espíritu enviado para servir á los que, como Job, resisten con firmeza sus maquinaciones.

Además, esta forzada subordinación del espíritu del mal, á los misericordiosos fines de la

divina gracia, redundando tanto en gloria de Dios, cuanto en vergüenza de Satanás, toda vez que su derrota es efectuada por otro que no es Dios, y precisamente cuando creía consumado su triunfo. Hé aquí por qué medios se efectúa la sujeción de Satanás. El Nuevo Testamento consigna una visión de guerra en el cielo: «Miguel y sus ángeles batallaban contra el dragón, y el dragón batallaba y sus ángeles; empero no prevalecieron éstos, ni su lugar fué más hallado en el cielo. Y el gran dragón fué arrojado fuera y sus ángeles también.» Se ve, pues, que aunque fué vencido, lo fué por un antagonista que le igualaba en fuerza. Por esta razón su derrota fué tan vergonzosa para él cuanto honrosa para la causa de Dios.

Mas cuando se convenció de su derrota en el cielo, sintió la necesidad de vengarse, y para esto emprendió la guerra contra los que aquí en la tierra guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesu-Cristo, sin pensar que con ello sólo preparaba para sí una derrota aun más ignominiosa. El que pretendía ser el jefe de las huestes celestiales y arrastró en su caída á una tercera parte de los ángeles, es el que ahora acomete á los débiles hijos de los hombres; pero es tal su desgracia, que no logrará la perdición de ninguno de aquellos á quienes nuestro Señor Jesu-Cristo ama. Podrá amedrentarlos, torturarlos y humillarlos bajo el

abrumador conflicto del pecado, todo el tiempo de su vida; podrá extorsionarlos con los más amargos dolores y calamidades, y herirlos con sus dardos encendidos; pero no logrará su perdición. Con todo un diluvio de tentaciones, no podrá apagar la chispa que la divina gracia ha encendido en nuestro corazón. Nada podrá Satanás, en ninguna manera, contra el más débil de los santos de Dios, si le resiste con firmeza en el nombre del Señor. El que se halle cubierto con la armadura que la divina gracia nos ofrece, y use con destreza las armas que se le han dado para su defensa, y en humilde dependencia de su Señor, permanezca fiel en su puesto, será invencible; mientras que el arrogante enemigo que sobre él se arroja, se verá obligado á retroceder confuso y avergonzado. «Resistid al diablo y huirá de vosotros.»

En la rápida consideración que hemos hecho acerca de tan importante asunto, nos hemos limitado á tratar de la tentación como dirigida contra los creyentes individualmente. Si el espacio de que podemos disponer lo permitiera, nos detendríamos á considerarla en su relación con el pueblo de Dios colectivamente, y entonces también quedaríamos admirados al ver que en todo cuanto hace el Diablo, obra, aunque tal vez sin saberlo, en obediencia á la voluntad divina; veríamos cuán terrible oposición se hace á la verdad, pero sin que resulte otra cosa

que hacer que la verdad se muestre en todo su esplendor y firmeza, y que su defensa sea más gloriosa, llegando por fin á la consoladora conclusión de que todas las tramas del diablo contra la iglesia de Dios, ya sea oponiéndole la hostilidad del mundo, ya suscitando disensiones entre sus miembros, ó de cualquier otro modo, siempre será impotente para consumir la ruina de dicha iglesia. El terremoto que con sus violentas sacudidas amenaza destruir la ciudad de Dios, sólo sirve para mostrar cuán firmes y sólidos son los cimientos sobre los que ésta descansa. «Las puertas del infierno no prevalecerán contra la iglesia de Dios.» Podrá conmover el cielo y la tierra, pero toda su violencia sólo servirá para mostrar la rudeza de la prueba á que ha sometido al templo de Dios, dando lugar á que éste revele su hermosa simetría y su incontestable firmeza.

Tal es la lucha en que nos hallamos empeñados. De ningún modo podremos escapar de la tentación: ninguna ocupación, por santa que sea, podrá librarnos de ella, ni nuestra posición, ni el que nos separemos del mundo. Ahora, la cuestión más interesante para nosotros, es ésta: ¿podrá causar nuestra eterna perdición, ó retrocederá derrotada dejándonos ilesos y salvos? Sin duda que es la cuestión más espantosa que podemos proponernos; empero sabemos que Dios en su infinita misericordia ofrece do-

tarnos con poder suficiente para vencer en tan tremenda lucha. Si nos rendimos al tentador, irremisiblemente vendremos á ser sus víctimas; pero si lo resistimos con firmeza, confiando en la gracia de Dios y en la salvación ofrecida por el Señor Jesús, no podrá tocar ni un cabello de nuestra cabeza. Si heroicamente resistimos la tentación y el pecado, serán rechazados para siempre y nuestra felicidad quedará asegurada: nuestra posición será inexpugnable, la ayuda ilimitada, nuestras armas insuperables y nuestra fortaleza inaccesible, á menos que sea entregada por alguna traición de nuestra parte.

CAPITULO III.

AFLICCIÓN DE JOB.

Jehová ha dado, y Jehová
ha quitado; sea el nombre
de Jehová bendito.

JOB 1: 21.

¿Qué? ¿acceptaremos el bien
de parte de Dios, y el mal
no lo hemos de aceptar?

JOB 2: 10.

HEMOS considerado ya la piedad de Job, y le hemos seguido á través de su prosperidad. Estudiémosle ahora en su adversidad. Un cambio de circunstancias produce frecuentemente cambios en el hombre mismo, ó al menos dan lugar á que se revele algún aspecto desconocido de su carácter. A veces aparecen los defectos de aquellos que pasaban por poco menos que perfectos, mientras que en otros casos se manifiestan las excelentes cualidades que hasta la hora de la prueba permanecían ocultas en el corazón de otros. Las emergencias de la vida levantan á unos y anonadan á otros. En el primer caso, se exaltan las nobles cualidades del alma en la misma proporción de la

gravedad de las dificultades que les rodea; en el segundo, se manifiesta la debilidad ó falsedad del carácter que sucumbe ante la prueba. ¿Cómo, pues, soportó Job su adversidad?

Desde el principio del libro se dan á conocer á los lectores, aquellas cosas que estuvieron ocultas para las personas que en él figuran. El velo que cubre el mundo invisible, se corrió un tanto para dejarnos entrever la existencia de un agente espiritual que puede cambiar el curso de los acontecimientos. El archi-enemigo de la humanidad ha puesto sus ojos sobre Job. Los perversos instintos de su depravada naturaleza, le impiden creer en la virtud del hombre. No ve en la piedad de Job, sino un refinado egoísmo. Cree que sirve á Dios porque está en su propio interés hacerlo. Dios lo protege y bendice, y es natural que se incline ante quien le dispensa sus favores, aunque sea por mera cortesía; pero que cesen los beneficios, dice el tentador, y entonces se verá que su piedad es tan falsa como Job mismo. Su bondad reconoce por causa los bienes que recibe, quitádselos, y desde luego olvidará á Dios y dejará de servirle, porque de ello ningún beneficio le resulta.

Entonces el Señor permite á Satán que haga lo que propone. Se le permite probar de esta manera la piedad de Job, y al mismo tiempo la poca eficacia de sus inicuos proyectos: así se

verá si la piedad de aquél es genuina, ó si es calculada y convenenciera; si es inspirada por el amor á los bienes de este mundo, ó si ama la justicia y se adhiere á ella desinteresadamente, y escoge el servicio de Dios aun cuando no le resulte ningún beneficio temporal. Sin saberlo Job, se halla bajo la prueba, y al mismo tiempo, ojos enemigos están pendientes de su caída. Y no se trata únicamente de su persona; la causa de la religión que es la causa de Dios en la tierra, está representada en él, por más que ignore la dignidad de su posición y lo sagrado de los intereses que está encargado de sustentar, así como que los ojos del Señor de todas las cosas le están mirando con el más vivo interés por el resultado favorable de la lucha en que se halla empeñado. El significado espiritual de este negocio, es completamente desconocido para Job. Siente la terrible presión de tan inusitadas aficciones, pero ignora que tengan por objeto probar la rectitud de su carácter. Nada sabe de los maléficos designios de Satanás, quien sólo trata de probar que la piedad del santo patriarca no es más que aparente. Nada sabe tampoco de los soberanos designios de Dios, quien se propone dar á conocer la sinceridad y el poder de la piedad de su siervo, para confusión del tentador.

No podemos menos que estremecernos de espanto al considerar el gran poder concedido

á nuestro invisible adversario, y la libertad de usarlo en contra del inocente patriarca, cuando se le dijo: «Hé aquí, todo lo que tiene está en tu mano;» La lucha parece ser, no sólo espantosa, sino también desigual: es el príncipe de las tinieblas contra el hombre mortal y débil; sea cual fuere su integridad y la solidez y consistencia de su piedad. Empero algo hay que nos alienta, y es que el tentador se ve de antemano restringido y limitado por el Omnipotente guardián y amigo de Job. El diablo no podrá urdir y ensanchar á su antojo sus maléficis proyectos, sino que siempre está bajo la voluntad divina; sólo con el permiso del Todopoderoso puede apoderarse de Job y dañarle, ó poner la mano sobre lo que le pertenecía. Pero al conceder semejantes facultades al diablo, no fué sin fijar determinados límites. Cuando los bienes de Job fueron puestos á disposición de Satanás, se le puso esta clara restricción: «solamente no pongas tu mano sobre él.» Después cuando el mismo Job fué entregado á Satanás, se le dijo: «pero guarda su vida.» A pesar de todas estas restricciones, no podemos menos que persuadirnos de que el poder concedido al enemigo de todo lo recto, es enorme; y que todos sus ataques contra Job serán espantosos. ¿Podrá Job resistir el choque?

A fin de que podamos apreciar debidamente

la conducta de Job durante la tentación, es necesario tener en cuenta la situación en que se encontraba. Job se hallaba, durante la prueba, privado de los auxilios y de los consuelos que ahora tan abundantemente se imparten á los fieles que sufren. Las santas y consoladoras verdades sobre que ahora tan firmemente reposa la esperanza del creyente, en tiempos de aflicción, aun no se habían revelado al hombre. Verdades que ahora nos son tan familiares debido á la graciosa revelación del Evangelio, entonces eran casi desconocidas para la humanidad. Quizás no haya exageración en decir que la inteligencia más ilustrada no tenía en ese entonces sino concepciones obscuras á este respecto. El amplio camino á través del desierto de las penalidades de este mundo, por el cual ahora el cansado peregrino puede caminar, comparativamente cómodo y seguro, aun no había sido abierto. Su rumbo era desconocido, y ni la más estrecha senda se había practicado. Job fué uno de los primeros y más valientes exploradores á quien se encomendó la tarea de marcar el derrotero de tan penoso camino. Job tuvo que abrir su propio camino, sin guía, sin conocimiento del terreno, perdido entre las sinuosidades de aquel desierto inexplorado que á cada instante le interceptan el paso, donde nadie podía escuchar los desgarradores lamentos de su affligida alma, sin una

luz que disipara las densas tinieblas que le envolvían, sin más brújula que su incontrastable confianza en Dios, y las estrellas muchas veces ofuscadas por la negra oscuridad que le rodeaba; amenazado por la espesa nube que ennegrecía su cielo, aun cuando de tiempo en tiempo le permitía extasiarse con su apacible luz; desvalido y sin amparo en momentos en que una terrible tempestad iba á desatarse sobre él. Innumerables precipicios se abren á sus piés; impetuosas corrientes interceptan su camino, y á cada paso se halla detenido por engañosos pantanos donde posiblemente podía hundirse. ¿Será extraño, entonces, que su intrépido corazón desfallezca ante los espantosos peligros que le rodean? ¿Son de extrañarse los amargos lamentos de tristeza que la fuerza de su dolor le arranca? Sin embargo, y á pesar de todo, él emprende su marcha y traza la senda que definitivamente quedó abierta para todos los que después de él han tenido que transitarla. No hay uno de los cansados peregrinos de la cristiandad, que no sea deudor al patriarca de Uz; que no haya sido alentado por su valor y constancia, y que después de todo, no se sienta agradecido por las lecciones de consuelo y de confianza trasmitidas por causa de él á la posteridad. Las consoladoras verdades por las cuales él batalló ó que le fueron misericordiosamente comunicadas du-

rante su aflicción, han sido desde entonces la herencia del pueblo de Dios.

Pensad por un momento cuán terrible será encontrarse agobiado por los más intolerables sufrimientos, no sólo sin el Calvario, sin Getsemaní y sin las simpatías del Hijo de Dios, quien llevó sobre sí todas nuestras dolencias, siendo tentado en todo como nosotros, mas sin pecado; sino lo que es aún más grave, caer bajo la prueba sin conocer otro consuelo que la tumba, y sin un claro conocimiento de las eternas bendiciones, en comparación de las cuales, las penas y congojas de este mundo, por graves que sean, son, sin embargo, llevaderas y momentáneas; sin tener la certidumbre de que lo que en esta vida se padece, será contrabalanceado y sobrepujado por un incommensurable peso de gloria, tanto más estimado, cuanto más terribles sean nuestras aflicciones. ¡Qué impresión nos causaría encontrarnos ante una providencia al parecer adusta y sombría, sin poder comprender que tal cosa no es incompatible con el infinito é inmutable amor de nuestro Padre celestial! Tal cosa, en efecto, no es signo de desagrado por parte de Dios, ni evidencia de que nos ha retirado su amor, ó de que nos privará para siempre de los consuelos de su tierna y paternal misericordia. Por el contrario, «aquel á quien el Señor ama, á ese castiga, y azota á cualquiera que adopta por

hijo.» Y esto porque todas las aflicciones que Dios envía á sus hijos, siempre tienen el carácter de una paternal disciplina. Teniendo un misericordioso designio, tendrán como consecuencia un saludable resultado. La vara está en la amorosa mano de nuestro Padre: sus azotes no serán, ni caprichosos ni rigurosos, sino que su único objeto será nuestro bien.

Privad al affligido viador del solaz que le proporciona el conocimiento de las anteriores verdades; ocultadle los beneficios que se derivan de la aflicción; arrancadle la convicción de que aun en medio de la prueba á que Dios le someta, contará con el amor divino; quitadle la seguridad del eterno galardón con el cual serán más que recompensadas todas sus aflicciones, y ¡cuán indiferente se encontrará en presencia de sus graves sufrimientos! Pues bien, tan abundante manantial de consuelo, aun no había sido abierto en tiempo de Job. Tan preciosas y consoladoras verdades, aun no tenían expresión en el lenguaje humano. Sencillas y claras como ahora nos parecen por su frecuente repetición, de tal manera que casi forman el A. B. C. de nuestra santa religión, sin embargo, hasta entonces no habían sido distintamente formuladas, ni nadie había alcanzado el concebirlas con claridad. Job tuvo que sostener la lucha con todas estas desventajas, y sin la ayuda que á nosotros nos proporcionan su experiencia y las

misericordiosas revelaciones del Nuevo Testamento. Sus angustiosos sufrimientos le vinieron no solamente para su bien, sino también para el nuestro. Job no fué sino el medio por el cual se comunicó una nueva lección á la humanidad. El gran cúmulo de adversidades que cual tempestuoso mar, le pusieron en grave peligro de perderse, le obligaron á luchar con todas sus fuerzas hasta que pudo encontrar lugar seguro para descansar. Allí donde él con tanto afán pudo encontrar firmeza para sus piés, otros hijos de aflicción pueden ahora andar con seguridad.

Así pues, el espectáculo que tenemos ante nuestra vista, es el de este eminente varón de Dios, quien fué elegido para guiar á la gran compañía de peregrinos que tendrían que luchar contra el mal y contra el Malo. Entró en la lucha inexperto y repentinamente. El ataque del adversario será desesperado y furioso. ¿Podrá resistir Job en el día malo?

El conflicto puede considerarse como tres ataques sucesivos, cada uno más terrible que el anterior. La historia nos pinta á Job en cada uno de ellos. En primer lugar le vemos despojado, en un solo día y de un modo inesperado é irremediable, de todos sus bienes. Al amanecer su cielo estaba limpio. Fué, pues, en el apogeo de su prosperidad y cuando más razones había para creer que así conti-

nuaría, cuando le sorprendieron las calamidades que pusieron á prueba su heroica piedad. Era, en efecto, un día de fiesta especial para la familia: nada había que presagiara su próxima ruina; un día, en fin, en que todos se habían entregado á las expansiones de una fiesta de familia. Feliz con sus hijos, satisfecho con la prosperidad que habían alcanzado sus intereses, y honrado con el respeto y consideración que todos le dispensaban, su copa de bendición estaba henchida. Nada había que pudiera pronosticarle la adversidad que muy pronto debía afligirle. Sin embargo, antes que aquel día concluyera todo había desaparecido. Tan radical fué su ruina, que su situación sólo pudo ser comparada con la de un recién nacido que nada tiene en esta vida. Desnudo vino al mundo, y ahora que ha sido despojado de todo cuanto tenía, se halla lo mismo.

Repentinamente, y cuando menos lo esperaba, el estruendo de la calamidad estalló sobre el sentenciado patriarca. Un mensajero tras otro llegaban con las más alarmantes noticias. Aun no acababa de hablar uno, cuando ya se presentaba otro con noticias aun más afflictivas. Una tribu de Sabeos acometió á sus pastores y se llevó sus bueyes y sus asnos; sus rebaños fueron consumidos con fuego del cielo; los Caldeos se llevaron sus camellos y á sus siervos los mataron. Y para que nada faltara á su

desgracia, la casa en que sus hijos se hallaban entregados á la más inocente alegría, fué derribada por un fuerte huracán, y en sus escombros quedaron sepultados todos aquellos seres queridos de su corazón. En un momento el afligido patriarca quedó privado de sus hijos y de todo cuanto poseía. Todo le fué quitado en un instante, sin que le quedara nada de cuanto había adquirido, digno de estimación en la tierra.

Si la calamitosa pérdida que sufrió Job no hubiera sido tan repentina y absoluta, es evidente que le habría sido menos abrumadora. Si se le hubiera dejado algo, si sólo una parte de sus vastas posesiones se le hubieran arrebatado, aun cuando hubiera sido la mayor, el daño habría sido considerable y en extremo angustioso; pero si le hubiera quedado algo, repito, es seguro que le habría sido más fácil sufrir con resignación tamaño desastre. O de otra manera: si todas aquellas cosas que constituían su mayor riqueza, y que tanto debió estimar, á saber: sus rebaños y sus ganados; si todo, en fin, se le hubiera quitado, menos sus amados hijos, no cabe duda que eso habría sido motivo suficiente, para soportar con cierta serenidad tan grande ruina. Más todavía, quizá habría tenido fuerza para soportar resignado, la pérdida de uno de sus amados hijos, pero perdió no sólo uno, ni dos, ni tres; sino todos

y en un mismo día, y por esta razón su ruina fué verdaderamente desoladora.

Si tan pasmosos desastres no le hubieran venido tan repentinamente, ni se hubieran sucedido con tanta rapidez; si hubiera tenido tiempo de prepararse para cada nuevo choque; si, en fin, se le hubieran concedido algunos intervalos de alivio para reparar sus fuerzas, es evidente que le habrían parecido menos formidables, y no le habría agobiado tanto como sucedió, al caer sobre él, y de un solo golpe, todo el peso de la angustiosa prueba á que se le sujetó. Mas como esta inesperada acumulación de sufrimientos vino repentinamente sobre Job, la violencia de los ataques se hizo casi intolerable, y así la prueba á que se sometió su constancia, es la más severa que imaginarse pueda. ¿Conseguirá el tentador que Job abandone su integridad y pierda su confianza en Dios?

Bajo el peso de tan graves aflicciones, el hombre está en peligro de caer en alguno de dos extremos opuestos, cada uno de los cuales es del todo incompatible con la fidelidad que se debe al servicio de Dios. El uno consiste en murmurar ó quejarse de la divina Providencia, y el otro el llegar á un estado de estoica indiferencia. El hombre sabio nos previene contra ambos extravíos. «Hijo mío, no menosprecies el castigo del Señor, ni desmayes cuan-

eres de El reprendido.» Job siempre estuvo á igual distancia de dichos errores, con aquel humilde pero noble porte que ha sido en todos los tiempos el modelo de sumisa resignación. Agobiado bajo el peso de sus penosas aficciones, Job adoptó como regla de conducta, la más profunda humildad y tristeza: rompió sus vestidos, rapó su cabeza y se postró en tierra. Y esto no lo hizo con mal reprimido descontento, ni disimulando su desesperación á causa de las irreparables pérdidas que había sufrido, ni se quejó contra Dios por tan riguroso tratamiento: se postró en reverente adoración, se inclinó humildemente ante Aquel que así le affigia, y no profirió palabra alguna que no mostrara su profunda gratitud y reconocimiento hacia la fuente de toda bendición, quien al despojarle de todos sus bienes no había hecho más que recojer lo mismo que le había dado. Job, pues, se postró en tierra y adoró diciendo: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornaré allá: Jehová dió, y Jehová tomó, sea el nombre de Jehová bendito.» ;Puede haber, en semejantes circunstancias, lenguaje más sublime y reverente, y que revele mayor confianza y piedad? Intempestivamente ha sido arrojado de la grandeza de su prosperidad, ha visto la total ruina de su gran fortuna y la desastrosa muerte de sus hijos, se halla, en fin, bajo el peso agobiador de tantos sinsabores, y sin embargo, con

el corazón traspasado de dolor y reverentemente postrado en tierra, este hombre venerable no prorrumpe en palabra alguna de murmuración ó de queja. Y tan lejos está de abandonar su confianza en la infinita bondad del Señor, que por el contrario, él mismo se conforta pensando en ella, y en medio de las penosas calamidades que le afligen, deduce el argumento de su alabanza á Dios precisamente de las innumerables misericordias con que le había favorecido, y así acepta la amarga copa que se le da de beber.

La sumisión de Job no es, pues, la que se rinde ante lo inevitable, soporta la desgracia porque no puede evitarla, ó se somete porque no puede rehacer lo pasado. No se rinde ante la Omnipotencia convencido de que es incapaz de oponerse á lo dispuesto por el Dios Todopoderoso. No acepta ese partido por estar convencido de que nadie puede detener la poderosa mano de Dios, ni impedir la ejecución de su soberana voluntad, y que persuadido de que es inútil oponerse á Dios, se humilla en virtud de su impotencia. Ni es tampoco ante la absoluta soberanía de Dios, que él se postra, convencido de que puede hacer lo que le plazca, según su propio propósito, y que puede disponer de sus criaturas conforme á su soberana voluntad. Job sufre, pues, con mansedumbre, no ante lo inevitable, ni tampoco ante la irresistible energía de un poder omnímodo; ni es precisamente

ante la absoluta soberanía del Gobernador del Universo, sino por la íntima convicción de la infinita bondad del Señor, la comprensión de la cual él ha podido alcanzar ahora, en proporción á la magnitud de la adversidad que le aflige. «El Señor dió, el Señor lo quitó, sea el nombre del Señor bendito.» La amargura que le producen sus pérdidas, sólo le sirve de medida para apreciar la magnitud y excelencia de las bendiciones que Dios le había dado. La severidad de su prueba consistía, principalmente, en que Dios le había abandonado. Cada una de las angustias que sucesivamente le afligían, eran otros tantos medios por los cuales comprendía cuán misericordioso había sido Dios con él. La magnitud de sus pérdidas, determinaba el valor de los dones recibidos; y la profundidad de sus congojas encarecía su gratitud hacia el Dador de todo bien. Mientras más profunda su pena á causa de las pérdidas de sus tesoros, más alto se hace su aprecio de la misericordiosa bondad que se los había regalado. Así que, el resultado de su mayor aflicción, era aumentar en su alma el fervor con que bendecía el nombre del Señor.

Esto no obstante, Job no podía ver la bondad de Dios en semejantes aflicciones. Era una lección que aun no podía comprender. Los beneficios y usos de la aflicción, así como el misericordioso designio por el cual Dios la

permite, aun no se habían dado á conocer al hombre. Fué por medio de la prueba y de los providenciales acontecimientos que le sobrevinieron; y por la manifestación que de ese modo hizo Dios de sus designios, como se esparcieron los primeros fulgores de luz sobre las densas nieblas de que se halla rodeado tan misterioso asunto. Fué sin duda, el propósito de Dios, al enviar semejantes calamidades á Job, dar á la humanidad una importante lección que pudiera iluminar á los piadosos afligidos que después de Job se levantaran, aliviarlos un tanto, y hacerles más llevaderas estas pruebas. Así es que, podemos decirlo en cierto sentido, sufrió por nosotros; y por sus aflicciones, fuimos aliviados nosotros, siendo de este modo el precursor y tipo del gran Príncipe de los afligidos, quien consumó la obra en la más amplia y estricta acepción de la palabra.

Pero estas lecciones que para nosotros son tan comprensibles por el ejemplo de Job, y por la medida de gracia que por su medio recibimos, así como por la abundante luz que nos suministra la revelación del Nuevo Testamento, eran en la misma proporción desconocidas para el piadoso patriarca. Job ignoraba que la aflicción pudiera traerle alguna gracia, que hubiera salud en tan amargo brebaje; que hubiera misericordia en aquello que á él le parecía desagrado; ignoraba, en fin, que todo cuanto había sufrido

no era sino amorosa corrección. Ignoraba que sus sufrimientos no eran sino el crisol y la prueba de su integridad y de su piadosa fe en Dios; igualmente se le ocultaba que el Señor miraba complacido la firme y paciente resistencia que oponía á los furibundos ataques de su gran adversario.

Una de las cosas que amplían nuestra concepción respecto de la piedad de Job, y que nos da idea más grandiosa de la nobleza de su carácter y de la sublimidad de su mansedumbre y humildad de su comportamiento, es verle ante el insoluble enigma de su misteriosa dispensación, prorrumpir inesperadamente en expresiones de la más devota gratitud. Porque no es una simple confesión de que Aquel que le había bendecido tanto, podía volver á tomar todo cuanto le había dado, sino que calla resignado sin proferir la menor murmuración, á pesar de lo considerable de sus pérdidas. Más todavía; el hecho de haber sido despojado de todos sus bienes, le había dado á conocer el valor de éstos, y por la misma razón, en vez de desahogarse en quejas de dolor, prorrumpe en alabanzas diciendo: «¡Bendito sea el nombre del Señor!»

El primer ataque del enemigo ha concluido, y el Tentador ha tenido que retroceder vencido. El resultado se encuentra registrado en las Escrituras en los siguientes términos: «En todo

esto no pecó Job, ni profirió palabras insensatas contra Dios.»

Pero el tentador no podía resignarse con su derrota, y la piedad de Job debía sufrir un nuevo ataque. Había soportado con heroica resignación la pérdida de sus intereses, la ruina completa de todas sus posesiones y la muerte de sus amados hijos; pero hasta allí, el golpe sólo había caído sobre lo que le pertenecía; mas ¿cómo podría herirle á él mismo? Satanás urdió una nueva trama, se le concedió permiso de ponerla en práctica y agravar de esa manera los sufrimientos del afligido patriarca. En esta vez todos los males recayeron directamente sobre su persona: una dolorosa enfermedad invadió todo su cuerpo. Satanás hirió á Job de una maligna sarna desde la planta del pié, hasta la mollera de su cabeza. «Y tomaba una teja para rascarse con ella, y estaba sentado sobre ceniza.»

¿Podrá Job triunfar de este nuevo ataque? ¿Qué efecto le producirán los sufrimientos corporales de que se halla herido? Ahora que se halla debilitado por la enfermedad y turbado por angustiosos dolores en todo su cuerpo, ¿será extraño que abandone la sumisión y confianza que hasta entonces había mostrado? Y aun cuando haya sufrido con noble fortaleza la prueba anterior, y aun cuando haya visto con entereza y resignación la ruina de sus propie-

dades y la muerte de sus hijos, ¿podrá soportar el peso de sus nuevas angustias, y no le inducirán sus sufrimientos físicos á murmurar ó á pensar mal de Dios, perdiendo así su confianza en la bondad y sabiduría de la Providencia, y dar al fin, el triunfo al tentador y sucumbir ante la prueba?

La conducta de su esposa agravó considerablemente la amargura de su situación. La impropiedad de su lenguaje, causó una nueva herida en el lacerado corazón del afligido patriarca. «Y su mujer le decía: ¿aun retienes tu integridad? Despide á Dios y muérete;» es decir: déjate de Dios, renuncia á su servicio. La esposa de Job ha sido por esta razón, muy mal juzgada, y sus palabras erróneamente interpretadas. Se le acusa de falta de piedad, y de amor y simpatía para su esposo, y como careciendo por completo de todo sentimiento humanitario. Se ha asegurado que las mortificaciones que Satanás causó á Job, por medio de la esposa de éste, no fueron menos ni inferiores á las que sufrió por la ruina de sus intereses y por la muerte de sus hijos. Se ha dicho que jamás simpatizó con la piedad de su esposo, y que en esta ocasión tuvo por objeto inducirle á renunciar á su piedad toda vez que se había probado que de nada le servía. Que cuando le dice: «deja á Dios y muérete,» le aconseja que obre como desafiando á su Hacedor de quien

no recibía sino mortificaciones y molestias indebidas, ó como reprochando á Dios los injustificados sufrimientos con que le affigía, y á consecuencias de los cuales podía perecer; ó quizá es una insinuación al suicidio para que de esa manera pusiera fin á su miserable situación; ó tal vez es la expresión de su inhumanidad, y entonces quiso decirle que puesto que lejos de servirle de algo no le era sino una carga de la cual deseaba librarse, lo mejor sería que muriese.

Tan severa acusación no podemos menos que calificarla de injusta. Es en efecto, injusto, construir de la peor manera las palabras que la esposa de Job profirió en esta ocasión, y luego basarse en ellas para juzgar toda su vida anterior. Semejante modo de juzgar es completamente erróneo, y desfigura y pervierte el incidente que allí se registra, así como el designio con el cual se introduce. No hay aquí ni en otra alusión que más adelante se hace á la esposa de Job, (19: 17,) ninguna insinuación que nos autorice á creer que ella le hacía infeliz en su vida doméstica, ó que no congeniaba con él, y que lejos de ser la fiel compañera de su vida, era más bien una espina que sin cesar le molestaba; nada hay, en fin, que nos haga creer otra cosa, sino que era digna de tan buen esposo, su gozo y su solaz, unida á él en corazón y en vida, aprobando su integridad y participando

de su rectitud y de su piadosa confianza en Dios. De otra manera, en los días de su pasada prosperidad, su felicidad no hubiera sido tan perfecta é imperturbable como se nos ha descrito; y cuando Job recuerda tan gran dicha, nada dice que nos pueda hacer creer que su esposa de algún modo hacía incompleta su felicidad.

Antes más bien parece que ella soportó la primera parte de la prueba con la misma mansedumbre y resignación que Job mismo. Nada hay en contra de la suposición de que ella afrontó la adversidad con el mismo valor que su esposo. Al menos no se nos dice que haya murmurado más que Job mismo, el día terrible del desastre, cuando sus bienes y sus hijos les fueron despiadadamente arrebatados, quedando de esa manera en la más deplorable desolación y angustia. Ni una palabra de protesta en contra de la inmutable y piadosa resignación de Job, salió de sus labios: ¡á tal grado llegaba la identidad de sus sentimientos! Ella también soportó la pérdida de sus riquezas y de sus hijos sin murmurar contra Jehová.

Pero cuando se considera privada de su último apoyo, y el único consuelo que le quedaba lo ve sucumbir ante su vista; y cuando considera á su esposo en semejante miseria y aflicción, herido y agobiado por tan repugnante cuanto dolorosa enfermedad; entonces descon-

certada por la desesperación, pierde su fortaleza; y la confianza en Dios que hasta entonces había conservado, se disipa como la niebla. Le parece tan cruel semejante dispensación, como su autor. Cree que su esposo no debe seguir honrando á un Dios que de aquel modo recompensaba la fidelidad de su piadoso adorador, á un Dios que de modo tan extraordinario affigía á su fiel siervo, haciendo venir tan gran desolación sobre sus bienes y sobre su corazón. No puede tolerar que su marido aun en tan irremediable miseria, prosiga bendiciendo y adorando al Dios que así lo tortura y casi lo mata. ¿Por qué no dejar de venerar y de honrar á un Dios tan despiadado y cruel, y vengarse así de su injusticia? En tan desesperante situación, lo mismo da bendecirle que maldecirle, toda vez que con ello ni mejoraría ni empeoraría su situación, puesto que de todos modos la muerte le amenaza. Si pues en todo caso has de morir, muere maldiciendo y no bendiciendo al autor de nuestras miserias y á la causa de tan amargos sufrimientos.

De este modo la amable esposa, en el frenesí de su afficción, vino á colocarse sin saberlo, al lado del tentador. Y no es la primera ni la única ocasión en que Satanás encuentra corazones y manos diligentes que inconcientemente se asocian á él en su obra de destrucción. Lo que hizo la esposa de Job, lo hizo á impulsos

de su dolor, ó cuando menos, se relaciona mucho con él. Sus palabras se mencionan para aumentar la fuerza de la tentación, y á la vez, para que así se vea un nuevo aspecto de la piedad y constancia de Job. Sereno y firme ante los insidiosos dichos de su esposa, lejos de tomarlos en consideración, los desecha con dignidad. Antes que menoscabar su integridad, más bien le inducen á tomar una actitud más propia para resistir mejor los inhumanos é insidiosos ataques que inconcientemente le dirige su esposa.

Entonces el cuadro cambia de aspecto si vemos en la esposa de Job, la fiel y tierna compañera á quien él ama con igual ternura. Hasta aquel momento ella había permanecido tan firme como él, pero al fin su constancia es vencida, y entonces trata de persuadir á su esposo para que abandone su piedad, toda vez que de nada le había servido para librarle de sus infortunios; quiere inducirle á dar de mano el servicio de un Dios que sin cuidarse de la constancia y fidelidad de su siervo, le affige tan cruel como infundadamente. Job ha sufrido casi impasible todos los desastres que le han sobrevenido. Los graves sufrimientos de su cuerpo no han podido debilitar su integridad. Mas ahora tiene que habérselas con las insidiosas sugerencias de su esposa. Su réplica ni es áspera ni reprensiva, como general-

mente se ha creído, sino más bien es el lenguaje de la pena y la sorpresa. No es una violenta censura originada por el disgusto que le causaron las palabras de su esposa, sino una amonestación cariñosa que tenía por objeto hacerle comprender lo imprudente de su conducta. De ninguna manera hace á su esposa el cargo de insensatez, ya sea que sus palabras signifiquen que carece de sentido común ó de la verdadera piedad. El simplemente dijo que había hablado como no acostumbraba hacerlo, y que semejante lenguaje jamás lo había esperado de ella. Que había hablado no con su habitual cordura, sino como suelen hablar las mujeres insensatas. ¡Qué! ¡Recibimos de la mano de Dios los bienes y no hemos de recibir también los males?

Job, sin embargo, no pierde su confianza en la misericordia del Señor. En esta vez la prueba no era como las anteriores, la simple destrucción de todo lo que previamente le había dado Dios, y al través de lo cual veía, sin embargo, la misericordia de Aquél que se lo había concedido. En esta ocasión no fué una nueva privación de bienes, sino la positiva y directa inflicción del mal en su cuerpo, por medio de la enfermedad y del mal. Job ignoraba que en semejantes sufrimientos se incluyera algún beneficio, y que fuesen enviados con algún benévolo designio. No podía, pues, dar gracias á Dios por sus su-

frimientos, ni reconocer en ellos la mano de la bondad divina, como lo hubiera hecho si hubiera aprendido la misma lección que el Salmista cuando pronunció las siguientes palabras: «Bueno me es haber sido afligido.» O como lo hizo San Pablo cuando dijo: «Más aún nos gloriamos en las tribulaciones.» Y otra vez: «por lo cual tomo contentamiento en las flaquezas, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias, por amor de Cristo.» Job no había comprendido que todas las cosas obran juntamente para el bien de los que aman á Dios, no entendía que el dolor y los sufrimientos eran ó podían ser cosas menos malas de lo que parecen. Sin embargo, considerándoles simplemente como males, y males recibidos de la mano de Dios, no le impidieron ver la bondad divina y la grandeza de las anteriores bendiciones recibidas de su mano misericordiosa. Los males en ninguna manera igualaban á los bienes recibidos, ni mucho menos les sobrepujaban. ¿Olvidaremos la inmensidad de los beneficios recibidos sólo porque Aquél que nos los ha concedido, también nos envía algunos males? Recibiremos de la mano de Dios los bienes, y no hemos de recibir también los males?

Job queda otra vez victorioso, y el tentador una vez más vencido. La excelencia de su piedad, se puso otra vez de manifiesto por la

severidad de la prueba á que se le sujetó. «En todo esto,» dice la Escritura, «no pecó Job con sus labios.»

Pero aun no ha concluido la prueba. Ha pasado por dos formas sucesivas de ella, y la ha resistido con heroísmo. La confusión del tentador ha sido tanta, cuanto ha sido brillante la resistencia del affigido patriarca. Ha sufrido la pérdida de sus bienes y la muerte de sus hijos con admirable resignación; con el corazón traspasado de dolor y vestido de luto y prostrado en tierra, bendice aún el nombre del Señor. Los intolerables sufrimientos corporales que le causaba la terrible enfermedad que se le infligió, fueron sin duda, más allá de lo que podamos imaginarnos, y sin embargo, los soportó con heroísmo; y aunque su misma esposa agravó, con sus palabras, lo amargo de su situación, él no obstante, asido fuertemente de su integridad, recibe humildemente los males, así como había recibido los bienes de la mano del Señor. Pero tiene ante sí una nueva tentación que probará con mayor fuerza, la consistencia de su piedad. Esta consistió principalmente en la persistencia del sufrimiento y en su continuada presión por largos intervalos de tiempo.

Muchas ciudades fuertes que han podido rechazar valientemente varios asaltos sucesivos, se han visto obligadas á rendirse ante la ame-

nazadora lentitud de un sitio. Gota á gota, el agua al fin taladra la roca. Tales son los límites de la constancia humana. El primer ataque del dolor y del sufrimiento, es relativamente llevadero; pero su lenta prolongación gasta nuestras fuerzas, porque les impone un trabajo superior á lo que pueden resistir. Una aflicción que fácilmente puede soportarse por corto tiempo, se hace intolerable cuando dura mucho. En efecto, ¿cuán triste es la situación de aquél que se halla agobiado por un prolongado sufrimiento! Sus fuerzas se agotan, su espíritu se abate y no abriga ni la más remota esperanza de ser aliviado. Incapaz de calmar la irritación de sus nervios ó de aliviar sus dolores, se siente inquieto é impaciente. No encuentra postura que le acomode; sus dolencias no le dejan ni un momento, se causa de una vida tan fatigosa en que las horas pasan lentas y tediosas, y una tras otra amargas noches de insomnio le devoran: de día suspira por la noche, y al llegar ésta, en vez de refrigerio y reposo, encuentra sólo molestias y fatiga. No es, pues, la intensidad del sufrimiento, en un momento dado, sino su prolongación y persistencia, lo que le hace insoportable. Y estos son precisamente los caracteres del tercer estado de prueba de Job: se halla materialmente oprimido bajo el peso del dolor, y sin esperanza de verse aliviado. El tentador que había

quedado vencido por dos veces á pesar de lo furioso de sus ataques, le cansará al fin y debilitará su fortaleza por la continuación del sufrimiento.

Día tras día, semana tras semana, se vió obligado á arrastrar su pesada carga, y lo hizo con silenciosa abnegación. Cuanto tiempo pasó así, es cosa que nosotros no sabemos. Pero es evidente que transcurrió algún tiempo antes de que sus amigos hubieran podido venir á consolarle. Indudablemente pasaron varios días antes de que éstos tuvieran conocimiento de las calamidades que afligían á su inconsolable amigo. Y mientras pudieron arreglar lo necesario para emprender su viaje, debieron transcurrir algunos días. Lo cierto es que cuando estuvieron cerca del afligido patriarca, las enfermedades y aficciones habían alterado de tal modo su persona, que al verlo sus amigos no pudieron conocerlo. Y cuando hubieron llegado, «se sentaron con él, en tierra, siete días y siete noches, y lloraron con él en alta voz.» En todo este tiempo, Job sufría en silencio tan grande aflicción. Pero á la larga sus sufrimientos se agravaron más allá de lo que podía resistir, y entonces fué cuando rompió su silencio con las amargas quejas que revelan su intolerable angustia. Soportó con piadosa fortaleza tan gran tortura, hasta que su naturaleza no pudo resistir más. Cuando ya no pudo

sufrir, desahogó su dolor prorrumpiendo en angustiosos lamentos y desgarradoras quejas; más á pesar de todo, es de notarse que no profiere ni la menor ofensa contra Dios.

Son en extremo apasionados y desgarradores sus lamentos. Execra el día de su nacimiento en los términos más vehementes, y desea que semejante día no sea contado con los demás, ó lo que es lo mismo, que nunca hubiera existido; de esta manera él se vería libre de tan miserable condición. ¡Ojalá, exclama, y nunca hubiera nacido! ¡Oh, si al menos hubiera perecido al nacer, no habría tenido que sufrir las miserias y amarguras de la vida! ¡Oh! si desde mi más tierna infancia el sepulcro me hubiera recibido en su insaciable seno, allí disfrutaría con los grandes y los ricos, los reyes y los príncipes, los señores y los esclavos, del profundo é imperturbable reposo que ahora en vano deseo y que tanto se me niega! ¡Oh! cómo desea la muerte! la busca como el avaro busca el oro, como busca el hombre los tesoros escondidos en las entrañas de la tierra. ¿Por qué se le niega el codiciado privilegio de morir?

Tal es, poco más ó menos, la manera como deplora el afligido patriarca su desgracia. Este es el lúgubre lamento de quien se ve obligado á llevar una carga superior á sus gastadas fuerzas. No es el meditado lenguaje de la reflexión. No la expresión de un minucioso y detenido

examen de su amarga situación. Sus frases no han sido cuidadosamente formuladas, ni debemos juzgar de su propiedad ó impropiedad, como si hubieran sido dichas en momentos de tranquilidad y reposo. Deben juzgarse teniendo en cuenta las graves circunstancias en que se encontraba Job. Son la explosión de un sufrimiento que sobrepuja á toda constancia, el lenguaje de quien no puede soportar ya la terrible angustia que le oprime, y cuya vida ha venido á ser una carga insoportable. Debemos ser indulgentes con un lenguaje que es, por decirlo así, la expresión de los últimos paroxismos de uno que va á sucumbir en el desamparo y bajo la terrible presión del más desesperante sufrimiento. Su firmeza no es la de la piedra, ni su cuerpo es de bronce. Seguramente él mismo no sabía lo que hablaba. Solamente procura manifestar lo amargo y angustioso de su intolerable dolor.

Agobiado como se encuentra, sin esperanza de mejorar su condición, y sin otro deseo que el de morir, sin embargo, ninguna acusación lanza en contra de su Hacedor. El tentador ha quebrantado el espíritu del fiel patriarca, lo ha doblegado bajo el peso de la aflicción, pero ninguna ventaja ha obtenido sobre su integridad, ni ha podido hacerle abandonar á su Dios.

Mas dejemos por un momento al affligido pa-

triarca. Su tercera y más formidable prueba aun no ha concluido. Todavía no se agotan las fuerzas del tentador. Tiene preparados otros instrumentos de tortura que aplicar á su víctima, reducida ya á tan terrible situación. Cree el tentador alcanzar alguna otra ventaja sobre su víctima, reduciéndola á la más extrema miseria, y no retrocederá de su empeño si así puede lograr que Job abandone su confianza en Dios. ¿Logrará sus malignos propósitos? El tiempo resolverá esta cuestión. Mientras tanto acordémonos que hasta ahora nada ha conseguido. En la angustiada y desesperante situación á que ha llegado el piadoso patriarca, no ha renunciado, sin embargo, al servicio de Dios.

Y Aquel cuya gracia ha sostenido á Job en sus formidables pruebas, nos conceda igual medida de su gracia, gracia conforme á nuestras necesidades, gracia conforme á la magnitud de la obra que se requiera de nosotros, gracia, en fin, para que podamos llevar la carga que se nos imponga. Gloria y alabanza sea á su nombre. Amén.

CAPITULO IV.

JOB Y SUS TRES AMIGOS.

Y tres amigos de Job oyeron hablar de toda esta calamidad que le había sobrevenido, y acudieron cada cual de su lugar; es á saber, Elifaz, temanita, y Bildad, suhita, y Zofar naamatita: porque entre sí habfan convenido en ir á condolerse con él y consolarle.

JOB 2: 11.

POR lo que llevamos dicho, parece que los sufrimientos de Job han llegado á su último extremo. En tales circunstancias aparecen en la escena nuevos personajes, que como veremos más adelante, desempeñan papeles de mucha importancia. Tres amigos de Job concertaron ir á visitarle para condolerse de él y consolarlo. La importancia que se da á dichas personas cuando los sucesos habían alcanzado tamaño desarrollo, nos indica que su visita no es un incidente de poca importancia, sino que es un hecho de gran consecuencia en el asunto

que nos ocupa. Gran parte del Libro, y sin duda la mayor, se ocupa de la narración detallada de lo que los amigos de Job le dijeron y de lo que este á su vez les suplicó. Sin temor de equivocarnos podemos anticipar que ellos tienen mucho que hacer en el caso en cuestión. No fueron meros espectadores de una escena que pudo afectarles profundamente por tratarse de un íntimo y antiguo amigo. No, ellos mismos fueron actores que desempeñan papeles de gran importancia. Aparecen, precisamente en la crisis de la prueba de Job, cuando sus sufrimientos habían llegado á su mayor grado de intensidad, y cuando su naturaleza, al parecer, no podía resistir más. Sin saberlo, sus amigos se hayan al servicio del Tentador, quien actualmente se vale de ellos, para aumentar y agravar los ya intolerables sufrimientos del fiel patriarca, y para llegar á lo que el artero y depravado enemigo pretende, á saber: que Job renuncie al servicio de Dios.

Los discursos de Job y los de sus amigos, no son una mera discusión sobre el misterioso asunto de las providenciales aflicciones á que Dios somete al hombre. No pueden separarse de las peculiares circunstancias en que fueron dichos, para formar un tratado que discuta en abstracto el asunto general. Tiene tan estrecha relación con la situación de Job, que cada palabra que sale de la boca de sus amigos, va directamente

á su lacerado corazón. Se siente herido por la aspereza con que se dirigen á él, le agobian sus censuras y le exasperan sus inmotivados reproches; y por la naturaleza misma de los argumentos que le dirigen se ve obligado á ser su antagonista. Oficiosamente se constituyen defensores de la religión. Representan la causa de Dios, y luego exageran sus exigencias sobre Job, y tratan de justificar los caminos del Señor con el ejemplo del mismo Job, pero lo haciendo por sentados principios que la experiencia no confirma y que su propia conciencia desmiente, y con tal espíritu de hostilidad, que el afligido patriarca no puede menos que rechazarlos. La imprudencia, si no la mala fe de la defensa que hicieron de la causa de Dios, hizo que se convirtiera en una verdadera tentación, y dió lugar á que la causa misma estuviera á punto de ser rechazada. Como por una parte los amigos de Job pretenden ver, y se esforzaban en hacer aparecer una desesperada desavenencia entre la justicia de Dios y la integridad de aquel; y como por otra parte Job tenía, respecto de su integridad, el testimonio de su propia conciencia y no podía renunciar á dicho testimonio ni falsearlo, de ahí que Job fuera abrigando más y más una falsa idea respecto del carácter de Dios. Le parece ver á Dios empeñado en torturarle, por faltas que no había cometido, obstinado en perseguirlo como

un implacable enemigo, y empleando, sin justicia ni razón, su irresistible poder para humillarlo. Tal es el terrible fantasma que sus amigos le hacen concebir: falsa noción que representa á Dios como despiadado é injusto; y como por otra parte sus intolerables sufrimientos turban su mente y no pueden corregir su error, resulta que aquella falsa imagen de Dios se graba más y más en su entendimiento. Esta idea de Dios, aparentemente tan verdadera, contra la cual se le obliga á luchar y por la cual se le quiere llevar á la desesperación, y forzarlo á dar de mano á su confianza en Dios para arrojarlo completamente en el lazo fatal de la tentación, es la que ofusca su affligido espíritu.

Esto que viene á ser lo que más contribuyó al conflicto del alma de Job, y contra lo cual aunque temerosamente se enfurece, se halla descrito en el Libro santo con notable maestría. Esto es la verdadera cima y la crisis de la tentación. Esta importuna aparición que los amigos de Job se empeñan en poner ante su vista, revestida con el ropaje de un Dios arbitrario, cuya justicia según ellos la representan, sería una gran injusticia, y para quien la comparación no existe, esto es, repito, lo que llena el alma del affligido patriarca de la más desconsoladora angustia. Y en medio de la densa oscuridad que le rodea y de lo misterioso de

sus inevitables sufrimientos, ¿qué hace para escapar de ese Dios ante el cual le colocan sus amigos? ¿Cómo ahuyentar tan fatídico espectro? Admitir semejante Dios que tanto su imponderable miseria, como los discursos y argumentos de sus amigos le fuerzan á reconocer, es caer inevitablemente en el peligroso lazo de renunciar al servicio de Dios. Semejante Dios podrá ser espantoso, pero es imposible que pueda ser amado más bien que temido.

He aquí, pues, á los tres amigos de Job, constituidos por sí mismos en abogados de Dios y consejeros de su amigo, en lo concerniente á su bien espiritual, diligentemente ocupados en lanzarle sus envenenados dardos y causándole mortales heridas. Y he aquí á Job expuesto, sin defensa de ningún género, á los peligrosos ataques de sus amigos. ¿Podrá soportar el peso de su nueva carga? ¿Podrá resistir al empuje de este nuevo choque? ¿Continuará inmóvil su confianza en Dios aun cuando vea desplomarse uno por uno los postes que la sostienen, y aun cuando le parezca ver minada la base sobre que descansa? En sus réplicas á sus amigos se nos muestra su dolorido corazón hundido en un profundo abismo. Cada movimiento de su alma se halla fielmente retratado. Todo el tumulto de sus sentimientos, por el conflicto de sus emociones, se puede ver con toda claridad. Ya le vemos agobiado; ya resignado; no bien lo

vemos ir vacilante al borde del fatal precipicio, cuando le vemos recobrar toda la energía de su invencible fe; impelido por la gran angustia de su espíritu le oímos proferir juicios erróneos, respecto de sí mismo, que no expresaría en momentos de calma, quisiéramos impedir que volviera á abrir su boca temerosos de que su desesperación lo induzca á proferir la palabra fatal que Satanás por la combinación de todas sus fuerzas sin cesar lo constriñe á pronunciar. Agréguese á todo esto su intolerable angustia y los terrores que le infunde el Dios que le pintan sus amigos, y sólo entonces podremos formarnos una idea de la turbación que embarga su alma; sin embargo y á pesar de todo, con qué agradable sorpresa vemos que siempre vuelve á su Dios y que á menudo torna sus ojos hacia Aquél que es su única esperanza y solaz. Esto no obstante, ¿podrá, al fin, la piedad de Job resistir tan espantoso ataque? ¿O triunfará el Tentador?

A fin de que podamos formarnos mejor idea de cómo y hasta qué grado los amigos de Job agravaron su terrible tentación, es necesario conceder particular atención á dichas personas y considerar su conducta y lenguaje para con el affligido patriarca. Tal es el propósito del presente capítulo.

La censura que Dios mismo lanzó contra los amigos de Job, y que se halla al fin del libro,

y el hecho de que no comprendieron la causa de los sufrimientos de su amigo ni el propósito de Dios, ha inducido á muchos á menospreciar indebidamente el carácter de dichas personas. Contra semejante tendencia debemos precaver-nos cuidadosamente so pena de debilitar la fuerza de la tentación, pues mucho depende del concepto que formemos acerca de tales individuos. Qué personas tomaron parte en la tentación, qué es lo que precisa y positivamente hicieron, y cuál la verdadera trascendencia de sus acciones ó palabras, tal será el campo de nuestras investigaciones.

Hay buenas razones para creer que los amigos de Job, eran hombres prominentes sabios y buenos. A la vez debieron ser sus más íntimos y estimados amigos para que pudiera esperar apoyo y consuelo de ellos en medio de su angustiosa situación, y para que ellos á su vez quedaran mudos y atónitos al considerar la amargura de su amigo. Eran hombres venerables; de edad y de gran experiencia. «Cabezas canas y hombres muy ancianos hay entre nosotros; mucho más avanzados en días que tu padre.» (Job 15: 10) Job con diez hijos, que en ese tiempo habían llegado ya á su completo desarrollo, debía tener, cuando menos, cincuenta y cinco ó sesenta años. Es probable que Elifaz se refiera á sí mismo en las palabras que acabamos de citar, pues se nota que sus amigos siempre le dan la primacía. Siem-

pre habla el primero y esto nos hace suponer que era el de mayor edad. Si esto es así y alude á su persona cuando dice: «cabezas canas y hombres muy ancianos hay entre nosotros; mucho más avanzados en días que tu padre:» es evidente que debía tener cuando menos sesenta y cinco ú ochenta años. Y la edad impone la reverencia, y en la época patriarcal mucho más que en nuestros días. En aquel tiempo era un título de distinción ser el más viejo, el jefe de la familia ó tribu, el visible Señor de sus descendientes y la reconocida autoridad á quien se dirigían, esperaban y obedecían en todo, tanto los miembros de la familia como los sirvientes. Era también título de saber, en una época en que los medios de instrucción más bien que los libros eran la experiencia, la observación, el trato con los hombres y el conocimiento inmediato de las cosas.

La región donde vivían los amigos de Job es también otra de las cosas que debemos tomar en consideración; porque fué proverbial la sagacidad de sus habitantes, y es muy posible que al mencionar la residencia particular de cada uno, se nos haya querido sugerir, con ello, que eran hombres de superior sabiduría y penetración, es á saber: Elifaz temanita, y Bildad suhita, y Zofar naamatita. Temán era famosa por la sabiduría de sus hombres y por lo profundo y sentencioso de sus dichos; y lo

mismo puede decirse de Arabia ó del Este, país á que pertenecían los otros dos amigos de Job. Es á esta bien conocida reputación de esas regiones á lo que alude el profeta Jeremías cuando dice: «¿No hay acaso ya más sabiduría en Temán? ¿ha perecido el consejo de los sabios? ¿se ha desvanecido su sabiduría?» (Jerem. 49 7:) Y los escritores inspirados del tiempo de Salomón, cuando quieren ponderar las eminentes dotes del rey sabio, por medio de una comparación dicen: «Y fué mayor la sabiduría de Salomón que la de todos los orientales.» (1 Reyes 4: 30.)

Que los amigos de Job son dignos representantes de un país de sabios, es evidente por los discursos que de ellos conserva la Escritura, los cuales se hacen notar por la larga experiencia y la profunda reflexión que revelan, las adecuadas y bellísimas ilustraciones en que abundan tomadas ya de la naturaleza, ya sugeridas por su propia reflexión. No cabe duda de que sus razonamientos son erróneos porque estriban en falsas aunque especiosas premisas, pero dadas éstas, sus argumentos son legítimos y contundentes. Es cierto que no pudieron convencer ni confundir á Job, pero la causa no debe buscarse en su falta de habilidad, porque eran adversarios muy dignos y Job necesitaba de toda su destreza para impugnarlos. Lo que salvó á Job no fué la superioridad de sus

argumentos, sino la conciencia íntima que tenía de los hechos acerca de los cuales contendía con sus amigos. Ninguna sutileza ni demostración podía convencerle de ofensas de que su conciencia le declaraba inocente. Interpretaban mal los designios de la providencia, y se engañaban al pretender explicar el misterio de los sufrimientos de Job. Pero esto no era por incapacidad mental. Job no podía ver más lejos que todos sus amigos, envueltos como se hallaban por la densa oscuridad de aquella dispensación. Conocía el error de sus amigos, pero ignoraba tanto como ellos la realidad del caso. El hecho es que el enigma era insoluble para la razón humana entregada á sus propias fuerzas. Sólo Dios podía declarar el propósito de tan aflictivas dispensaciones; pero esto aun no lo había hecho. Las calamidades á que se sujetó á Job, fueron la ocasión para esparcir los primeros fulgores de luz sobre ese misterioso asunto. No son, pues, más culpables los amigos de Job, que éste mismo, por no haber podido comprender aquello que por falta de medios adecuados no podía ser comprendido. De lo que positivamente fueron culpables, y hasta qué grado, es de lo que á continuación nos ocuparemos.

No sólo eran buenos hombres, sino que en realidad estimaban á Job. El tenor general de sus discursos enseña con claridad cuanto desea-

ban tanto la gloria de Dios como el bien espiritual de su amigo. Defienden y sostienen todo lo bueno y condenan lo malo. Sus discursos se hayan engalanados con brillantes joyas, así morales como religiosas. Los principios que sostienen son, en general, excelentes é incensurables máximas. Sólo en la aplicación, que de ellos hacen al caso en discusión, es en lo que yerran. Es innegable que profesan verdadera simpatía y amistad hacia Job, pero las tinieblas que ocultan ante su vista el verdadero papel que desempeñan, y la causa y el objeto de la aflicción del fiel patriarca, tuercen su juicio, y llevados de su error, se empeñan en corregirle de faltas imaginarias, viniendo ellos mismos á hacerse reos de verdaderas aunque no intencionales injusticias, tratando á su angustiado amigo con innmerecida severidad.

Los amigos de Job fueron, pues, tanto como podemos averiguarlo, hombres distinguidos, eminentes por su sabiduría y de intachable piedad; dignos bajo todos conceptos de la confianza y estimación de Job, y de lo cual pudo cerciorarse por las relaciones que, sin duda, mantuvo con ellos por muchos años. Luego que supieron cuanta era la aflicción de su amigo, se apresuraron á mostrarle su simpatía, viniendo hasta su casa para deplorar con él sus calamidades y para impartirle sus consuelos. Es verdad que hicieron muy poco en

su favor, casi nada, pero es innegable que el designio y propósito de su visita, fué ayudar á su amigo en su angustia.

Por lo demás es importante tener en cuenta el cambio interior que se fué operando en los amigos de Job, á medida que adelantan los sucesos. Esto se halla admirablemente descrito en los restantes capítulos del libro que estudiamos, y es indispensable conocerlo, á fin de que podamos comprender de un modo adecuado el desenlace final. Atribuirles desde el principio la aspereza de sentimientos y las temerarias sospechas que abrigaron después, es pervertir su carácter, confundir lo que es perfectamente distinto, y perder de vista la interior revolución de sentimientos, que respecto á Job, se operó en ellos, hecho que se halla perfectamente delineado, y que al mismo tiempo es tan verdadero como natural. Después de haber discutido tanto con él sin lograr convencerlo, y dando por sentadas las falsas premisas en que fundaban sus ataques, natural era que les pareciese el hombre más obstinado é incorregible, y en consecuencia, predispuesto así su ánimo, no podían sino lanzarle severos reproches y duras reconvenciones.

Esto no obstante, no se puede negar que vinieron bastante animados de la más pura simpatía y por la aflicción que les causó la noticia de la triste situación de su amigo. Le

encontraron tan aniquilado que no pudieron conocerlo, y al acercarse á él no pudieron contener el llanto, porque el dolor desgarraba su corazón. «Mas cuando le vieron de lejos no le conocieron, por lo cual lloraron en alta voz; y rasgando cada uno su manto, esparcieron polvo sobre sus cabezas; y sentáronse con él en tierra siete días y siete noches, sin hablarle palabra; porque veían que era grande su dolor.» (2: 12, 13.) Para mitigar ó atenuar los graves sufrimientos de un amigo, sería imposible mostrar más ternura y delicadeza de simpatía de lo que ellos lo hicieron, y todo movidos por la más tierna simpatía y la más genuina piedad. Nada hay que nos autorice á suponer que lo hicieron por otros motivos que por un sentimiento de verdadera amistad, ó que desde entonces abrigaban temerarias sospechas en cuanto á la piedad de Job, ó respeto de las causas por las que se infligieron tan extraordinarios sufrimientos.

Al fin Job rompe el lúgubre silencio en que habían permanecido, prorrumpiendo en desgarradores lamentos, arrancados por la violencia de su dolor. Elifaz, quizá el más anciano y respetable de los tres, y sin duda el más digno y comedido en palabras, responde el primero. Job contesta á su réplica, y á continuación siguen hablando Bildad y Zofar. Habiendo respondido Job á cada uno de sus interlocuto-

res, ellos á su vez, y siguiendo el mismo orden, le vuelven á replicar, y así continúan por tres veces. Solamente en la tercera y última serie de discursos, Zofar no toma parte, por razones que más adelante exponaremos. Elifaz y Bildad en su orden, hablan por tres veces, Zofar sólo dos; Job invariablemente les contestó. Hay, pues, una triple serie de discursos en los cuales se puede ver con precisión, la creciente turbación y desconfianza que se apodera de los amigos de Job, y que les hace dudar de la integridad de éste. Comparativamente á como concluyen, es evidente que principian con moderación y dulzura. Pero á medida que la discusión avanza, comienzan á extraviarse, y excitados por la oposición de Job, á lo que ellos consideraban como los principios fundamentales de la fe religiosa, provocados y exasperados por lo que ellos creían que era obstinación, por su aparente oposición á la Divina Providencia, y porque en su concepto el lenguaje de Job era irreverente é impío, al fin pierden toda su confianza en la rectitud y sinceridad de su pobre amigo, y llegan hasta tenerlo por culpable de ocultas pero atroces y detestables iniquidades.

Cuando ya fué imposible para Job, contenerse por más tiempo bajo el peso de su gran angustia, prorrumpió en desoladores lamentos de dolor, maldice el día de su nacimiento, y se

queja de que se le haya impuesto la vida cargada de tanta miseria, cuando le sería más grato no haber existido ó disfrutar ya del reposo del sepulcro; entonces es que Elifaz comienza por amonestarle. En su primer discurso procura persuadir á su amigo de que su abatimiento es excesivo, le recuerda las causas morales que posiblemente trajeron sobre él azote tan terrible, y finalmente le exhorta á la sumisión más completa, asegurándole que así lograría que Dios le volviera su favor aun más allá de lo que lo había hecho.

Da principio á su discurso, de un modo apologético é insinuante, diciendo: «¿Si uno probare razonar contigo te darás por ofendido? ¿mas quién puede contener las palabras?»(4: 2.) En seguida recuerda á Job cómo en otro tiempo fortalecía y consolaba á los afligidos, para sacar como consecuencia que ahora no debía mostrarse tan débil; que siendo hombre justo y bueno no debía desesperar, sino confiar en Dios, quien no permite que sufran los inocentes hasta que perezcan ni consiente en la perdición de los justos. Atribuye á la universal depravación de la naturaleza humana, el origen de sus sufrimientos. El hombre mortal no puede ser justo á la vista de Dios, ni puro ante su Hacedor. El hombre es pecador: de ahí la fragilidad y lo perecedero de su naturaleza. Más frágil que la polilla, desde la mañana hasta la tarde es

destruido; perecen continuamente sin que nadie repare en ello! No sale del polvo la aflicción ni del suelo brotan las congojas, es decir, los sufrimientos no se originan de causas desconocidas. El hombre nace para la aflicción como la centella para volar. Se halla envuelto en ella por una necesidad propia de su naturaleza: se origina directamente de su inherente depravación. Partiendo de tales consideraciones le amonesta á someterse humilde y confiadamente á Dios, bajo cuya universal y justa providencia halla esperanza el débil y la injusticia cierra su boca. (5: 16.) Concluye enumerando con bellísimas y conmovedoras frases, los felices resultados de someterse humildemente á la corrección del Señor.

A esta plausible, y retóricamente considerada, elegante introducción de Elifaz, hay que hacer dos observaciones. En primer lugar no podía sino irritar á Job, el que su amigo espere de él soporte sus prolongados y amargos sufrimientos con ánimo tranquilo, y que luego le increpe por no manifestar la misma fortaleza que recomendaba á otros, como si hubiera paridad en los casos y como si no tuviera sus límites el sufrimiento humano, y fuera posible soportar tan gran miseria sin proferir la menor queja. Los suspiros, quejas y lamentos, arrancados á Job, por tan intolerable angustia, es ciertamente una debilidad que no merece tan

ásperas censuras. Y apelar á su piedad, como si ella pudiera acallar los clamores de sus intolerables sufrimientos, y darle una alegre esperanza en medio de tan gravísimos desastres, y cuando más bien se le debía compadecer en vista de las excepcionales circunstancias en que se encontraba, hé aquí otras de las cosas que debieron irritar al afligido patriarca. Es evidente, por tanto, que los amigos del angustiado patriarca carecían por completo de la ternura y compasiva simpatía, que son los requisitos esenciales en quien se proponga consolar á un afligido como Job. La segunda observación que tenemos que hacer al discurso de Elifaz, no se refiere á sus sentimientos, como la precedente, sino á sus principios. Es á la afirmación de que el pecado y el sufrimiento se hallan inseparablemente unidos en las providenciales dispensaciones de Dios; como si semejante apreciación proporcionara una explicación adecuada de todos los casos de aflicción incluso el del mismo Job. Este punto se insinúa con tanta destreza, que apenas se puede objetar otra cosa, sino que no puede ser, como pretende, la solución del caso que nos ocupa. No ataca á Job ni directa ni indirectamente. No contiene ninguna suposición ofensiva, ni aparentemente sostiene nada contra la solidez y realidad de la piedad de Job. Su razonamiento más bien se basa sobre la idea que se había formado de la rectitud del afligido

patriarca y de su devoto temor á Dios. No lanza más acusación contra Job, que la que es común á todos los que participan de la naturaleza caída de la humanidad. Todos son impuros á la vista de Dios y en consecuencia todos han de sufrir. La posibilidad de sufrir y el sufrimiento mismo son resultados inevitables de la naturaleza depravada con que hemos nacido, así que el recto y racional camino, y el prudente y piadoso comportamiento que debe observarse en tales circunstancias, no es desahogarse prorrumpiendo en apasionadas quejas contra la divina providencia, pues eso no es sino el fruto de la maldad del mismo que sufre, (ver. 2) sino aceptar con mansedumbre y humildad los sufrimientos que Dios envía; porque «El es el que hace la llaga y el que la vena. El hiere y sus manos curan.» (5: 18.) Semejante sumisión incuestionablemente conducirá á la paz y á la salvación.

Es indudablemente cierto que ahí donde no haya pecado no habrá sufrimiento. Todo sufrimiento tiene como invariable y necesario antecedente el pecado. Es también cierto que la convicción de haber pecado y el conocimiento de lo que merece, debe hacer callar á todo el que sufra cualquiera calamidad, y quita el derecho de quejarse en contra de la justicia de Dios. Los más santos y mejores hombres son, sin embargo, pecadores ante la vista de Dios, y pueden sufrir por disposición divina, sin que se

pueda decir que sufren injustamente; partiendo de este principio es por lo que Zofar dice terminantemente: «Dios te castiga menos de lo que tus iniquidades merecen.» (9:6) Ningún hombre sufre en este mundo tanto como justamente merece.

Pero si esto es una verdad incontestable, también lo es que no puede considerarse como explicación adecuada de especiales y extraordinarios sufrimientos, y en particular de lo que ocurre á los piadosos, y menos aún del caso á que se aplica. La corrupción general de la humanidad, da lugar al sufrimiento, pero en la proporción en que se halla uniformemente distribuida, y un principio semejante puede aplicarse en casos en que el sufrimiento esté evidentemente en proporción de la gravedad de las culpas del que sufre. Pero especiales sufrimientos no implican necesariamente pecados excepcionales, ni es sostenible semejante proposición. La culpabilidad que es común á todos, no puede ser razón para que á uno con excepción de los demás se le someta á sufrimientos extraordinarios.

La razón especial de semejantes sufrimientos queda, por tanto, inexplicable. Su importancia como medio para probar el carácter, su gran utilidad para aleccionar y disciplinar al hombre, ni siquiera se sospechaba entonces. Elifaz sostiene que el hombre sufre porque es pecador;

ignoraba que pueden sufrir aun los santos; que de esa manera el piadoso puede evidenciar mejor la santidad de su carácter, acercarse más á la perfección, y que la final y misericordiosa recompensa sería proporcionalmente aumentada é incomparablemente mayor que el sufrimiento. El sufrimiento, en concepto de Elifaz, era siempre y únicamente el castigo del pecado, la pena impuesta por el desagrado con que Dios mira la maldad. Ignoraba que también puede ser una prueba de amor; un don de gracia, una bendición encubierta; «porque el Señor al que ama castiga y azota á aquél que adopta por hijo.»

Los otros dos amigos siguieron en sus discursos, los mismos principios y método de Elifaz, pero le excedieron en vehemencia; y sus cargos contra Job, fueron más directos. Su axioma era, que Dios no podía obrar injustamente, y que en consecuencia el sufrimiento debía ser únicamente el fruto del pecado. Ya Bildad deja entender que los hijos de Job no habían perecido sino por sus propias culpas, de manera que la pérdida que en ello lamenta el afligido patriarca, no era precisamente un castigo de sus faltas, sino de las de sus hijos, aunque tiene cuidado de poner un «si» condicional antes de afirmar algo en cuanto á la piedad de Job. «*Si* tú eres puro y recto, si de mañana buscarés á Dios, y rogares al Todopoderoso, cierto luego

despertará sobre tí, y hará próspera la morada de tu justicia.» (8: 4-6.) Zofar puso el «*si*» antes de la hipótesis contraria, respecto del carácter y conducta de Job, con lo cual implica la posibilidad de lo que supone. «*Si* habiendo iniquidad en tus manos, la alejares de tí, y no permitieres que la maldad habite en tus moradas, alzarás luego tu rostro sin mácula, y estarás firme, y no temerás: porque de tu miseria te olvidarás, ó te acordarás de ellas como de aguas que pasaron ya: y tu vida transitoria resplandecerá como el medio día; tu oscuridad será como la luz de la mañana.» (11: 14-17.) La animación y belleza de las imágenes que emplea, y el vigor y la energía de sus conceptos no puede menos que encantarlos y de causar viva impresión en nuestro ánimo, no obstante la deficiencia de su modo de tratar tan misterioso asunto, lo erróneo ó ilegítimo de las conclusiones que deducen, y á pesar de la injusticia y falta de caridad con que tratan á Job.

Es evidente que cuando Elifaz habló por segunda vez, un gran cambio se había efectuado en sus sentimientos hacia Job. Ratifica los principios capitales que él y sus amigos habían sostenido, en cuanto á la necesaria conexión entre el sufrimiento y el pecado. Pero en esta vez ya no los comprueba ni apoya con la consideración de la universal depravación humana. Ya no habla tanto del hombre que «ha nacido

para el sufrimiento,» como del que «bebe la iniquidad como el agua.» Es la suerte del impío y del malvado, la que presenta ante Job en sus amonestaciones. En vez de presuponer la integridad de Job y de amonestarle á que retenga la esperanza que aun no había perdido por completo, le imputa graves delitos, consistentes, no precisamente en hechos pecaminosos, sino en blasfemias y palabras irreverentes. En esta vez habla en presencia de los amigos que él mismo ha inculcado. Le acusa de haber sostenido principios inconsistentes con la piedad y la reverencia que se debe á Dios. «Tú disipas el temor y menoscabas la oración delante de Dios;» que es lo mismo que decir: tú condenas la piedad é invalidas la oración por los sentimientos que has manifestado en tus palabras. «Porque tu iniquidad enseña á tu boca; y escoges el lenguaje de los malvados. Tu propia boca, y no yo, te convence de maldad; sí, tus mismos labios testifican contra tí.» (15: 5-6.)

Bildad y Zofar, una vez más, siguieron á Elifaz, en el propósito general de sus discursos, y declaran ante Job, la destrucción cierta, próxima ó lejana que vendrá sobre el impío; dándole á entender, no ambigua sino directamente, que tal es la funesta suerte que le espera.

Elifaz en su tercer discurso va más allá todavía. En esta vez sin ambigüedad de ningún género, sin indirectas insinuaciones, sino del

modo más explícito y terminante, carga á Job con las más atroces iniquidades. A medida que la discusión ha ido avanzando, Elifaz le ha ido perdiendo la voluntad á Job. La aparente irreverencia del lenguaje de Job, le ha hecho creer que éste se hallaba destituido de piedad, hasta el grado de que la confianza que al principio tenía en él, desapareció por completo, y ya no solamente cree que pueda ser culpable de alguna falta, sino que se muestra como plenamente persuadido de que positivamente era reo de iniquidades del más grave carácter; y por lo mismo le parece que las aflicciones que tan súbita y terriblemente le sobrevinieron, encuentran ahora su razón de ser.

No aduce ahora, en contra de Job, la universal depravación, como en su primer discurso. No se detiene á impugnar la aparente irreverencia é impiedad de su lenguaje, como lo hizo en el segundo. No se contenta, como sus compañeros, con dirigirle indirectas intimaciones, que le dieran á entender, no cual podía ser, sino cual era en efecto el seguro fin de los malvados. Va mucho más allá, lanzándole abiertos cargos, en los cuales le acusa de habituales y groseras transgresiones. «¿No es grande tu maldad, y no son innumerables tus iniquidades? Pues has exigido prendas á tus hermanos injustamente, y á los desnudos has despojado de su ropa; á los cansados no has dado agua, y á

los hambrientos les has negado el pan.
Has enviado á las viudas con las manos vacías,
los brazos de los huérfanos han sido quebrados.
Por eso te hallas cercado de lazos, y te aterran espantos repentinos ó tinieblas donde no puedas ver, y muchedumbre de aguas te cubre.» (22: 5-7, 9-12.) Ahora bien, un Dios justo y omnipresente detesta la maldad, y en consecuencia le imprime el sello de su reprobación. Así pues, lo que Job sufre es lo que debía esperarse como la justa y merecida recompensa de sus iniquidades. La ficticia impunidad en que había vivido llegó á su fin, y la severa, pero justa venganza de Dios le ha alcanzado.

¡Qué asombroso espectáculo! ¡Qué lección para nosotros! Hé aquí un hombre que según la expresa declaración de Dios, no hay otro como él en toda la tierra—perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal. Y hé aquí también á tres hombres buenos, sabios, de avanzada edad y experiencia, amigos íntimos de Job, á quien habían conocido no por su reputación sino por las relaciones personales y casi familiares, que por mucho tiempo mantuvieron con él; y los cuales, sin embargo, no tienen ahora escrúpulo en molestarle con las más injustas y ofensivas sospechas, concluyendo por imputarle la más infame conducta. Y todo esto sin poder señalarle un solo hecho innegable. No son más que meras suposiciones ó inferen-

cias de sus mal aplicados principios, y á pesar de esto le acusan y condenan como si estuvieran bien persuadidos de la realidad de las faltas que le imputan. ¡Que asombroso espectáculo, repetimos, qué lección para nosotros!

Los amigos de Job, como ya lo hemos dicho, no eran culpables por no comprender lo que no podía comprenderse sino por divina revelación, favor que no se les concedió. Nada hay que nos permita suponer que por defecto de su conciencia moral ó por torpeza intelectual, no pudieran conocer el verdadero motivo de los sufrimientos de Job, ó sea el propósito de Dios al enviárselos. Esto era por entonces un enigma indescifrable para ellos. Había llegado la ocasión en que Dios derramaría más luz sobre el misterio de los sufrimientos de los justos; y se sirvió de la aflicción de Job para comunicarles divinamente la lección que necesitaban. Esto no podía verificarse en toda su extensión sin antes iluminar la mente con dones celestiales y sin haber instruido á la humanidad en las verdades generales de la religión, que nos fueron reveladas después, y sin haber enseñado á los hombres por su propia experiencia, cuán incompetente es la razón humana para penetrar semejantes arcanos ó para disipar las tinieblas que envuelven á dispensaciones como esa. La ignorancia de los amigos de Job y aun la de éste mismo, en cuanto al propósito de Dios al

tratarlo de semejante manera, no es de ningún modo reprehensible. Esto no podía ser de otra manera toda vez que carecían de medios adecuados para comprender el designio de Dios.

Tanto así es como pueden ser disculpables. Pero de lo que no pueden ser disculpados es, en primer lugar, de que se hayan creído competentes para explicar, como quien tiene pleno conocimiento del caso, lo que no entendían ni podían comprender; haciendo, al mismo tiempo descansar el propósito divino en razones del todo insuficientes, y pretendiendo ajustarlo á sus imperfectas y limitadas nociones. Si hubieran reconocido lo misterioso del asunto y á la vez su incompetencia para tratarlo, todo hubiera pasado bien. Así habrían podido escapar de los errores en que incurrieron después, y de la responsabilidad que contrajeron por la injusticia con que trataron á Job. Porque en efecto, lo que en realidad hicieron fué inculpar á la Providencia, que era lo que, oficiosamente, pretendían defender. Prescriben reglas á su soberana administración, que á juicio de ellos son las únicas compatibles con la justicia, pero que no son en ninguna manera las que sigue en sus determinaciones. Los sufrimientos providenciales no son distribuidos según nuestros modos de pensar, ni según los principios que los amigos de Job aseguran son los absolutamente requeridos por los atributos esenciales

de Dios. Por defender á la divina Providencia con razones que son manifiestamente inadecuadas, y por insistir en que sobre tales razones debía necesariamente descansar su defensa, hacen por el contrario aparecer semejante dispensación como indefinible, y sin saberlo quizá la colocan en condiciones que la hacen insostenible.

Además, fueron inexcusables en otros respectos. No solamente dieron principio á una mala defensa como la única sobre la cual podía sustentarse la causa de Dios, ó con la cual se podía justificar la Providencia; sino que también pretendieron elevarla por medios falsos, si no inmorales. Según la acusación de Job (13: 7) defendieron á Dios con inicuos discursos y abogaron por su causa impropia y falsamente. Afirmaron lo que no sabían si era la verdad, y lo que en efecto no era la verdad: sus razonamientos no eran sino meras inferencias de las falsas premisas que habían asentado y sobre las cuales descansaba su defensa. Defendiendo la causa de la religión y de la piedad, como lo hicieron, vinieron á ser responsables de temerarias y necias aserciones; fueron injustos con Job, no sólo por haber abrigado infundadas sospechas en cuanto á su carácter, sino también por haber aventurado abiertas y terminantes acusaciones que lo declaraban culpable de cosas de que era inocente; fueron

ignominiosamente crueles con su angustiado amigo, agravando sin causa sus aflicciones, las cuales exprofesamente vinieron á calmar, cuando aún se hallaba agobiado bajo el peso de sufrimientos tales, que habrían desarmado á la malicia misma y ablandado al corazón más empedernido. Las exigencias de su argumentación, no pueden en manera alguna justificar semejante conducta. La gran dificultad de defender la rectitud de los procedimientos de Dios, y la legitimidad de las exigencias de la religión, tampoco puede justificarlos. Si no podían defender los actos de la Providencia, recta y legítimamente y sin recurrir á medios reprobables, mejor habría sido que hubieran abandonado su intento, declarando que no eran ellos los llamados por Dios para semejante empresa. Debían haber reconocido lo misterioso de aquella dispensación y confesar su incompetencia, esperando pacientemente hasta que el Señor mismo mostrara las sólidas bases sobre que descansaba su causa. Confiando en aquél que hace grandes é inescrutables cosas, debieron esperar que á su tiempo declarara todas las cosas, en vez de alargar sus profanas é impuras manos para sostener el arca del Señor, «y obscurecer el consejo con palabras sin sabiduría.»

Los groseros cargos de Elifaz contra Job, no podían ser repetidos por Bildad en su último

discurso después de la solemne declaración que hace Job de su inocencia, y después de la no menos imponente apelación al omniscio Juez de todos. Al contrario, retrocede ante ambas cosas para colocarse en la posición que primitivamente ocupó Elifaz—la universal depravación de la humanidad en la cual necesariamente debía hallarse envuelto Job. De esta manera no sólo da á entender que se retracta de los cargos que hasta entonces había insinuado ó hecho abiertamente en contra de Job, sino que también reconoce su incapacidad para continuar la discusión. Esto mismo puede, además, deducirse de la brevedad de su discurso, que no contiene sino algunas sentencias muy ordinarias. Zofar no intentó hablar porque no tuvo nada que decir.

Cesaron, pues, aquellos tres varones de argumentar con Job. No pudieron convencerlo ni refutar sus argumentos. En vano se empeñan en sostener su protesta contra las quejas en que prorrumpió Job el día de su turbulenta explosión de dolor. Procuran convencerle de la irreverencia é impiedad de que le creían culpable, y se esfuerzan en hacerle admitir su modo de considerar el asunto, como el más recto, y de adoptar la disposición de espíritu que más propia les parecía. Pero lo que en verdad estaban haciendo, era ponerse enteramente del lado del gran adversario. Vienen á ser

los instrumentos y cómplices de Satanás en tan formidable tentación, poniendo todo su valer en el platillo de la balanza opuesto al de Dios y del bien; y predisponiendo á Job contra la causa de la verdad por la capciosa defensa que de ella hicieron, y por los medios de que se valieron y que tan ofensivos fueron para Job; desvirtuando la providencia de Dios, por el modo inadecuado con que pretendieron justificarla, valiéndose de argumentos notoriamente falsos; compeliendo con todo eso á que Job renunciara al servicio de Dios, á quien representan en una forma tal, que lo hacen más digno de ser rechazado que amado y obedecido.

Por lo visto, la situación de Job ha llegado á su mayor grado de angustia. ¿Podrá, después de todo, soportar la terrible tentación que gravita sobre él con todo el peso de las fuerzas que se han venido acumulando? Sus propiedades destruidas; sus hijos muertos, él mismo víctima de horrible y penosa enfermedad, su esposa instigándole á que abandone el servicio de un Dios tan cruel, autor de todas sus desgracias, de su angustia tanto corporal como espiritual, la cual le parece que ha llegado á un grado tal que no ve esperanza de alivio; sus amigos que por tanto tiempo habían permanecido unidos á él con la más estrecha amistad, comienzan á desdeñarle y á acosarle con los más

injustificados reproches, mientras él por otra parte se hallaba totalmente incapacitado para comprender las razones y la justicia de sus aflicciones — ¿podrá, repito, soportar todo y mantener su confianza en Dios, no obstante que no puede verlo con claridad, por las densas tinieblas que le rodean? La respuesta á esta pregunta la encontraremos en las réplicas de Job á sus amigos, en las cuales toda la angustia y el conflicto de su alma se puede ver con toda claridad. Pero el estudio de dichas réplicas tenemos que diferirlo para el siguiente capítulo.

Mientras tanto plegue á Aquel que es el único que lo puede hacer, proteger y confortar misericordiosamente á todos aquellos siervos suyos que sufran tentación. Amén.

CAPITULO V.

CONFLICTO DE JOB.

Hacen ludibrio de mí mis
amigos, mas á Dios vuelvo
mis ojos deshechos en lá-
grimas.

Job 16: 20.

SEGUN parece, Satanás ha madurado bien sus planes y ya se lisonjea de que aunque á la larga, su víctima caerá al fin en su poder y no podrá escapar del lazo que le ha tendido. Job con todo lo que le pertenecía ha sido puesto á disposición del malo, con la sola limitación de que no toque su vida. Satanás se ha servido á todo su arbitrio de semejante libertad. Ha hecho venir sobre el sencillo y confiado patriarca, la más espantosa complicación de aflicciones y sufrimientos, con el solo propósito de hacerlo desesperar de su integridad y obligarlo á que renuncie el servicio de Dios. ¿Logrará su infernal propósito?

Ha oprimido sobremanera el espíritu de Job y casi ha extinguido su esperanza. Ha acumulado sobre él toda clase de trabajos y mortifi-

caciones, hasta que debido á su intolerable y prolongada angustia su vida ha venido á ser para él una carga insoportable. Cansado del sufrimiento, agobiado bajo su peso, aturdido por su violencia y torturado hasta la desesperación, maldice el día de su nacimiento y nada desea tanto como la muerte. No parece sino que su naturaleza no puede sufrir más. Satanás percibe toda su ventaja sobre Job en esta crisis, y carga sobre él con implacable encono por medio de sus amigos, quienes sin sospecharlo se han colocado en las filas del tentador. Estos officiosos ministros de consolación y abogados de la religión, le tratan de manera tan injusta, que lo obligan á irritarse en contra de ellos y en contra de la causa misma que defienden. Sus alegatos en cuanto á la rectitud de la Providencia divina, pugnan con la idea que Job tiene, respecto de la misma y con el testimonio de su conciencia respecto de su integridad. Sus amigos representan sus graves sufrimientos ya como la justa retribución de la inherente corrupción de la naturaleza humana, ya como el castigo de la irreverencia y altivez de sus palabras, ó ya en fin, como la merecida pena de graves culpas, ocultas hasta entonces y traídas á la luz de esta manera. Job protesta enérgicamente contra cada una de esas injustificables suposiciones. Sus sufrimientos no pueden ser explicados de esa manera. ¿Cuál es

entonces la inevitable alternativa á que tiene que llegar? ¿No es Dios injusto? ¿No le está tratando como á un verdadero delincuente aunque sabe que es inocente? ¿O no se le presenta al menos, como un implacable enemigo que gratuita y despiadadamente le atormenta con tan terribles sufrimientos? Si tamañas calamidades no son la recompensa de la justicia, ¿no es evidente que el imponérselas es notoria injusticia é incalificable crueldad? Y si Dios es así tan injusto y cruel, ¿podrá merecer la confianza y la adoración del que sufre bajo el peso de tan atroces cuanto arbitrarias mortificaciones?

El triunfo de Job es, en el sentido más absoluto de la palabra, el triunfo de la fe sobre los sentidos. Según la vista humana, no tiene base alguna en qué descansar su fe. Satanás en apariencia le ha conducido, respecto de la providencia de Dios, á la conclusión de que era indigna de la reverencia y adoración que hasta entonces le tributaba. No parece sino que todas las cosas concurren para persuadirlo de que Dios lo persigue y lo trata como á un enemigo declarado. Sin embargo, aunque se cree ante un Dios irritado contra él, no puede volver sus ojos sino hacia Dios mismo, en quien aún confía y debe confiar á pesar de su aparente hostilidad. Dios continúa siendo su único refugio á pesar del desagrado con que

cree que le trata. «Aunque me matare, en El esperaré.»

No hemos de creer, sin embargo, que su triunfo fué cosa fácil de lograr. No cabe duda de que fué terriblemente acosado por su infatigable adversario. La lucha fué desesperada y su constancia probada hasta lo sumo. La contienda no fué un mero espectáculo de firmeza, de inteligencia, de resistencia ó constancia, bajo el peso de tamañas calamidades, arreglado de antemano para que al fin se mostrara superior á tan terrible combinación de desastres, que parecían sobrepasar á sus fuerzas. La cuestión, entonces no es averiguar si era una virtud en Job aquella heróica firmeza y aquel indomable dominio de sí mismo, y aquel admirable poder de reprimirse y de saberse conducir aun en los casos más difíciles, ó si no era más bien una vanidosa confianza en sí mismo, que fué el ideal de los estoicos, por la cual veía con serenidad la ruina de sus intereses y por la cual pudo soportar impertubable tan gran cúmulo de angustiosas calamidades. Su prueba se basa sobre un punto totalmente distinto. Lo culminante de ella es ver si continuaría adicto á Dios y si mantendría su confianza en El, cuando al parecer no había ningún atractivo para continuar en su servicio, y antes por el contrario, parecía que todas las cosas se combinaban para hacerlo repulsivo y apartarlo de El.

Evidentemente la mano de Dios estaba en tan formidables sufrimientos. Pero ¿qué razón había para imponérselos, ó por qué permitía que fuera afligido de esa manera? El cristiano puede ahora responder á dicha cuestión y entiende como las aficciones sufridas en este mundo pueden ser compatibles con la bondad y amor divinos. Pero la revelación que ilumina con su admirable claridad ese misterioso asunto, y por la cual podemos comprenderlo sin mucho trabajo, aun no había sido comunicada á la humanidad. Job se encontró de improviso ante tan graves dificultades sin contar con ninguna ayuda para resolverlas. Rodeado de tinieblas y en completa perplejidad, no podía en manera alguna encontrar la razón de semejante dispensación. La única solución que se le ofrecía y hacia la cual se veía irresistiblemente atraído, por la inadmisibile posición que sus amigos le hacían ocupar, era incompatible con la bondad y la justicia de Dios. De ahí el tumulto de su alma y el tempestuoso conflicto de emociones que interiormente le devoraban. La razón y el testimonio de sus sentidos lo empujaban en una dirección, en tanto que una vigorosa reacción de su fe lo lanzaba en otra, y de esta manera se ve perpetuamente llevado de acá para allá, esperando contra toda esperanza, siempre en busca de Dios, quien le había abandonado, incapaz de librarse por sí mismo.

del lazo que Satanás tan artificiosamente le había tendido; sin embargo, continúa luchando sin consentir jamás en ser capturado; sin poder eludir las conclusiones á que la lógica de sus sufrimientos lo arrastran y que lo obligan á desechar el repugnante espectro de un Dios iracundo que sus amigos con tanta tenacidad ponen ante su vista; permanece, sin embargo, fuertemente asido de sus profundas convicciones á pesar de todo lo que parece contrariarlas.

Aunque no tenemos una especial descripción de la interior lucha de Job, podemos, sin embargo, obtener una animada pintura de ella, fijándonos en los varios discursos con que responde á sus amigos. En tales discursos podemos ver en toda su lamentable realidad las operaciones de su alma, y la espantosa agitación que interiormente le devora. Ellos también nos permiten ver el progreso gradual de tan formidable conflicto y cómo aun en el borde mismo del abismo, luchó heroicamente por conquistar la paz y tranquilidad de su alma atribulada. No dan á conocer la profunda amargura en que le sumergió el tentador; la sombría oscuridad que ocultaba su camino; la peligrosa estrechez espiritual á que fué reducido, y cómo á pesar de todo, jamás dejó de confiar en Dios. Nos le presentan agobiado y torturado bajo el enorme peso de los súbitos desastres que vinieron sobre él, hasta que llega un mo-

mento en que parece indefectible su caída. Cuando menos se espera vuelve sobre sus pasos, de modo que nunca perdió por completo el equilibrio. El adversario quedó vencido á pesar de su astucia y de todos los artificios de que se valió. Y la piedad de Job que tanto se empeñó el tentador en corromper, soportó el choque y triunfó en la prueba.

El primer discurso de Job, con el cual rompe su imponente silencio y con el cual expresa la gran amargura de su dolor, es un soliloquio. Es el melancólico lamento arrancado por la intolerable angustia que le oprime. Es la violenta explosión de su dolor que no pudiendo contenerlo por más tiempo, deja que se escape, seguramente sin pensar que sus quejas serían escuchadas por alguno. El todo de su discurso es lamentar la miseria á que había sido reducido. Oh! si nunca hubiera yo nacido! Oh! si hoy mismo dejara de existir!

Cuando Elifaz y sus compañeros dieron principio á sus amonestaciones y censuras, encareciéndole la sumisión, é indicándole aquello que en su concepto era el medio mejor de aliviar su situación, y justificando la dispensación bajo la cual sufría, Job responde dirigiéndose en parte á ellos y en parte á Dios. Habla á sus amigos con el doble propósito de moverlos á compasión y refutar sus argumentos. Lo que dice á Dios tiene también doble propósito: se

queja de las miserias con que le affige á la vez que afirma su confianza en El. En las partes de su discurso en que se dirige á Dios, es donde se nota mejor la gravedad de su interior conflicto, donde se ve el antagonismo de emociones que dividen y sublevan su alma, y donde se puede observar la fuerte y repentina transición de sentimientos que se operó en él.

Los progresos y el verdadero carácter del interior conflicto de Job se indican con notable claridad. Sus inútiles demandas de simpatía dirigidas á sus amigos le obligan á volver más y más á su Dios como á la única fuente de consuelo. Habiéndosele negado en la tierra la compasión que en vano implora, se ve compelido á volver sus ojos al cielo y á buscar allí refugio contra sus angustias. Así que lo que más le preocupa son sus relaciones con Dios. ¿Es Dios su enemigo ó su amigo? Alternativamente espera y desespera, lucha para sobreponerse á sus amarguras, pero el conflicto de su alma es cada vez mayor hasta llegar al punto capital sobre que discute con sus amigos. Correspondiendo á las tres series de discursos dirigidos á Job por sus amigos, quienes se suceden en el uso de la palabra en el mismo orden, se encuentran las réplicas de Job. Desde la primera serie de discursos con que Job responde á sus amigos hasta la mitad de la segunda, el conflicto de su alma

va en aumento; llegando á su mayor grado cuando responde por segunda vez á Bildad que es siempre el segundo en hablar. Entonces el antagonismo de sus ideas es casi irreconciliable. La idea de que Dios le era hostil, alcanzó entonces su más viva y vehemente expresión; pero pronto fué reemplazada por la profunda convicción que tenía del favor y simpatía con que Dios le contemplaba, favor que si no era manifiesto, sin embargo se manifestaría, si no al presente, en lo futuro; si no en este mundo, en el venidero. Con este arranque de triunfo la tentación cae vencida á sus piés. Satanás queda vencido y la lucha que interiormente devora á Job casi desaparece. La fe alcanza victoria sobre los sentidos. Job logra persuadirse de que Dios es su Redentor, á pesar de lo adverso de todas las apariencias. Con semejante persuasión pierde toda su fuerza la tentación.

Esto no obstante, las tinieblas no se disipan. El misterio de tan singular dispensación aun no se puede aclarar. El enigma permanece y tan inexplicable como al principio. Por qué se le hace sufrir ó se permite que sufra tan terriblementé, él no lo sabe todavía. No tiene ni el menor indicio de la causa de sus sufrimientos. No puede ver cómo podrán conciliarse con la bondad de Dios, con su justicia ó con su simpatía hacia

él. Pero está firmemente asido del hecho de que Dios está de su parte, con toda la fuerza de su fe. Tiene la seguridad de que Dios es su Redentor y su Amigo, y esta confianza no le abandonará jamás. No obstante que sus sufrimientos continúan, y á pesar de no poder encontrar la razón de ellos, ahora descansa seguro como sobre una roca. Las hinchadas ondas darán impetuosamente contra él, pero no podrán sumergirlo; ya no corre tanto riesgo de perecer por la furia de la tempestad.

Habiendo alcanzado comparativamente la paz, y aclarado la cuestión que principalmente le preocupaba por entonces, á saber: su relación con Dios—Job vuelve inmediatamente su atención á la controversia con sus amigos. Ya había negado la legitimidad de la posición anterior de ellos, aduciendo en confirmación algunos hechos generales, pero en sus discursos subsecuentes, es decir, en el último de la segunda serie y en todos los de la tercera, prueba la falsedad de dicha posición examinando en detalle los argumentos de sus interlocutores, y demostrando lo inadecuado é imperfecto de la defensa que habían hecho, ya sea de la providencia en general, ya de la relativa á sus particulares sufrimientos.

Habiendo bosquejado, aunque ligeramente, el estado de los sentimientos de Job, con respecto á Dios, y su actitud hacia sus amigos,

bien podemos ahora hacer un examen más detenido de sus discursos con el sólo propósito de observar pormenorizadamente su comportamiento á medida que avanza su formidable prueba.

En su primera réplica á Elifaz, Job se halla en el mismo estado de desesperación que le dominaba cuando prorrumpió en quejas y lamentos. El débil consuelo que le hubiera resultado de la simpatía de sus amigos se le negó, y entonces sin poder contener su amargura, les echa en cara que le hubieran negado ese escaso consuelo que tanto necesitaba, dado lo aciago de sus circunstancias y que tan poco les habría costado. Elifaz le recuerda la infinita grandeza de Dios en contraste con la pequeñez y fragilidad del hombre pecador, deduciendo de ello la necesidad que tenía Job de mostrarse sumiso y resignado bajo el peso de sus sufrimientos. Job observa que eso no sirve sino para agravar su miseria y para justificar sus quejas. En efecto reconoce que su vida es bien corta y á pesar de su brevedad se halla amargada con toda clase de fatigas y dolores. (Vº 7-10). “Por tanto, dice, yo no refrenaré mi boca; hablaré en la angustia de mi espíritu; me quejaré en la amargura de mi alma.” (Vº 11). Precisamente de eso es de lo que hace mérito ante el Todopoderoso, para que mitigue la severidad con que le

trata. Admitiendo que es pecador, es demasiado frágil é insignificante para merecer ó exigir que el Dios infinito le castigara de una manera tan terrible. Sin tener en cuenta su pequeñez y fragilidad, le visitaba de modo tan terrible, le hacía el blanco hacia el cual dirigía todos sus dardos, sin concederle ni un momento de reposo, ni de día ni de noche; y esto daría por resultado que muy en breve rendido por la fatiga, dejaría de ser, para descansar en el polvo.

En tan angustiosa situación no vislumbra ni un solo rayo de consuelo, ni la más tenue ráfaga de esperanza que pueda aliviar sus sufrimientos, ni en el presente ni en lo futuro, ni de parte de Dios ni de los hombres. Pero desde el fondo de ese abismo de tinieblas, de angustias y de desconfianza, en que se halla sumergido, lucha sin descanso por acercarse á la luz. En cada uno de sus discursos subsiguientes, aunque poco, siempre avanza; y cada momento que transcurre obtiene algún auxilio, alguna esperanza. Los discursos de sus amigos no hacen más que convencerlo de que nada puede esperar de ellos, puesto que persisten en negarle el alivio ó consuelo que la simple simpatía humana podría dispensarle. Privado de todo auxilio terrenal y sin hallar quien se compadezca de él, sólo en Dios puede encontrar amparo. Cuando pensó en acudir

á Dios, el conflicto que lo abrumaba, había llegado á su apogeo. Según todas las apariencias exteriores, Dios le persigue y le trata como pudiera hacerlo su más irreconciliable enemigo. Esto no obstante, no puede abandonar la interior persuasión que abriga, de que Dios no le negará del todo su favor, aunque ahora no se le presente sino de un modo confuso. Cada vez que intenta hablar encuentra en contradicción el testimonio de sus sentidos con su fe. Sus sufrimientos gravitan sobre él con toda la aparente evidencia de que Dios está en contra suya. Pero la voz de la fe apenas audible, aunque no ahogada del todo, le persuade cada vez más de que Dios está de su parte á pesar de lo contrario de las apariencias.

Estas sugerencias de su inextinguible confianza en Dios, son únicamente hipotéticas al principio. Si cierto obstáculo se removiera, si se satisficiera alguna condición, entonces seguramente Dios se pondría de su parte. Pero el obstáculo permanece, la condición es imposible de realizar, y esto lo desalienta tanto que cada vez más se hunde en un estado de melancolía y tristeza, de donde parece que no podrá salir. Pero su desesperación no es tan duradera ni tan absoluta. Esos arranques de fe y de esperanza que de cuando en cuando le reaniman, gradualmente toman

una forma más definida y adquieren más realidad. Se vigorizan mucho más y son mejor expresadas en cada uno de los subsiguientes discursos que dirige á sus amigos, hasta que al fin es tal su claridad que vienen á formar su decisiva convicción, la cual disipa las nubes de desconfianza que oscurecen su camino, le dan fuerza para pasar triunfante á través de todas las penalidades con que le ha cercado el adversario y vence por completo la tentación, por lo cual prorrumpe en lenguaje de triunfante seguridad: “Yo sé que mi Redentor vive.”

En su réplica á Bildad vemos ya los primeros frutos de su resignación y esperanza, vislumbramos los primeros resplandores de la aurora de un nuevo día. Encontramos la primera sugestión de un desenlace más favorable, pero es una sugestión irrealizable, porque depende de una condición imposible y que no podrá efectuarse en la forma en que se presenta á la mente del pobre patriarca. Si pudiera hablar con Dios como con uno de sus iguales, si Dios dejara á un lado su infinita majestad y se despojara de aquello que pudiera infundirle espanto y terror, entonces presentaría su causa ante El y sería favorablemente oído y lograría vindicarse ante su juez. «Porque El no es hombre como yo para que le responda, y que entremos los dos en juicio; ni hay entre nosotros

árbitro, que ponga la mano sobre entrambos. Aparte El de sobre mí su vara, y no me espante con su terror: entonces hablaré, y no temeré de El; porque en este estado no estoy en mí mismo.»(9: 32-35.) Sin embargo, continúa quejándose de Dios, alegando en su defensa la rectitud y misericordia con que le trató en lo pasado, sobre lo cual cariñosa y respetuosamente funda su súplica para que no lo destruya. «Diré á Dios: ¡No me condenes! ¡hazme entender por qué causa contiendes conmigo! ¡Por ventura te parece bueno el que oprimas, que rechaces la obra de tus manos, y que favorezcas el consejo de los inicuos?» (10: 2-3.)

Cuando Zofar, el último en hablar de los tres amigos, se dirige á Job, lo hace en el mismo sentido que los que lo han precedido, solamente que con gran aspereza é impetuosidad. Si Job abrigaba la más leve esperanza de que Zofar simpatizara con él y le hiciera justicia, dicha esperanza desapareció como por encanto al oírle hablar. Así que le responde en términos que bien revelan su amargura é indignación, censura la arrogancia y presunción con que habla de cosas bien sabidas de todos, á saber: la rectitud y justicia de Dios, como si con ello proporcionara la más adecuada solución del misterio de la Providencia. Esta descansa sobre otros fundamentos totalmente

diferentes, pero hasta ahora desconocidos. Intentaban vindicar la Providencia de un modo que Dios no pudiera sancionar. Justificaban los procedimientos de Dios con falsas é infundadas suposiciones. Pero de hecho impugnaban la justicia de Dios que pretendían defender, porque su defensa tenía por base la falsa suposición de que Dios obraba invariablemente, siguiendo principios que ordinariamente no seguía en la administración de los asuntos humanos, y á los cuales no se ajustaba en el caso de Job, pues era la interior persuasión que de ello tenía éste. El confiaba por tanto en que Dios al fin se declararía en su favor y no en el de sus amigos. Estaba seguro de vindicarse, si su causa podía presentarse ante Dios. Pero luego se presenta á su mente la doble dificultad de que ya hicimos mención; mas la hipótesis de que tal dificultad podía desaparecer, aunque dudosa y remota, ahora no le parece tan absolutamente irrealizable como al principio. «*Des cosas, á lo menos, no hagas conmigo, entonces no me esconderé de tu presencia: retira tu mano de sobre mí, y tus terrores no me espanten; luego llama, que yo te responderé; ó hablaré yo, y tú me darás respuesta.*»(13: 20-22.)

Pero la conciencia de su miseria le hace volver en sí, y creer muy próximo el fin de su vida, lo que ciertament le libraría de intolerables sufrimientos; ¿pero qué esperanza le que-

daba de ser por Dios vindicado? «Porque para el árbol hay esperanza; aunque sea cortado, volverá á retoñar, y su renuevo no cesará. Aunque haya envejecido su raíz en la tierra, y su tronco estuviere muerto en el polvo, al olor del agua retoñará y hará copa como nueva planta. Pero el hombre muere, y yace postrado; sí, expira el hombre ¿y dónde está? Como las aguas se van del lago, y el río se agota y se seca, así el hombre yace y no se vuelve á levantar: hasta que ya no haya cielos, no despertará, ni volverá en sí de su sueño.» (14.7-12.) Oh! si fuera de otra manera! ¿Si su muerte no fuera sino una temporal suspensión de su vida terrestre! Si descendiera á la tumba sólo por algún tiempo, hasta ser restituido al favor de Dios, y que luego tornara á la tierra de los vivos y volviera á su vida anterior, entonces sí podría soportar pacientemente cuanto se le está haciendo sufrir. «¿Quién diera que me encubrieres en la sepultura, que me pusieres plazo para acordarte de mí! Cuando muere el hombre ¿podrá acaso volver á vivir? Todos los días de mi vida esperaré hasta que llegue la hora de mi relevo,» es decir, de mi restauración de la muerte á la vida. (14:13, 14.)

Trémulo é indeciso se halla Job, y sin embargo, en los umbrales de una esperanza llena de inmortalidad, la cual pronto se presentará ante su mente en su verdadera forma y alcanzará

sus justas dimensiones. Mas por ahora no la concibe sino de un modo incompleto. La idea de una existencia más allá de la tumba, formó parte del credo de los primitivos patriarcas, los cuales creían que después de su muerte, irían á «reunirse á sus padres.» Pero el estado futuro no les fué revelado sino en bosquejo y confusamente. Fué para ellos un mundo invisible y desconocido, ninguna anticipación gozosa tuvieron en cuanto á su felicidad, nada en suma se les reveló con claridad. El solo hecho de su realidad fué lo único que se les dió á saber. El velo estuvo á punto de ser descorrido ante la afligida alma de Job, mucho más de lo que había sido ante los ojos de la humanidad. La lección de su inmortalidad, en aquellos momentos de tan grande aflicción, vino á ser de un valor inapreciable. Job se siente confusa y vagamente impresionado por ella, y se esfuerza por apropiársela del todo. En todo lo que ha dicho hasta aquí, el sepulcro ha sido para él el fin de todo cuanto esperaba ó podía esperar—no hemos de suponer, sin embargo, que hablaba del fin de su ser ó de su existencia espiritual, sino de su presente vida como de una cosa deseable. No sabe que haya algo bueno más allá de la tumba, ninguna idea de bienaventuranza en otra vida se le ha revelado, en términos que pudiera sobrepujar ó aliviar sus presentes aflicciones. Todos sus conocimien-

tos en cuanto al estado futuro eran negativos. No tenía ninguna idea de la felicidad que le es inherente, ni de la dicha, gloria, y beatífica visión de Dios que ahí se goza. No veía sino hacia abajo, á la tierra de sombras y espectros, no hacia arriba, al cielo, la morada de los espíritus glorificados que disfrutaban de la inmediata presencia de Dios mismo.

Las obscuras tinieblas que ocultaban el estado futuro ante la vista de Job, no fueron del todo disipadas sino hasta que Jesu-Cristo venció á la muerte y sacó á luz la vida y la inmortalidad por el Evangelio. (2^o Tim. 1:10.) Los apóstoles y discípulos de nuestro Señor Jesu-Cristo, ocupan una posición enteramente distinta en cuanto al mundo futuro, y emplean un lenguaje muy diferente al hablar de él, de los santos de Dios, quienes vivieron antes de su venida. La idea de que el morir es ganancia, y que partir es mucho mejor que permanecer en la carne, tan peculiar al Nuevo Testamento y la cual campea en todo él, no tiene semejante en el Antiguo Testamento. Sin embargo, las principales y más importantes verdades de la religión, fueron reveladas en la antigua dispensación. Y uno de los primeros y más vivos rayos de luz celestial destinados á iluminar las tinieblas del sepulcro se encuentran en el Libro de Job. Nació de la seguridad misericordiosamente concedida á la angustiada alma del fiel

patriarca, en los momentos más críticos de su lucha con la terrible tentación á que se le sujetó.

Todo lo que hasta aquí ha dicho de la muerte, ha significado para él el término ó conclusión de todas sus esperanzas y de sus halagüeñas perspectivas. «Como la nieve se disipa y desaparece, así el que desciende al sepulcro no volverá más á su casa, ni le conocerá más su lugar.» Y más adelante dice: «antes que me vaya (para nunca más volver) á tierra de tinieblas y sombra de muerte, tierra de lobreguez, como las tinieblas espesas; lugar de sombra de muerte, sin orden alguno, y cuya luz es como la obscuridad misma.» (7: 9-10 y 10: 21-22.) Pero en su discurso á Zofar que ahora es objeto de nuestro estudio, aventura la hipotética sugestión de su vuelta á la vida ó de su resurrección en este mundo. Si tal cosa fuera posible, su sola posibilidad sería suficiente para aliviar un tanto su gran angustia y para disipar la negra obscuridad de la dispensación bajo la cual sufre. Calmaría el formidable conflicto que se origina en su alma, por su profunda convicción de que Dios al fin se pondrá de su parte, y la exterior apariencia de que Dios es su enemigo. Allanaría el camino para la reconciliación de estos dos pareceres contradictorios. Proporcionaría la oportunidad de que el favor divino, del cual interiormente estaba seguro,

se manifestara directamente á su alma. En la misma forma en que esta vaga sugestión se engendr6 en su mente, no podr6 realizarse. No es posible volver á la vida terrestre. Al tropezar con tal dificultad vuelve á su anterior estado de abatimiento y de tristeza. Pero el germen de esperanza ya est6 en su coraz6n, el cual pronto se manifestar6 en una forma m6s pr6ctica y afirmar6 mucho m6s su interior convicci6n de que el favor de Dios se le mostrar6 en una vida futura.

La crisis de la tentaci6n se aproxima y el interior conflicto de Job es cada vez m6s y m6s intenso. En sus discursos subsiguientes dice muy poco á sus amigos, casi nada. Principia manifest6ndoles en pocas palabras, la impaciencia que le causa la frialdad de sus discursos y concluye rog6ndoles que cesen ya de torturarlo. No responde á sus argumentos, sino que se vuelve de ellos á Dios exponi6ndole toda la amargura de su atribulado esp6ritu. Alternativamente espera y desespera, pero es evidente que su interior conflicto debe ser espantoso. La angustia de su alma ha llegado ya á su mayor grado, seg6n se infiere de la vehemencia y apasionado car6cter de sus expresiones. Se halla totalmente agobiado por la idea de que Dios est6 airado contra 6l, pues no puede deducir otra cosa de los terribles sufrimientos á que le ha sujetado. «La ira me despedaza y me per-

sigue, cruje contra mí sus dientes. Descansado estaba yo, pero él me ha sacudido violentamente; pues asíome por la nariz, y me ha hecho pedazos, y me ha puesto por blanco de sus saetas. Sus arqueros me rodean; destroza mis riñones sin piedad; derrama mi hiel por tierra. Me desmenuza con quebranto sobre quebranto, corre contra mí como un guerrero . . . Mi rostro está inflamado por el llanto, y sobre mis párpados descansa la sombra de muerte.» (16: 9, 12-14 y 16.)

Todo está unido á la conciencia íntima que tenía de su integridad, y el hecho de hallarse del todo inhabilitado para comprender por qué le trataba Dios así, no podía menos que hacerle exclamar: «y no hay iniquidad en mis manos, antes bien ha sido pura mi oración.» La violencia de semejante tratamiento, teniendo la conciencia de no merecerlo, y proceder contra él como si fuera el más detestable trasgresor, y afligirle hasta el punto de poner en peligro su vida, no podía sino arrancarle las apasionadas quejas en que se desahoga como la víctima del más injustificable proceder. «¡Oh tierra, no encubras mi sangre, y no haya en tí lugar para mi clamor!» Lo que equivale á decir: voy á morir pero conste que mi muerte es una injusticia, un asesinato. No absorva la tierra mi sangre tan injustamente derramada, antes quede para siempre como un testimonio perpetuo

contra la injusticia perpetrada en mí, y mi clamor jamás se extinga, antes resuene eternamente denunciando la cruel violencia de que soy víctima. Incapaz de soportar por más tiempo los intolerables sufrimientos con que Dios me aflige, voy á morir; pero antes debo protestar contra tamaña injusticia y violencia.

¿Ha logrado Satanás su criminal objeto, haciendo que Job, al fin, caiga en el lazo que le había tendido? ¿Ofuscado por las densas tinieblas que le impiden ver la evidencia de la rectitud de Dios, ha concluido por no creer en ella? ¿Ha perdido su confianza en la eterna justicia de Dios? Indudablemente se verá compelido, entonces, á renunciar al servicio de Dios, y Satanás habrá logrado conseguir de Job el feroz propósito que tan implacablemente ha perseguido.

¡Pero no! Job no ha perdido su incontrastable confianza en Dios, á pesar de su gran angustia, de la obscuridad que le rodea y del inexplicable misterio que le ofusca. Llevado, según parece, hasta el punto de abandonarla, no es sino para que el poder de su confianza se muestre mucho más admirable, por la violencia de sus sufrimientos á que se le sujeta. Un poderoso esfuerzo de esa su fe le hace retroceder, súbitamente, desde el borde del abismo en que se halla, hasta ponerlo en lugar firme y seguro. La fe que parecía extinguirse, si es que no

se había extinguido, inesperadamente se muestra dominando todo el tumulto de que es presa el espíritu del fiel patriarca, y se sobrepone á las abrumadoras circunstancias en que se encontraba. Desde sus apasionadas quejas contra la injusticia de que se creía víctima, pasa hasta la precisa declaración de su invencible fe en Dios. «Mas hé aquí que en el cielo está mi testigo, y el que atestigua mi inocencia está en las alturas.» (16:19.) Solamente la infinita majestad del Todopoderoso, continúa siendo un obstáculo insuperable para que su causa pueda ser presentada ante Dios y fallada favorablemente para Job. Sin embargo, no cesa de argüir con Dios, quien únicamente puede darle seguridad y ponerse de su parte. Todos sus amigos le han abandonado. Nadie ha podido conocer su verdadero carácter y todos han interpretado mal su triste situación. Dios es su único refugio. Pero al volver su vista á su miseria y al contemplar su próximo fin, vuelve á encerrarse dentro del estrecho círculo de sus ideas, para hundirse en seguida en las lúgubres sombras de su tristeza y desaliento.

Pero la victoria, por la cual tanto ha luchado, pronto la obtendrá. Los elementos de esperanza que tan penosamente ha ido acopiando, han alcanzado tal consistencia que al fin le conducirán al triunfo más completo. Su perseverante confianza en Dios, poco á poco se ha ido

afirmando, á pesar de verse privado de todo auxilio exterior, y á pesar de la oposición de sus sentidos.

Un estudio más detenido acerca de las palabras que expresan su triunfo, será el objeto del siguiente capítulo.

Mientras tanto que á Aquel que guardó á Job de tan peligrosa caída, y es poderoso para preservarnos á nosotros, para presentarnos sin mácula en su gloria, llenos de gozo, al solo sabio Dios y Salvador nuestro, sea gloria, y majestad, poder y dominio, ahora y para siempre. Amén.

CAPITULO VI.

EL TRIUNFO DE JOB.

“Pues yo se que vive mi Redentor, y que en lo venidero ha de levantarse sobre la tierra; y después que los gusanos hayan despedazado esta mi piel, aun desde mi carne he de ver á Dios; á quien yo tengo de ver por mí mismo, y mis ojos le mirarán; y ya nó como á un extraño. ¡Desfallece mi alma dentro de mí con ardiente anhelo!”

JOB 19:25-27.

LA triunfante expresión que de su firme confianza acertó á formular Job, y la cual se encuentra casi al fin del capítulo 19, con justa razón se ha considerado como uno de los pasajes más importantes de sus discursos. Es en algunos respectos uno de los más notables del Antiguo Testamento, no precisamente porque contenga muchas verdades, hasta entonces desconocidas, sino por la intrepidez de espíritu y

por la inquebrantable piedad que revela. Exalta al patriarca de Uz hasta el nivel del patriarca de Ur, el conocido padre de la fe; y nos presenta á Job tan eminente como ejemplo y modelo de fe, cuanto lo hace el Génesis respecto de Abraham — al uno lo distingue la heroica constancia con que soportó los graves sufrimientos que le sobrevinieron, al otro su incondicional obediencia.

Lo esencial de ese singular pasaje ya lo hemos citado; es el eje sobre que ha girado toda su discusión con sus amigos, el punto culminante y el término del angustioso conflicto de su alma, la plena y exacta expresión de una confianza que gradualmente se había ido fortaleciendo, frente á frente de la más formidable oposición, y que para encontrar la forma más adecuada de expresarla, luchó tanto, lográndolo al fin como la corona de su victoria sobre la ferocidad de Satanás y sobre la terrible prueba á que se le sometió. Es la fe apoyándose en lo invisible y cuando nada exterior la podía sustentar. Su ancla se ha enganchado de la incommovible Roca de los siglos, y ni la furia de la tempestad, ni el impetuoso choque de las olas, ni la elevación de las ondas podrán perder su nave, porque se halla bien asegurada. Asido, pues, de lo invisible, que no por eso es menos real y seguro, puede ahora felizmente desdeñar lo visible y superficial, lo

mutable y contingente, y ni los más furiosos asaltos de Satanás, podrán alterar su profunda y bien fundada convicción.

A juzgar por las apariencias y según el propio concepto del afligido patriarca, es evidente que se hunde con gran rapidez en la oscura fosa del sepulcro, agobiado por el gran cúmulo de desastres que parecen haber agotado la furia de Satanás y sus invenciones de tortura, y en los cuales no puede ver sino la manifestación del desagrado de Dios. Sus amigos no dejan de insistir en que, semejantes sufrimientos, son la prueba irrecusable de que Dios está irritado contra él por su gran maldad. Tiene la conciencia de su integridad, pero se confunde ante la aparente evidencia de que Dios le hostiliza, y por tanto humildemente le ruega que no le siga tratando como si fuera el peor delincuente; que quite su mano de él y entonces demostrará su inocencia y rectitud. Pero sus lamentos pasan desapercibidos. No puede conseguir que su causa llegue ante el supremo Juez de todo, ni obtener la audiencia que solicita, ni lograr el fallo á que tan ineficazmente apela. El Todopoderoso no interviene de alguna manera en su favor, ni alivia las penalidades de su siervo, ni reprende á aquellos hombres por las atroces é injustas imputaciones que le hacen, así como por las consecuencias que deducen de la manera como le trata. Los cielos

guardan silencio. Su situación parece irremediable. Sus sufrimientos no disminuyen. Sus amigos no cesan de escarnecerlo y condenarlo como reo de toda maldad.

Hemos observado ya la creciente intensidad del interior conflicto de Job, pero la lucha no ha concluido. Protesta contra las insinuaciones de sus amigos. Rechaza sus conclusiones porque se hallan en contradicción con el testimonio de su conciencia, pero no puede mostrar la falsedad de sus argumentos. En consecuencia de esto se encuentra de nuevo agitado por el conflicto de sus emociones. La conclusión que más fuertemente se apodera de su ánimo, es la de que Dios le oprime injustamente ó le castiga por faltas que no ha cometido, y si Dios es injusto, ciertamente que no es digno de ser adorado ni de que se confíe en El. Si admite Job semejante conclusión, cae inevitablemente en la tentación y Satanás logrará su objeto. Pero al fin ¿podrá escapar? Los hechos exteriores se le presentan con imponente realidad aparente. Cuando se siente dispuesto á fijarse en ellos, entonces sus amigos con officiosa pertinacia se le interponen con sus inevitables deducciones.

Tiempo es ya en que debe hablar con toda franqueza é ingenuidad, y en que las convicciones de su alma se manifiesten por sí mismas sin reserva y sin disfraz. No puede

ocultar su verdadero carácter tras el velo de frases convencionales que no dan sino la apariencia de la piedad, pero que carecen de significado, y no expresan la realidad y pureza de su fe. No es propio de él salvar las apariencias con falsas profesiones de piedad. No se puede resolver á engañarse á sí mismo y á engañar á otros, adoptando falsos expedientes que aparentemente allanen las dificultades que encuentra en los actos de la providencia, y que le hagan creer que ha resuelto dificultades que no ha hecho sino eludir. Toda su alma se muestra ante nosotros sumida en el más profundo abatimiento, así como sus más secretos pensamientos. Se halla envuelto en una lucha de vida ó muerte, donde todo parece enredado, y donde nada ficticio ó insustancial puede aliviarle. Debe poseer la verdad, la sólida base de la verdad, para que pueda descansar sobre ella con seguridad. No podrá justificar su sincera piedad con vanas sutilezas ó con falsas profesiones.

La falta de precaución y la llana franqueza con que á menudo manifiesta sus sentimientos, muchas veces nos espanta por el atrevimiento y por la aparente irreverencia con que se queja ó acusa á la Providencia. Pero no es la temeraria irrespetuosidad de presuntuosas especulaciones, introduciéndose en lo desconocido, ni es, tampoco, el lenguaje profano del

impío que blasfema á su Hacedor. Es, sí, la trasparente sinceridad de una alma tentada y llevada casi al delirio en virtud de sugerencias que se enseñorean de ella y que no puede evitar. No son pensamientos en que se complace, ó que acaricie con agrado. Son para él como fatídicas visiones que en vano se esfuerza por evitar, y que á su pesar brillan ante su vista, hasta que en virtud de un poderoso esfuerzo de su fe, el encanto desaparece y la tentación queda vencida.

En sus anteriores discursos Job luchó desesperadamente con la idea que sus amigos sin cesar trataban de imponerle, y hacia la cual él mismo se sentía irresistiblemente atraído, en vista de todo cuanto sufría; á saber, que Dios se había constituido su enemigo. Los gérmenes de esperanza habían comenzado á brotar en su corazón pero no eran todavía capaces de aligerar su pesada carga. Al principio del discurso que estamos estudiando, todavía se muestra agobiado por las evidentes señales de la enemistad de Dios, que no puede menos que ver en sus padecimientos. Pero la conclusión de culpabilidad que de ello deducen sus amigos, la rechaza énergicamente. No es verdad, como ellos afirman, que él merezca todo lo que sufre. Tampoco lo es que sea una manifestación de la justicia divina; nó, eso es una injusticia. «Si en verdad, dice Job, queréis engrandeceros

contra mí, y alegar en mí contra mi humillación, sabed entonces que Dios ha pervertido mi derecho,» ó en otras palabras: Dios me hace violencia, me trata injustamente. Es la misma palabra empleada por Bildad en su primer discurso contra las apasionadas quejas de Job. «¿Acaso Dios *pervertirá* el derecho? ¿ó el Omnipotente torcerá la justicia?» (Job 8:3). Y es la misma que después usó Eliú, en su censura contra el precipitado é impaciente lenguaje de Job. «Ciertamente Dios no hará la maldad, ni el Omnipotente *pervertirá* el derecho.» (34:12.)

Más todavía. Job sostiene abiertamente que semejante perversión existe en su propio caso. Teniendo conciencia de su integridad, niega la equidad de que se le impongan sufrimientos que lo suponen reo de faltas que no ha cometido; y niega igualmente la justicia de una sentencia que sólo puede ejecutarse contra delitos de que él se halla libre. Si Dios le ha infligido semejantes sufrimientos para darlo á conocer como un delincuente, según afirman sus amigos, entonces Dios ha pervertido la justicia y le ha hecho un verdadero agravio. He aquí, añade, «que clamo por la violencia que se me hace, mas no soy atendido; doy voces en demanda de auxilio, pero no hay para mí justicia.» (19:7). Es, pues, la inocente víctima del más cruel tratamiento, es el indefenso mártir

de la más desastrosa violencia, el desamparado que implora socorro contra tan despiadado é inhumano ultraje, que demanda justicia contra tan inmotivada como opresiva injusticia. Pero en vano clama y se queja. No se le proporciona ninguna ayuda, ni disminuye en lo más mínimo la insoportable é injuriosa pena que se le ha impuesto. Entonces procede á hacer la minuciosa enumeración de las inmotivadas y gratuitas aflicciones que Dios le ha impuesto, diciendo: «El ha cerrado mi camino con vallado, de modo que no puedo pasar, y mis veredas ha cubierto de tinieblas. De mi gloria me ha despojado y ha quitado la corona de mi cabeza. Háme arruinado por todos lados y ya me voy; pues ha arrancado como árbol mi esperanza. También encendió su ira contra mí y me repele como uno de sus adversarios. Todos sus ejércitos avanzan contra mí; allanan su camino y asientan sus reales al derredor de mi tienda.» (8-12). Mis hermanos, mis parientes y conocidos, mis más íntimos amigos, mis siervos, mis criadas, mi misma esposa, todos aquellos á quien amaba mi corazón, se tornaron contra mí. «Mi piel y mi carne se pegaron á mis huesos, y tan sólo me he librado con la piel de sobre mis dientes. ¡Tened compasión de mí, tened compasión de mí, vosotros mis amigos, porque la mano de Dios me ha tocado! ¿Por qué queréis perseguirme vosotros como

Dios, y ni aun de mi carne os saciáis?» (20-22) ¿Por qué os empeñáis también vosotros en esta implacable persecución que Dios ha iniciado contra mí y la cual sólo es comparable á una bestia feroz que desgarrá mi carne con insaciable voracidad?

En contra de semejante crueldad é injusticia de Dios y de los hombres, Job lanza la más enérgica protesta, deseando que sus palabras se conserven imperecederamente. Abandonado por Dios y por los hombres, apela á las rocas. Sí, que las rocas sean sus perpetuos y monumentales testigos. Que en ellas se grabe con caracteres indelebles la constancia de su integridad. Aunque Dios y los hombres se hayan concertado para condenarle, quiere, sin embargo, que el testimonio de su conciencia que afirma su integridad, sea grabado con cincel de hierro é incrustado de plomo sobre la roca, para que se conserve para siempre. De este modo la imperecedera roca guardará imborrable el testimonio de su integridad, y del mismo modo la justicia, que ahora inútilmente demanda, encontrará al fin el indeleble y fiel recuerdo de su causa.

Se ha creído generalmente que las palabras que Job pronunció en seguida, son las que deseaba que se grabaran en la roca. Que aquella sentencia de oro: «Yo sé que mi Redentor vive, etc., etc.,» es la que quería que

permaneciera para siempre como su legajo á las futuras generaciones, y como un testimonio perpetuo, durante el tiempo que se hallara abandonado de Dios y de los hombres, y como una prueba irrecusable de que jamás había perdido su firme confianza en Dios su Salvador. En sus últimas y más tenebrosas horas, continúa, sin embargo, fuertemente asido de la profunda convicción que abrigaba de que Dios era su Redentor y amigo, y que aunque su cuerpo pereciera y se convirtiera en polvo, al fin vería con sus propios ojos á Dios poniéndose de su parte. Si alguno prefiere interpretar de esa manera los deseos del afligido patriarca, no tendremos serias objeciones que oponerle. Tales palabras ciertamente que son dignas de grabarse sobre roca. Inscripción más grandiosa no podría encontrarse. No podría grabarse un epitafio más honroso sobre la losa que debía cubrir los restos de Job. Testimonio más elevado de la solidez de su piedad no podría encontrarse fuera de esa gloriosa exclamación de su triunfante fe, cuyo valor se aquilata por lo excepcional de las circunstancias en que fué proferida. Semejantes palabras, son extraordinariamente notables, porque son las más nobles, elevadas y características que salieron de sus labios; y porque expresan con más precisión el poder de su fe y la realidad de su piadosa confianza

en Dios. Así que, repito, si alguno prefiere creer que estas palabras son las que Job desea que se graben en la roca, no tendremos serias objeciones que oponer.

Sin embargo, creemos que aquellos que mejor han entendido la mente de Job, son los que piensan que lo que deseaba guardar para siempre, no era lo que tendría que suceder; sino la enérgica afirmación y protesta de su inocencia, sobre lo cual había insistido, tanto en este como en sus anteriores discursos. Así que, este deseo de que sus anteriores palabras se grabasen en las rocas, no es la introducción de lo que iba á decir, ni el triunfal anuncio de lo que debía suceder; sino la conclusión de lo que ya había dicho. No expresa su naciente convicción de un triunfo cercano, sino por el contrario, el profundo abatimiento que le causa su desolación y lo desesperado de sus angustias, así como la persuasión íntima que tenía de su integridad, la cual ciertamente demandaba algún perdurable testimonio. Sin esperanza de ayuda humana ó divina, agobiado bajo el peso de una sentencia injusta, desoída su apelación á Dios, y sus amigos empeñados en la más inhumana persecución contra él, pide que las rocas guarden su postrera declaración y que sus palabras queden indeleblemente grabadas, para que testifiquen su inocencia y declaren contra la injusticia de que

es víctima, mucho después que su voz se haya extinguido. Así, esta apelación á las rocas, para que trasmitan su defensa á las edades futuras, está en paralelo con su apasionado apóstrofe á la tierra contenido en su precedente discurso: «¡Oh tierra, no encubras tú mi sangre, y no haya en tí lugar para mi clamor!» Es el lamento de desesperación lanzado por quien se siente agobiado por injustas imputaciones é inicuos tratamientos; pero para quien su integridad es más cara que la vida; ¡or aquel que no puede prescindir de que aquello que es puro y recto debe tener la sanción á que tiene derecho; y por quien, después de todo, no puede abandonar el propósito de dejar alguna protesta, que la justicia eterna al fin encontrará en alguna parte y en algún tiempo. Lo que es recto y justo debe ser.

Esta interpretación de las palabras citadas, se confirma por la forma en que se expresa la triunfante declaración que en seguida hace Job. Esta no es una sentencia separada y sin contexto, como si fuera ideada expresamente para ser inscrita sobre alguna lápida; sino que está íntimamente enlazada con lo que precede, como parte integrante de un discurso continuado, y es por eso que comienza con una conjunción: «Porque yo sé,» ó más exactamente: «Y yo sé que mi Redentor vive.» Una mera inscripción conmemorativa no comienza con *Y*.

Esta necesariamente indica alguna conexión con algún pensamiento expresado ya, ó que se sobreentiende en lo que precede. Y esta conexión ó continuación, mientras sería totalmente defectuosa en una inscripción conmemorativa, cabe perfectamente en una frase continuativa, según la interpretación que nosotros adoptamos.

Próximo ya á sucumbir bajo el peso de infundadas acusaciones, de cuya falsedad está perfectamente convencido, aunque no acierta á refutarlas por completo; teniendo casi la certeza de que Dios le persigue, á juzgar por los sufrimientos que le inflige; sus amigos vueltos en su contra, y ávidos y arrogantes cargándole con toda clase de censuras y reproches, abandonado de todos y sin esperanza de ayuda, Job expresa como su último deseo, entre tanto que el sepulcro se abre para hundirlo en el olvido, que se le conceda solamente una cosa que cree de justicia, á saber: que la declaración de su inocencia é integridad, se grave sobre roca. Mas no bien acaba de manifestar su deseo, cuando la certidumbre de que al fin se le hará justicia, brilla como un relámpago ante su ofuscado espíritu, y al instante se convierte en la más profunda convicción. He pedido que la roca guarde el testimonio de mi inocencia, mas ahora ya sé que «mi Redentor vive.» Ahora ya no necesito que la piedra testifique para vindicar-

me, no necesito de ninguna inscripción que hable en mi lugar. Tengo un Redentor viviente y todopoderoso, quien me librá de toda injusticia, me guardará contra toda calumnia, y quien ciertamente y á pesar de todas las apariencias en contra, se me ha revelado como mi Amigo y á quien con toda confianza encomiendo mi causa.

En cuanto á quien es el Redentor, en quien Job así confía, no hay lugar á la duda. Es el mismo de quien ha hablado en su precedente discurso cuando dice: «he aquí que en los cielos está mi testigo y mi testimonio en las alturas,» (16:19) y á quien suplicó fuera su abogado (17:3) cuando todos rehusaban defender su causa, y aquel de cuyo fallo favorable, una y otra vez ha manifestado que estaba seguro si pudiera llevar su causa ante El. Ahora todas sus dudas se han desvanecido; todas las dificultades que antes hacían irrealizable su esperanza, han desaparecido. El Señor toma ahora á su cargo la defensa. El Señor está de su parte. El Señor le defenderá contra toda injuria é injusticia. Dios que parecía que le hostilizaba y perseguía, no es su enemigo sino su Redentor.

Comúnmente se supone, y no sin razón, que con la palabra *Redentor*, se alude á una institución que ya existía, y la cual se originó de las sencillas costumbres de la imperfecta sociedad de los tiempos patriarcales, y fué subsecuente-

mente admitida en las leyes Mosaicas, con algunas restricciones y modificaciones. Esta institución imponía el deber al pariente más cercano, de llevar la causa de aquellos de los suyos que sufrieran alguna injusticia, ante la autoridad competente, redimir sus propiedades si eran despojados de ellas; si se les había quitado algo ó se les había obligado á enajenarlo, procurar que se les restituyera; defenderlos contra toda violencia é injusticia; y especialmente vengar su sangre, si había sido derramada injustamente. Ahora bien, Dios ocupa el lugar del pariente más cercano de Job. El exigirá reparación por las injusticias de que Job ha sido víctima, vengará las injurias que se le han hecho. El le *librará* de la opresión que le aflige—es la misma figura empleada en otra parte del libro, cuando se dice que «el Señor tornó el cautiverio de Job,» (42:10). La frecuencia con que se aplica á Dios el título de Redentor, en el Antiguo Testamento, hace que sea fácil comprender su significación en este caso. Jacob habla del ángel del Señor que le *redime* de todo mal,» (Gen. 48:16). Moisés canta: «Conduces por tu misericordia á este pueblo que redimiste,» (Ex. 15: 13). David invoca al Señor, «su fuerza y su *Redentor,*» (Sal. 19:14). Para Isaías el nombre favorito es: «El Redentor, el Señor de los ejércitos, el primero y el último,» (Isa. 44:6).

Al expresar Job su certidumbre de que su

Redentor vive, no hace una simple declaración de que en aquellos momentos existía, como en oposición á lo que poco antes había dicho cuando afirmaba que no existía quien pudiera juzgar su caso, ni quien comprendiera su verdadero carácter ó quien se declarara su amigo, así que, no serían sino las futuras generaciones las que podrían leer con imparcialidad sus palabras inscritas en la roca, y de las cuales alguno se haría su amigo y su defensor. No es la simple declaración de que el Redentor á que alude, tiene conciencia de su propia existencia en contradistinción de la inercia é insensibilidad de la roca como dando á entender que no se contentaba ya con el mudo testimonio de la piedra. Ahora tiene un testigo y un defensor vivo. No es la mera existencia, en la más alta significación de la palabra, lo que se afirma, como si dijera que su Redentor era inmortal, y que para El la vida era esencial é inherente, y que por sí mismo existía de toda eternidad. Pero la idea de vida incluye la de un agente activo según su naturaleza ó según la esfera á que pertenece; y en este sentido se habla del Señor como del Dios viviente en contraste con los ídolos que de nada sirven á sus adoradores, porque «ni pueden hacer bien ni mal tampoco.» El Dios vivo es un Dios que tiene poder para salvar y para destruir, y que ejerce su poder según lo demanda la ocasión. Un Redentor vivo es mu-

cho más que un mero nombre: es un ser viviente que obra como tal y cuya existencia se manifiesta por acciones reales y permanentes.

El resto de la triunfante declaración de Job, tal como se lee en la versión inglesa autorizada, parece dar á entender que Job creía que su vindicación tendría lugar hasta el fin del mundo y hasta el día de la resurrección general de la humanidad. Héla aquí: «Porque yo se *que* mi Redentor vive, y *que* en el *último día* se levantará sobre la tierra; y después que los gusanos hayan destruido mi cuerpo, desde esta mi carne veré á Dios,» (19: 25-26).

Pero esto depende de que nuestros traductores siguieron antiguas versiones, y aunque sin el propósito de torcer el pensamiento de Job, ni de cambiar el sentido de sus palabras, inconscientemente se dejaron llevar por el significado que ellos mismos atribuían á las expresiones del patriarca, en virtud del conocimiento que ya tenían de doctrinas que fueron reveladas mucho después del tiempo de Job con admirable claridad, ó á la luz que iluminaba sus mentes.

Las expresiones de Job revisten la más elevada forma poética, y fueron pronunciadas cuando se hallaba más fuertemente impresionado. No hace uso de ninguna palabra superflua. Expresa sus ideas de la manera más concisa, sin detenerse á pulimentar sus frases y sin preocu-

parse por la falta de conjunciones y demás partículas que demanda la buena prosa. De aquí que sus sentencias parezcan desaliñadas, elípticas y difíciles de traducir con exactitud. La perplejidad de los traductores ingleses se manifiesta por el inusitado número de palabras en letra cursiva que amontonan en estos versículos, que aunque de grande importancia para la claridad de lo que dan á entender, no se hallan en el original. Hay ciertas cuestiones gramaticales acerca de la construcción del original que son difíciles de resolver con absoluta exactitud, pero de cuya resolución no depende en alto grado el sentido general del citado pasaje. Por tanto, sin dar demasiada importancia á dichas cuestiones, proponemos la siguiente versión literal como la más adecuada á nuestro presente propósito: «Y yo se mi Redentor vive, y se levantará último (ó, al fin) sobre la tierra, y después de mi piel la cual ha sido destruida así, y fuera de mi carne, veré á Dios.»

No dice que su Redentor se pondrá en pié sobre la tierra, ni determina el tiempo de su aparición sobre ella, sino sencillamente, que se levantará dispuesto á obrar. Dios no permanecerá inactivo para siempre como si nada le afectara la situación de su siervo ó como si no estuviera dispuesto á tomar alguna parte en lo que estaba pasando. Su Redentor se levantará y tomará parte activa en el asunto. Se expre-

sa del mismo modo que el salmista cuando pide á Dios que se levante. «Levántate Jehová, sálvame Dios mío,» (3:7). «Levántate oh Señor, no prevalezca el hombre mortal,» (9:19). «Levántate para ayudarnos, y redímenos por tu misericordia!» (44:26).

«Al fin (ó, el último) se levantará mi Redentor;» tal vez esto simplemente quiere decir que en todo caso y después de todo su Redentor se presentaría. O para comprender mejor la significación de sus palabras será bueno relacionarlas con el contexto: Job y sus amigos habían contendido ya sin haber llegado á ningún resultado decisivo. Pues bien, su Redentor se levantará y se presentará al último en la escena para tomar el asunto en sus manos y considerarlo bajo su verdadero punto de vista, dando con ello fin á toda contienda y á los sufrimientos del affligido patriarca. Este será el final y el desenlace de tan intrincado asunto. El, su Redentor, se presentará el último de todos y nadie podrá después deshacer lo que haya hecho. La expresión *último* mira á todo el futuro y se extiende hasta los últimos confines del tiempo que abarca el asunto, y puede comprender hasta la eternidad, porque es el mismo término aplicado á la infinita duración de Dios, quien es el primero y el *último*.

«El último se levantará sobre la tierra;» considerada como la escena del conflicto y prueba y

donde serán llevados á su conclusión y rectificadlos por Dios mismo. O de otra manera, las palabras pueden significar, y algunos de los más entendidos intérpretes se complacen en creer que deben traducirse: «*sobre el polvo,*» es decir, el polvo en que tiene que convertirse el cuerpo de Job mientras su Redentor se presenta. Según esta interpretación, se afirma con más claridad lo que expresa también la voz «(el) último,» pero que se expresa más claramente por las palabras que siguen á ellas; es decir, esa intervención de su gran Redentor, á que se ha referido, no ocurrirá sino después de su muerte. No tendrá lugar sino hasta que su cuerpo haya sido llevado al sepulcro y convertido en polvo.

Mas sea, ó nó, esta la idea contenida en las palabras citadas; lo cierto es que en lo que sigue se encuentra expresada con notable claridad. «Y después que esta mi piel haya sido destruida y fuera de mi carne veré á Dios.» No queda ya duda de que se refiere á una época posterior á su muerte, á la destrucción de su piel; cuando él mismo, es decir, su parte vital, su espíritu se haya separado de su carne y cuando su aniquilado cuerpo haya vuelto á la tierra. La genuina significación de las palabras nos compele á considerar á Job contemplando un período de tiempo posterior á su muerte y afirmando que entonces su Redentor, Dios, se

manifestaría directa y personalmente á su espíritu separado ya de su cuerpo.

Otra interpretación que se ha hecho de este versículo y de todo el pasaje en general, presenta á Job no como mirando á una época posterior á su muerte, sino á su restauración al favor de Dios y al tiempo en que se verá libre de todos sus sufrimientos en esta vida. Semejante interpretación no es totalmente moderna, ni ha sido adoptada únicamente por los incrédulos. Por el contrario, muchos de los más eminentes Padres de la iglesia cristiana la abrazaron, y ha sido hábilmente defendida tanto en el presente como en el pasado. Pero hay serias objeciones que hacen á dicha interpretación y que la echan por tierra.

1. En primer lugar no explica satisfactoriamente todo el pasaje el cual debe significar algo más que algún daño hecho á la piel y la extenuación del cuerpo del sufrido Patriarca, debido á su enfermedad. Es, sin duda, á algo posterior á la total destrucción de su cuerpo á lo que se refiere.

2. Esto es además evidente por el tenor general del lenguaje de Job en otros lugares. Siempre se considera como al borde del sepulcro, el cual le aguarda como á su más inmediata presa, (17:1). Todas sus esperanzas se han desvanecido. En esta vida nada le queda que esperar. Cuando sus amigos le hablan de

la posibilidad de que mejore su situación, invariablemente rechaza semejante idea como imposible y aun como ofensiva. No puede, pues, afirmar en este pasaje lo que uniformemente ha declarado irracional y absurdo.

3. La misma cosa se deduce del propósito general de sus argumentos en contra de sus amigos, así de los anteriores como de los posteriores á este pasaje. Sus amigos afirman que el hombre es recompensado ó castigado en esta vida según su carácter, Job rotundamente niega semejante aserto. Si en este pasaje manifestara su esperanza de que Dios había de intervenir para recompensar su piedad en esta vida, ¿de veríamos abandonar repentinamente su posición y ocupar la de sus amigos, cosa que nunca se verificó.

4. Por otra parte, su deseo de que la protesta de su inocencia se grabara sobre roca con caracteres indelebles, vendría á ser ridículo, si hubiera acariciado la idea de que la contienda entre él y sus amigos se había de decidir por la intervención de Dios y en esta vida.

5. Este pasaje expresa el último grado del gran climax de la fe de Job y de su piadosa confianza, al cual, aunque penosa y lentamente al fin pudo llegar. Primero lanzó la hipótesis de una vida más allá de la tumba aunque bajo la irrealizable condición de su retorno del silencio y oscuridad del sepulcro á la luz de la

vida terrestre, cuando sería restituido al favor divino y cuando Dios volvería á complacerse en la obra de sus manos. En otro pasaje le vemos clamar enérgicamente contra el atroz asesinato de que se juzga la víctima, y apostrofando á la tierra para que no absorba su sangre que tan injustamente va á ser derramada, hasta que al fin encuentre al testigo de su integridad en los cielos. Pero ahora le vemos avanzar hasta que su fe alcanza la expresión más precisa y satisfactoria, y entonces una firme confianza viene á ocupar el lugar de la vacilante é indecisa esperanza que abrigó al principio. La hipotética vida de ultratumba viene á ser ahora una visión real é inmediata de Dios, de la cual gozará su espíritu separado ya de su cuerpo. El testigo de su integridad está en lo alto y á El apela como á su único refugio, y aunque sin haber recibido una respuesta terminante, lo reputa ya como su Redentor, el vengador de su inocente sangre, quien le vindicará y será el campeón de su defensa, y quien poniéndose de su parte, castigará á sus amigos por las injusticias que contra él han cometido.

6. Es rebajar materialmente la evidencia y el poder de la fe de Job, el suponer que en tan solemnes momentos se refiere á la vida presente. La victoria que entonces alcanzó y la cual le aseguró su triunfo sobre la tentación de Satanás—y posiblemente sobre toda tentación

—es la victoria de la fe sobre los sentidos, del espíritu sobre la materia. Si todavía hubiera abrigado alguna esperanza en este mundo, su triunfo habría sido menos admirable, porque habría sido incompleto. Es únicamente cuando le vemos asirse de lo invisible y cuando tranquilamente descansa en su Dios aventurándolo todo con intrepidez, sin andar á tientas como un ciego, ni atolondradamente como en las tinieblas, ni vacilante por la incertidumbre ó la perplejidad, ni sobresaltado como quien teme algún peligro imprevisto ó ha extraviado la senda; sino cuando le vemos avanzar con paso seguro como quien va sobre terreno firme y con pleno conocimiento de lo que hace, es entonces, repito, cuando podemos notar el admirable heroísmo de su intrépida fe y de su inquebrantable energía. En su concepto, cada vez más se hunde en las tinieblas y en el olvido del sepulcro á medida que encuentra más indicaciones de que se halla cercado por la irreconciliable hostilidad de Dios, de manera que la posibilidad de volver á su favor en esta vida, es para él de todo punto imposible; sin embargo, tan asido se siente de su interior persuasión de que Dios al fin le dispensará su favor y su redentora gracia, que traspasando las fronteras del tiempo y lanzándose más allá de lo visible puede reconocer las señales del amor divino que aparentemente se le había negado aquí

¿Qué podrá destruir la confianza ó turbar la paz de aquel hombre cuya firme esperanza se funda en los inmutables atributos de Dios? En vano Satanás y el mundo se enfurecerán contra él y le acosarán con sus diabólicos artificios. Se halla perfectamente escudado contra todo ataque, pues su incontrastable fe tiene por base la imperecedera Roca de los siglos, y no se moverá.

No se puede considerar como una verdadera dificultad para la interpretación que hemos dado al citado pasaje, el hecho de que Dios intervino para librar á su afligido siervo de todo lo que le oprimía, y para devolverle todo cuanto había perdido en esta vida. Es necesario, ante todo, distinguir cuidadosamente entre lo que era el secreto propósito y plan de Dios en cuanto á los sufrimientos de su siervo, de lo que éste creía respecto de los mismos. El hecho de haberle abandonado á la más completa obscuridad sin darle la más ligera idea respecto del designio y fin de sus aflicciones, daba á aquella dispensación su carácter misterioso, lo cual demandaba mucho de su fe y sometía á la más escrupulosa prueba su piedad, pero sólo así podía manifestarse la realidad y consistencia de ella y su adhesión al servicio de Dios. Efectivamente, Dios libró á Job de todo lo que le afligía y le devolvió mucho más de lo que había perdido y le aseguró de nuevo su favor en

esta vida. Pero esto sólo prueba que el Señor recompensa la fe de sus siervos á pesar de sus temores y mucho más de lo que esperan. Job jamás soñó semejante resultado, como se puede ver en sus discursos, y ni siquiera concibió la posibilidad.

Ni puede alegarse, para reforzar la anterior objeción, que Job en todos sus anteriores discursos siempre habla de la muerte como del fin de toda actividad y esperanza, y que ni una sílaba salió de su boca de la cual pueda inferirse que creía en la realidad de un estado futuro. La conclusión que generalmente sacan de este aserto es, que no siendo un artículo de su fe no podía referirse á él en el pasaje que es objeto de nuestra consideración. Pero esto es pasar por alto el progreso que se operaba en la mente de Job, cosa que se halla tan clara y magistralmente delineada en sus discursos. Al principio se nos presenta Job entre el misterio y la obscuridad que envolvían á la doctrina del estado futuro en la época patriarcal, cuando ninguna revelación terminante había arrojado su luz sobre tan consoladora verdad. La doctrina de la inmortalidad del alma les era conocida, pero lo relativo al modo de ser en la otra vida, todo era vago y obscuro. Job, por la formidable lucha que tuvo que sostener, fué impelido poco á poco á un conocimiento de tan importante verdad. Podemos contar, por de-

cirlo así, cada uno de sus pasos, y notar con exactitud la incertidumbre con que avanza hacia ella. Después le vemos asirse de ella con todo el poder de su poderosa convicción, como el único camino libre de la obscuridad y la desesperación, como la sola conclusión de un axioma todavía más indubitable, como el único lugar de reposo para su invencible confianza en la gracia de Dios, confianza que nadie podía arrancarle. Está íntima y profundamente persuadido de que Dios no le retirará su invariable favor. Sin embargo, no hay lugar permanente para que el favor de Dios se le muestre otra vez en este mundo. Pero la imperiosa necesidad de sus santas y firmes convicciones le llevan á la inevitable conclusión: «Yo se que Dios me dispensará su favor aun cuando sea después que mi cuerpo se haya deshecho y cuando mi espíritu se haya separado de esta su habitación de barro.»

Tampoco tiene gran fuerza la adicional objeción de que Job, en el resto de la controversia con sus amigos no vuelva á hacer uso de esa gran verdad. En efecto, nunca se vuelve á referir á ella ni para consolarse en los momentos más críticos de su rigurosa prueba, ni para arrojar luz sobre el enigma de la Providencia en la desigual distribución de los bienes y los males, ni para refutar el favorito dogma de sus amigos que afirma que Dios retribuye al

hombre en la presente vida. Una doctrina de tanta importancia como lo es esta en el asunto que se discute, alegan, no podía brillar instantáneamente en un solo pasaje y después ser relegada al olvido. El hecho de que no se vuelva á mencionar dicha doctrina, ni se insista en ella, se presenta para apoyar la inferencia de que el pasaje en cuestión no contiene semejante doctrina.

Pero esto es pervertir por completo la parte doctrinal que campea en todo el libro de Job. No se presenta dicha doctrina como la solución de los enigmáticos propósitos de la divina Providencia. Jamás se presenta como fuente de consuelo para los tentados y afligidos. El auxilio y protección de los que sufren, tienen otro fundamento más sólido que este, como se puede ver en el discurso subsecuente de Eliú y en el del Señor mismo á quien estaba reservado presentar el asunto bajo su verdadero punto de vista, asunto que Job y sus amigos no hicieron sino oscurecer con sus razonamientos. La doctrina de la inmortalidad del alma revelada á Job y expuesta en este pasaje de su discurso, sólo tuvo por objeto apaciguar el interior conflicto de su alma y fijar en él la convicción de que entre su alma y Dios reina la paz, la cual ningún sufrimiento exterior ó temporal podía destruir. Y efectivamente así sucedió. La agitación interior que le devoraba

cesó desde entonces. No se volvió á sentir inquieto por la aparente hostilidad é ira de Dios contra él. Su situación exterior no cambió en nada, el problema de sus sufrimientos permaneció tan misterioso como antes; pero ha conseguido la paz de su alma. Sabe que su Redentor vive y que aunque sea después que su extenuado y dolorido cuerpo se convierta en polvo, la densa nube que le impide ver la faz de Dios se disipará. La enseñanza de la inmortalidad ha realizado su objeto. No hay necesidad, por tanto, de ser repetida. Lo que ya nada tiene que ver con el asunto y plan del Libro, seguramente que su omisión no puede ser un argumento en contra de su presentación ahí donde su introducción era esencial.

Pero ¿en qué sentido, puede preguntarse, enseña este pasaje la doctrina del Mesías y de la resurrección corporal? ¿Es nuestro Redentor el mismo de Job, y su fe la misma con la cual el pueblo de Dios se regocija ahora por la completa victoria sobre la muerte y el sepulcro? En germen y en sustancia era la misma, pero no se originó ni se desarrolló en la conciencia de Job del mismo modo que en los cristianos. Dios fué su redentor: Cristo que era en el principio con Dios y que era Dios, es el nuestro. Cuando Job apela á su Redentor, por supuesto que lo hace sin tener la más remota idea de que fuera la segunda persona de la Deidad, porque

de la distinción de personas en el Sér divino y de la doctrina de la Trinidad, como se nos enseña en el Nuevo Testamento, nada sabía. Pero Job se dirige á Dios atribuyéndole el carácter, y solicitando las funciones de un oficio que distintamente corresponden á Dios el Hijo. El es y ha sido siempre el Redentor de los oprimidos, el Guardián y Protector de su pueblo y su Libertador, así de las penas temporales como de las eternas, siendo las primeras solamente la sombra y el tipo de las últimas. Es El á quien los santos de Dios son deudores de la alegre esperanza de ver á Dios más allá de la tumba y á quien Job también esperaba ver. Así que, la doctrina del Cristo se presenta ahí en su aspecto divino: no como Hijo de Abraham, sino como Hijo de Dios.

Además, quizá fué el propósito de Dios que el término «Redentor,» se empleara en este lugar en su significado más profundo, aunque refiriéndose al pariente más cercano, según el uso patriarcal y mosaico. ¿No se ve la posibilidad de que la palabra significara mucho más de lo que Job pretendía ó se imaginaba? ¿No sería para darnos un indicio del Divino Redentor, quien es además nuestro pariente más cercano, quien habiendo tomado nuestra semejanza, se sujetó á la ley, para ser carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos, y tener el derecho de un pariente cercano que pu-

¿diera defender nuestra causa y librarnos de la condenación de la ley y de la sentencia de muerte escrita en nuestros miembros, y abriéndonos al mismo tiempo la vida y la inmortalidad, con la beatífica visión de Dios? Así que como Abraham vió el día de Cristo y se regocijó, igualmente puede decirse de Job que vió el día de Cristo y se alegró. Solamente que fué á la simiente de Abraham á quien el padre de la fe vió en el futuro. Mientras que su divino Redentor fué quien alegró la creyente alma del patriarca de Uz.

El aspecto humano de la obra de Cristo tanto como puede hallarse prefigurada en el libro de Job, se nos ofrece principalmente en Job mismo, como el varón de dolores, abandonado y perseguido de sus amigos, y aparentemente olvidado de Dios; para quien la cruz fué el camino que le condujo á la corona, y el sufrimiento hacia una gloriosa recompensa, siendo el fruto de los trabajos de su alma abundante en bendiciones para otros, y mientras por su intercesión reconcilió á sus tres amigos con Dios, él mismo quedó, para lo sucesivo, como una señal de esperanza para los afligidos.

Es probable que la doctrina de la resurrección del cuerpo no se reveló á la mente de Job, precisamente en la forma de un general y simultáneo levantamiento de los muertos. Sin embargo, al menos en sustancia, es así como

se pretende armonizar este pasaje con nuestra vida futura, y tan natural y tan fuerte es nuestra tendencia á transferir las ideas que tenemos de nuestro modo de ser actual á nuestro glorioso porvenir, que quizá puede decirse con propiedad que los gérmenes de la doctrina de la resurrección se hallan revelados ahí. A quien yo mismo veré, dice Job, y con mis propios ojos y no otro—era pues muy natural, creer que hablaba de sus órganos corporales y no de su identidad personal después de su muerte que es sobre lo que insiste al hablar del tiempo cuando se verá libre del cuerpo en que ahora vive. No reviviremos aquí las curiosas é inverosímiles especulaciones á que han dado lugar estas palabras, ni tampoco nos excederemos en discutir si Job se refiere á los ojos del alma ó á los de su cuerpo. Bástenos encontrar la sugestión del enlace íntimo que existe en nuestra doble naturaleza, y en virtud de una poderosa asociación de ideas nos veremos compelidos á considerar la continuación de la vida de nuestra alma relacionada con la restauración de nuestro cuerpo. Si á esto añadimos la ambigüedad de algunos términos empleados ahí, los cuales bien pueden haber sido sugeridos intencionalmente (permítasenos decirlo) por el Espíritu de verdad, entonces no será aventurado decir que en ellos se contiene y se envuelve la doctrina de la resurrección tal como se expresa.

en la versión inglesa y en otras versiones antiguas y modernas, resaltando de todas maneras la importancia de este pasaje, al menos en la historia de la creencia en esa grande y consoladora doctrina del Evangelio del Hijo de Dios, aunque no se nos presente con la claridad con que se halla en la revelación de la dispensación cristiana.

CAPITULO VII.

JOB REFUTA A SUS AMIGOS.

¿Cómo pues queréis consolarme con palabras vanas, visto que en vuestras respuestas no queda más de perfidia?

JOB 21:34.

LA crisis de la tentación ha pasado ya, pero la perplejidad de Job aun no desaparece. Todas las influencias que Satanás ha puesto en contra del afligido patriarca, no han sido suficientes para despojarlo de su invencible confianza en Dios. A pesar de la aparente evidencia de la hostilidad de Dios, no deja de confiar en El, como su Redentor. No duda de que Aquel mismo que ahora le affige al fin le librará de todo sufrimiento. Pero el día de su redención, aun no llega. Y tiene que continuar su camino á tientas, en las tinieblas, confiando en su Señor. El torbellino de sus angustias no pierde nada de su fuerza, y el misterio de sus sufrimientos es todavía inexplicable.

Hasta aquí Job, se ha dirigido principalmente á Dios. Ha sido con El, con quien especialmente ha tenido que ver, más bien que con sus amigos. Lo que principalmente agitaba su alma y la causa de la tentación ha sido el tema de su personal altercado con su Hacedor. Al afirmar y repetir sus amigos, como lo hacen en cada uno de sus discursos, la doctrina de la providencial distribución del sufrimiento, y el aserto de que son los malvados los que únicamente sufren, bajo el justo gobierno de Dios; Job inmediatamente hace la aplicación á su caso, movido por las insinuaciones de sus amigos. Pero más de una vez ha mostrado victoriosamente la falsedad de semejante generalización:.....«no haré caso de mí mismo, despreciaré mi vida. Mas una cosa sí diré: al perfecto y al inicuo destruye de igual modo. Si el azote mata de repente, se ríe de la prueba de los inocentes. La tierra es entregada en manos de los inicuos y El mismo cubre el rostro de sus jueces. Si no es él ¿quién es? (9:22-24). Las tiendas de los ladrones están en paz, y seguros los que provocan á Dios; en sus manos hay abundancia (12:6).

Pero esto no fué sino una incidental digresión en el curso general de sus pensamientos. No fué de ninguna manera una discusión especial del asunto. La cuestión personal lo ab-

sorbía todo y hacía imposible cualquiera otra consideración. Se trataba de algo más caro que la vida. Afectaba los fundamentos de su fe en Dios. Tampoco era una exagerada manifestación de afecto por su reputación, ó que se mostrara tan celoso de su buen nombre que le fuera imposible tolerar la menor cosa que pudiera menoscabarlo. Quien había soportado la pérdida de sus intereses y lo que es más, la de sus hijos, y había sobrellevado con tan noble resignación los sufrimientos infligidos en su propio cuerpo, también sería capaz de soportar con serenidad las injustas censuras y los gratuitos reproches de sus amigos. No era su buen nombre lo que más estimaba ni lo que le preocupaba más. Lo que de él pensarán las futuras generaciones ó la estima en que le tuvieran, no era cosa á la cual diera gran importancia. Pero la conciencia que tenía de su integridad, sí era para él un tesoro inalienable. Esto nadie se lo podría arrebatar. Si aceptaba como verdad lo que sus amigos decían, cosa que al parecer sancionaba la rectitud de Aquel que gobierna al mundo, entonces Dios estaba en su contra por delitos que tenía la conciencia de no haber cometido. En verdad que se hallaba estrechado por el dilema más desconsolador. Si desmentía á sus amigos, entonces la natural y legítima inferencia tenía que ser la de que

Dios era injusto. Y si asentía á lo que sus amigos decían, siempre era injusto. Y en todo caso ¿cómo podría servir á un Dios que se mostraba tan injusto, despiadado y cruel?

Al fin Satanás ha colocado á Job en una posición tan desesperante que según parece no podrá escapar. ¿Qué otra cosa puede hacer sino renunciar al servicio de Dios? ¿Qué base de sólida confianza y de reverencial homenaje, esenciales al culto de Dios, le quedaban? De tal manera le ha enredado en sus artificios é insidiosos lazos, que al parecer no le queda qué elegir. La caída de Job ante su adversario parece inevitable.

Hemos bosquejado también la violencia y lo abrumador del conflicto de Job, hasta su desenlace. Hemos observado detenidamente la lucha de su alma, sus lastimosas quejas, su altercado con Dios y su inútil apelación por la cual implora del Todopoderoso que se ponga de su parte. Le hemos visto vagar en todas direcciones impelido por la violencia de su interior agitación; arrojado hasta el borde mismo del precipicio y ya próximo á caer sin esperanza en el profundo abismo que se abría á sus piés; le hemos visto caminar habiendo perdido casi por completo el equilibrio hasta que, debido á un poderoso esfuerzo de su fe puede rehacerse, y asido fuertemente de lo invisible pudo confortar su espíritu sin el auxilio de nada exterior y visible.

Hemos considerado también cómo la cuestión personal, relativa á Job, llegó á un término favorable para él, y la intensidad de su angustiosa agitación disminuyó considerablemente. Ahora se halla con más calma y su mente más tranquila. Habiendo adquirido la convicción de la rectitud y bondad de Dios, se siente animado para clamar á El como su Redentor, á pesar de lo adverso de las apariencias. La causa de su inquietud ha desaparecido. La fuerza de la tentación ha cedido. Satanás no podrá apartarlo del servicio de Dios en tanto que permanezca asido de El con toda la fuerza de su fe, la cual conserva á pesar de hallarse contrariado por las sugerencias de su razón y de sus sentidos.

Job ha escapado de la caída. Pero aun queda un problema que su razón y sus sentidos apoyan y que le tiene perplejo todavía. Continúa asido de su Dios con todo el poder de su fe, pero su mente se halla ofuscada todavía. La solución que le proponen sus amigos no es satisfactoria. Según sus principios, no hay nada misterioso en los actos de la Providencia, relativamente al sufrimiento de los hombres. Nada ven sino el recto y uniforme reinado de la justicia. Job, por el contrario, declara que no es así. Para escapar de los cargos que sus amigos deducen en su contra, demuestra la falsedad de los principios fundamentales que

asientan. En seguida manifiesta que no es como ellos aseguran un hecho bien confirmado por una invariable experiencia, el que los justos sean siempre recompensados y que los perversos son los que únicamente sufren. Y este es el punto de que principalmente se ocupa en sus discursos restantes.

Así es como llega al conocimiento de otra verdad todavía más desconsoladora, verdad que llena su alma de las más dolorosas emociones, siempre que se detiene á considerarla, y ante la cual sus mismos amigos quedarían pasmados si fijaran en ella su atención. La administración de este mundo no se hace por principios tan evidentes para el hombre, como ellos aseguran. «Miradme bien, les dice, y os espantaréis; y aun pondréis la mano en vuestra boca. Yo mismo cuando pienso en ello, me confundo, y un estremecimiento de asombro se apodera de mí.» (21:5, 6). Tan lejos queda la maldad de recibir su justo castigo en este mundo, que muchas veces los inicuos alcanzan singular prosperidad. «¿Por qué siguen viviendo los impíos, llegan á edad provecta y se hacen poderosos en riquezas? Su descendencia permanece estable con ellos y sus vástagos se desarrollan ante sus ojos. Sus casas permanecen sin temor, pues la vara de Dios no cae sobre ellos. Hacen salir á sus chiquillos como manada de ovejas, y sus hijos saltán de contento.

Cantan al son del pandero y del arpa, y se regocijan al sonido de la flauta. Gastan en placeres sus días, y en un momento bajan al sepulcro.» (21:7-13). Su regocijo y alegre prosperidad continúa hasta el fin. No experimentan reveses, ni calamidad alguna interrumpe su bienestar, ni tienen un fin tan desgraciado que pueda considerarse como el castigo de sus maldades, antes descienden al sepulcro tranquilos y contentos. Embriagados de placer pasan la vida y llegan á su fin rodeados de toda clase de bienes terrenales. Pero la consecuencia natural de todo es su contumacia. En su arrogante é impía presunción, rechazan toda sujeción al Todopoderoso. «Por tanto dicen á Dios: apártate de nosotros que no nos gusta el conocimiento de tus caminos. ¿Quién es el Todopoderoso para que le sirvamos? ¿ni qué nos aprovecha el que oremos á El?» (21:14, 15).

Bildad había dicho «que la luz de los malvados se apagará,» y poco más adelante agrega: «que la destrucción estaba aparejada á su mismo lado.» (18:5 y 12). Job teniendo á la vista los hechos que acababa de referir y que la experiencia confirma, replicó: «¿cuándo sucede eso? Si tal es la regla invariable, ¿Por qué tan rara vez se apaga la luz de los malvados? ¿y por qué tan pocas veces viene la destrucción sobre ellos? ¿Cuán raro es que Dios les reparta dolores en su ira! ¿y cuán pocas veces vienen

á ser como hojarascas que el viento lanza ó como tamo que arrebatada el torbellino!» 21:17, 18.

Sin embargo, responden sus amigos, la retribución vendrá sin duda alguna, sólo que algunas ocasiones se retarda un poco. Dios traerá sobre los hijos la iniquidad de los padres. (5:4; 18:19; 20:10). Job refuta semejante aserción, diciendo que eso no es retribución en el propio sentido de la palabra. «¿Decís que Dios tiene guardada para los hijos la iniquidad del padre? Más vale se la impute á él mismo para que lo sepa. Vean sus propios ojos su calamidad y de la ira del Omnipotente beba él mismo! Porque ¿qué deleite tendrá de su casa después de muerto, siendo cortado el número de sus meses?» (21:19-21). ¿Qué puede afectarle á él lo que suceda á sus hijos, después de haber dejado de existir y de haberse separado de este mundo? Al hablar de esta manera incurrían en la reprehensible presunción de «enseñar á Dios» formulando leyes y afirmando que Dios se sujetaba á ellas en el gobierno del mundo, por tanto les advierte que teman la sentencia con que El castiga á los soberbios. Por otra parte hace notar que en los hechos del presente no se veía ninguna distinción en la distribución de los bienes que disfrutaban los hombres. Ninguna razón puede asignarse para que algunos hombres jamás sufran y otros siempre estén agobiados por el dolor y la miseria. «Sin em-

bargo, decís, ¿dónde está la casa del tirano? ¿y dónde la tienda del malvado? (21:28), dando á entender con esto que habían sido demolidas ó que sus ruinas sólo quedaban como monumentos de la justa venganza de Dios. Mas esto no es la verdad ni la regla general.» ¿Por ventura, dice Job, no habéis preguntado á los viajeros y por sus informes no llegaréis á conocer que el día de la destrucción los malvados escapan y el día de la ira no están presentes? Frecuentemente se les ve libres de las calamidades que afligen á los hombres mejores. Y cuando mueren, lejos de seguirles la execración ó de ser detenidos como malhechores que han sido cortados por la justa sentencia del cielo, son llevados al sepulcro con gran distinción y seguidos de gran cortejo, honrando así su memoria y perpetuando su pernicioso ejemplo. (21:32, 33).

Sorprendidos por tan audaz ataque contra su principal baluarte, y por la rotunda negación de todo lo que habían afirmado y sostenido por tanto tiempo, como axioma incontrovertible, y lo cual constituía la base fundamental de sus argumentos, los amigos de Job se vieron precisados á modificar, materialmente, su manera de ataque. Elifaz salió inmediatamente á la defensa de sus principios con una furiosa acometida contra Job mismo. Su trillado axioma, con toda la universalidad que

le atribuye, ya no se puede sostener después de lo que tan cuerda y exactamente había dicho Job. Sin embargo, Elifaz está más que nunca persuadido, de que revela el secreto de los sufrimientos de Job. Ya sea que pueda establecerse como regla general, ó ya sea ó no aplicable á cualquiera otro caso, es incuestionable que explica el caso de Job. Por tanto ya no se limita á encubiertas insinuaciones ó á sugerencias indirectas, sino que abierta y directamente le acusa de graves é imperdonables maldades y las señala como la razón determinante de todo cuanto sufre. Dios no podía tratarle de otra manera que con imparcial justicia. Debía ser culpable de enormes delitos y por tanto ahora estaba sufriendo el justo y merecido castigo.

Así que todos sus argumentos vinieron á reducirse á una conclusión bien sencilla. ¿Es Job un miserable transgresor ó nó? El cargo es terminante y directo. Job acepta el reto y rechaza el cargo, negándolo enérgicamente. Indudablemente Dios se oculta tras el misterio de tan incomparables sufrimientos, los cuales continúan afligiendo á Job, con la misma severidad que al principio. Se encuentra muy lejos del alcance de los sentidos y de la razón del hombre. Pero oculto como se halla, y siendo imposible penetrar á su escondido asiento, para defenderse ante El, y conseguir le

libre de las insoportables angustias, bajo las cuales sufre Job, éste, sin embargo, apela á su Señor con toda confianza en los siguientes términos: «El conoce el camino por donde voy; cuando me haya probado saldré como el oro. Mis piés han seguido resueltamente sus pisadas; su camino he guardado, no me desviaré de él. Del mandamiento de sus labios no me apartaré; más que mi porción *diaria* he apreciado los dichos de su boca.» (23:10-12).

Prosigue manifestando que el mundo está lleno de incomprensibles enigmas, de innegables maldades que quedan impunes, y de atroces injusticias que nunca se castigan.

Como los cargos hechos á Job se hallan totalmente destituidos de pruebas y no son sino meras inferencias deducidas de principios, que como ya hemos visto, no se pueden confirmar por la experiencia, Bildad no se atreve á repetirlos, ante la solemne declaración que Job había hecho de su inocencia y ante la no menos imponente apelación que hace á Aquél que escudriña las conciencias. Y no teniendo ya que decir en apoyo de sus argumentos, vuelve, como Elifaz, á su trillado tema, de la depravación inherente á la naturaleza humana. Nadie es puro á la vista del infinito Dios. Este principio fué tratado por Elifaz, muy al principio de la discusión, y larga y satisfactoriamente contestado por Job. Tan pronto como

comprende Bildad la falsedad de su posición, no se empeña ya en reforzar ó ilustrar sus argumentos, así que después de proferir algunas lánguidas sentencias, se condena al más absoluto silencio. Los tres amigos se retiraron completamente derrotados.

Job no puede menos que ridiculizarlos por el fiasco que habían hecho en un asunto que comenzaron á tratar con tan gran pretensión. La oportunidad era demasiado tentadora para que pudiera medirse al hablar de las falsas aserciones de sus amigos. En lo que había dicho respecto de la desigualdad con que Dios, en su providencia trata á los hombres, no tuvo en manera alguna la intención de prejuzgar temerariamente el carácter del Señor, ni tampoco negaba la realidad de las retribuciones ó la sanción moral. Afirma y habla de la augusta majestad de Dios en términos tan elevados y reverentes como los que emplearon sus interlocutores. Así, que mientras insiste sobre su integridad, y á pesar de los imponderables sufrimientos que se le impusieron, admite sin reserva ninguna, en el enfático lenguaje que le es propio, la realidad del providencial gobierno de Dios, y la verdad de que los impíos serían indefectiblemente castigados. Esto no obstante, sostiene que hay misterios en la divina administración, que son impenetrables para el entendimiento humano.

Este pensamiento de la imposibilidad de que el hombre llegue por sus propias fuerzas á comprender algo del plan divino en el gobierno del universo, se halla ilustrado con admirable belleza. La hermosa y adecuada comparación con que Job ilustra dicho pensamiento, la toma del arte con que el hombre busca los metales preciosos que la tierra guarda en su seno. Puede descubrirlos por más ocultos que se hallen. Desciende á las entrañas de la tierra y hace profundas excavaciones lejos de la habitación de sus semejantes, indiferente á los riesgos y obstáculos que encuentra, desvía las corrientes de agua que se oponen á sus progresos, y envuelto en la densa obscuridad que reina en tan tenebrosos abismos, se abre paso á través de las montañas horadando las rocas, hasta apoderarse de los tesoros que busca. Pero hay un tesoro inapreciable que jamás podrán encontrar la constancia y la habilidad humana, tesoro cuyo valor no puede compararse á la plata ni al oro, y que excede incomparablemente en valor á las más ricas y preciosas joyas. Ni el más poderoso ingenio del hombre, ni la más ávida y prolongada investigación podrán descubrirlo. ¿Dónde se hallará la sabiduría? Y cuál será el lugar de la inteligencia? Está encubierta á los ojos de todo viviente y á las aves del cielo se oculta. En el mundo de los muertos no se encuentra, «ellos

sólo han oído su fama.» Solo hay un Sér en el Universo que posee un conocimiento perfecto del vasto y admirable plan del gobierno del Universo, y quien arregla todas las cosas con infinita precisión y las conduce á los resultados que les ha preordinado. Y El, que es infinito en sabiduría, ha descubierto al hombre en qué consiste para él la verdadera y práctica sabiduría. «Dios solo conoce su camino y sabe el lugar de ella. Porque mira hasta los extremos de la tierra; ve cuanto está debajo de todo el cielo. Cuando dió al viento su peso y tasó las aguas por medida; cuando prescribió ley á la lluvia y sendero al rayo; entonces la vió y la dió á conocer; la estableció y también la escudriñó; y al hombre dijo: He aquí que el temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal la inteligencia.»

La providencia de Dios no sigue reglas tan palpables, ni tan de fácil y sencilla aplicación como aseguran los amigos de Job. Los procedimientos del infinito Dios no se ajustan á principios tan obvios como los que puede concebir el entendimiento humano. Al contrario, el denso velo del misterio los encubre, y es imposible levantarlo para conocer sus designios, ó para penetrar los arcanos á que obedecen sus divinas disposiciones. Y esto no porque sean irracionales ó porque la confusión ó el desorden los caracterice. La imposibilidad de descubrir

el orden divino, no procede de la falta de orden en el Universo. El mundo no se halla bajo el dominio del acaso, ni rueda á la ventura en el espacio, sin designio y sin ley, semejante á una nave sin timón y sin brújula, azotada por las olas é impelida por el viento. No se halla bajo el ciego poder de la inexorable fatalidad. Tampoco obedece *únicamente* á las leyes físicas que se le han prescrito, ni gira *solamente* en virtud de una serie de fijas y uniformes leyes, con inflexible desprecio de todo cuanto sea extraño á sus inherentes propiedades, las cuales con incontrastable precisión, se adaptan á sus propias afinidades; como si no obedeciera á las leyes de un orden superior, ni estuviera subordinada á un supremo designio ni á un fin más elevado. El Supremo Regulador del universo no es un ciego y caprichoso tirano cuyo poder absoluto no tiene más ley que su arbitraria voluntad; no, por el contrario, obra guiado por su infinita sabiduría y siguiendo un plan perfectamente meditado y digno de su augusta grandeza.

La sabiduría infinita rige al universo entero. El que adapta las fuerzas físicas de la materia con tan admirable precisión, y regula su acción con tan exquisita delicadeza, de modo que mantienen en perfecto equilibrio y sin trastorno ninguno el vasto y complicado movimiento de la gran maquinaria del universo,

á través de las edades. El que conserva y perpetúa tan universal armonía en todas las cosas materiales, «dando al viento su peso y tasando las aguas por medida,» ordena con igual sabiduría los innumerables é incomprensibles sucesos de la vida humana. Hay pues un método y un orden divinos. Hay un plan infinito y digno de la suprema inteligencia que lo maneja, y el cual lleva el sello de la sabiduría divina; plan que ya nos fué declarado.

No podremos, sin embargo, alcanzar una perfecta comprensión de él. No podemos ver cómo se ajustan sus varias partes, ó cómo pueden armonizarse con la perfección suma de quien lo ha ordenado y lo dirige. Hay mucho que á la mente humana parece repugnante con una administración bien ordenada. Hay mucho que no podremos explicar, mucho que no podremos comprender. Muchas cosas hay que nos confunden siempre que intentamos explicárnoslas. No podemos ver por qué razón existen, ni por qué las permite Dios, ni cómo puede justificarse el que las permite. Teniendo en cuenta por una parte lo limitado de nuestro entendimiento y por otra el escaso número de hechos observados, es una pretensión insensata querer penetrar en tan insondables profundidades ó medir lo inconmensurable. Ni la más prolongada y minuciosa indagación, ni la investigación más laboriosa nos podrán llevar al cono-

cimiento de los altos designios de Dios. La sabiduría lo rige todo, y una sabiduría más valiosa que el oro y de precio más elevado que los rubíes. Pero ni el entendimiento más perspicaz, ni la más infatigable aplicación de las facultades de la humana inteligencia, llegaron á comprender sus arcanos. El secreto que resuelve todos los misterios, armoniza todas las dificultades, reconcilia todas las contradicciones y reduce á la más perfecta armonía y orden esta aparente confusión: se encuentra únicamente en la mente divina.

El hombre no puede razonablemente aspirar á la posesión de la sabiduría absoluta. Mas el Todopoderoso ha tenido la misericordiosa condescendencia de revelarnos lo necesario para regular nuestra vida. No debe el hombre pretender llegar al conocimiento de cómo gobierna Dios al mundo, ó de las reglas que le ha prescrito para la realización de sus altos designios; bástele saber que se le ha enseñado lo suficiente para norma de su conducta y gobierno de su vida. No podrá descifrar los misterios de la Providencia, pero sí puede aprovecharse de las lecciones que le suministran, y comprender lo que más inmediatamente se relaciona con él, á saber: sus personales deberes. No necesita saber el fin á que obedece cada una de las cosas que Dios permite ú ordena, pero sí necesita saber cómo podrá cumplir el verdadero fin de su existen-

cia para asegurar su eterna felicidad; y esto Dios se lo reveló. «El temor del Señor es la sabiduría, y apartarse del mal, la inteligencia.» (28:28).

Al llegar aquí, Job se detiene por un momento como antes lo había hecho para que sus amigos le repliquen, si es que tienen todavía que decir. Pero ya sea debido á su obstinada manera de ver las cosas, que juzgaron inútil seguir argumentando, ó ya sea que comenzaron á sospechar lo insostenible de su posición y á percibir que había más misterio en el caso de su angustiado amigo, de lo que se habían imaginado, lo cierto es que ya no hablaron. Entonces Job comenzó á exponer el incomprensible enigma de sus sufrimientos. Sus amigos ninguna luz habían arrojado sobre tan afflictiva dispensación y él tampoco alcanza á ver algo. Se detiene á considerar, por extenso, su pasada felicidad, comparándola con la amargura de su estado presente, y por último, afirma del modo más solemne su inocencia y niega haber cometido alguna falta por la cual se le deba tratar de semejante manera. (29-31).

Aquí concluyen las palabras de Job. Se halla frente á frente de un misterio totalmente incomprensible para él. No tiene ninguna teoría, ni puede imaginarse alguna que explique la causa de sus calamidades. Sus amigos guardan silencio, pero fué Job quien los hizo ca-

llar. Continúa apoyado de su fe en Dios, á pesar de las dañadas sugerencias que mortifican su alma y de las cuales no puede librarse, y á pesar de los hechos que tiene á la vista, pero que ni puede explicar ni escapar de ellos. Por tanto como antes había dicho: «delante de Dios está turbado; cuando lo considera tiembla, pues que Dios ha hecho tímido mi corazón, y el Omnipotente me ha aterrado.» (23:15, 16). Siempre que piensa en Dios, se apodera de su alma una angustiosa aprehensión de terror que le es imposible evitar. Se siente presa de una agitación tal, que no le es dado apaciguar. Satanás no ha logrado perderlo, pero le ha sumergido en las tinieblas más densas y en los más amargos sufrimientos y para salir de ellos no encuentra el camino. Su piadosa confianza aun queda en pie. ¿Aun sigue confiando en su Redentor quien sin duda se revelará á su alma aun cuando sea después que su piel se haya destruido y su carne se haya convertido en polvo, y cuando su espíritu se halle libre de las ataduras del cuerpo. Pero ¿permitirá Dios que su afligido siervo siga su marcha en tinieblas, agobiado bajo el peso de la carga que le oprime, y esperando contra toda esperanza? ¿Deberá morir Job, envuelto en la negra nube que le rodea?

CAPITULO VIII.

E L I U .

Entonces se encendió la ira de Eliú, hijo de Baraquel. Buzita, de la familia de Ram: contra Job se encendió su ira por cuanto se había justificado á sí mismo más bien que á Dios; y contra sus tres amigos se encendió su ira, por cuanto no hallaron qué contestar, y con todo habían condenado á Job.

JOB 32:2, 3.

LOS amigos de Job ya no pudieron responderle; y sin embargo es evidente que se le debe contestar. Job ha hecho callar á sus amigos y les ha demostrado que los principios que con tanta arrogancia le habían opuesto, ni explican el misterio de la providencia en general ni resuelven el enigma de su propio caso. Esto no obstante, el asunto no ha llegado á un resultado satisfactorio, ni á uno en el cual pudiera dejarse. Los tres amigos intentaron justificar los actos de la Providencia, mas la fal-

sedad de sus argumentos, sólo sirvieron para ponerla en riesgo de ser censurada, porque no eran adecuados para el objeto. Pretendieron convencer á Job de que no tenía derecho de quejarse de los sufrimientos que Dios le había enviado ó permitía que le affigieran; pero no fueron felices en su intento. Job defendió victoriosamente su puesto en contra de sus amigos, pero había el riesgo de que su victoria sobre ellos causara la impresión, tanto en él como en otros, de que había triunfado igualmente en su controversia con Dios. Tan peligrosa impresión debía evitarse, tanto por causa de Job, como por causa de aquellos que debían ser aleccionados por su asombrosa prueba, y por el Libro que recuerda tan extraordinarios sucesos.

En la vehemencia de su oposición á sus amigos, y abrumado por la violencia de su interior conflicto, es evidente que Job se excedió en sus palabras, las cuales, indudablemente no se deben aprobar, porque cuando menos aparentemente condenan ó niegan la equidad del gobierno de Dios. Sin embargo, se requiere mucha circunspección para juzgar sus expresiones y para apreciar su verdadero significado. Se le debe indulgencia por las circunstancias en que habló. Fueron expresiones arrancadas por la amargura de su dolor, y en medio del tumulto en que se hallaban sus sentimientos, bajo la terrible presión de sus desastres y bajo

la influencia del exasperante tratamiento de sus amigos, y no deben juzgarse como si hubieran sido dichas en momentos de calma y de reposo. Pero si Job no pecó, sino en este sentido, que impelido por su desesperante situación, y por lo intolerable de sus calamidades algunas veces resbaló, de lo cual después se arrepintió, y si sus palabras no expresan el estado normal de su mente, entonces sus yerros no demandan necesariamente corrección.

En todo caso, el hecho es que Job se hallaba ofuscado por el más irreconciliable conflicto. Se veía estrechado por un dilema del cual no podía escapar por su propia habilidad ó destreza. Sus más íntimas y profundas convicciones se hallaban, al parecer, en el más desesperante antagonismo. Por una parte tenía la conciencia de su integridad, que le era más cara que la vida y que no podía ni negar ni le era posible prescindir de ella, así que estaba dispuesto á sostenerla á toda costa. Cree fundándose en el testimonio de su conciencia, que no es ni un mentecato ni un malvado, y por tanto confiadamente apelará Aquel que escudriña los corazones á fin de que se pruebe la rectitud de su pasada vida. Pero, en tal caso, ¿cómo podrá conservar su fe en la justicia y rectitud de la Providencia? Un Dios que da el triunfo á los malvados y atige á los inocentes, ¿cómo podrá ser un Dios santo y recto? Job

no puede reconciliar esas dos verdades aunque cree igualmente en ambas y no puede dejar de creerlas. Sin embargo, la rectitud é ingenuidad de su alma no le permiten cerrar los ojos ante un hecho que tan claro se le presenta. Y como su candor no le permite ocultar nada, dice cuanto siente con ingenua franqueza.

Su controversia en cuanto á la providencia de Dios, no se limita, sin embargo, á unos cuantos apasionados arranques que en momentos de reflexión y de calma alegremente retiraría. No, se ve forzado á sostenerla por una necesidad de conciencia de la cual no le es posible prescindir. Ha justificado su integridad contra las temerarias suposiciones de sus amigos y contra sus infundadas acusaciones. ¿Pero cómo podrá vindicarse ante la rectitud divina? He aquí el problema que ahora le aflige. Sus amigos no han podido arrojar ninguna luz sobre el asunto, y él se halla en la misma obscuridad que ellos. Esto no obstante continúa asido de su invencible fe en la justicia de Dios, y nada le podrá obligar á dejarla. Aunque abrumado por el amargo conflicto de su alma, retiene, sin embargo, esta gran verdad, y continúa luchando hasta que prorrumpen en la triunfante expresión de su confianza en Dios, con la cual manifiesta, sin la más leve sombra de duda, su fe en lo invisible, á pesar de la flagrante oposición de sus sentidos: «Yo sé que mi re-

dentor vive,» y que la justicia divina tan misteriosa hasta aquí se manifestará al fin, y aunque el *Señor* me haga sufrir hasta perecer en este mundo, me vindicará en el venidero. Pero á pesar de su noble y brillante manifestación de confianza, la negra nube del presente no se disipa. La justicia divina irradiará al fin en todo su esplendor; ¿pero por qué se halla ahora tan extrañamente obscurecida? A esta cuestión, Job no puede responder, y aunque su confianza le lleva á reconocer la justicia de Dios, es después de todo, una confianza en un Dios que al parecer se empeña en ocultarse.

Un ligero vislumbra, al menos de uno de los propósitos de la prueba de Job, se ha dejado entrever al lector desde el principio del Libro, en lo que allí se dice de la agencia de Satanás. Este irreconciliable enemigo del hombre fraguó la perdición de Job. Incrédulo por completo en cuanto á la realidad del bien en el hombre, tendió un lazo á Job, lisonjeándose perversamente de que lograría la perdición de este buen hombre, y le obligaría á renunciar al servicio de Dios. El Señor le permitió poner á prueba sus perversas maquinaciones enteramente á su arbitrio; pero felizmente el resultado fué su completa derrota. Tan formidablemente asediado como se vió Job, y reducido como estuvo á la situación más desesperante, sin embargo, jamás perdió la confianza en su

Dios, hasta que al fin cayó á sus pies vencida la tentación. Esto ha sucedido siempre que se ha permitido á la perversidad del espíritu maligno, y á la crueldad de los hombres malos, levantarse contra los santos de Dios, para que revelen la realidad y el poder de su piedad y temor á Dios. Los mártires del Señor, sufriendo por su amor y adhesión á El, manteniéndose firmes á pesar de todos los medios empleados para vencer su fidelidad, ilustran y demuestran la realidad del bien y glorifican á Dios en su prueba. Los designios de Satanás los hemos visto en los desastres que trajo sobre Job, pero también hemos visto cuán victoriosamente quedaron frustrados. ¿Pero cuál era el designio de Dios? Esto no se ha expuesto todavía. Sin embargo, no podemos dejar de creer que Dios tuvo algún propósito al permitir que Satanás acometiera contra Job con la fiereza con que lo hizo. Este no podía ser el proporcionar algún desahogo al mal humor y melancolía de Satanás, porque Dios no simpatizaba con su situación, tampoco pudo haber sido el obtener una prueba de la realidad y solidez de la piedad de Job, porque él la conocía tan profundamente antes como después de tan dura prueba y no necesitaba un testimonio tan incompetente; ni menos aún debemos suponer que Dios permitió vinieran sobre su fiel siervo tan incomparables calamidades, sólo para conven-

cer á Satanás de cuán falsas y temerarias eran sus maliciosas sugerencias. Dios evidentemente tuvo algún propósito en todo esto, del cual Job debía ser el objeto directo y á él sólo debía afectar. Dios no pudo hacer de su siervo un instrumento pasivo para efectuar algo, lo cual no se relacionaba con la persona é intereses de su siervo. No pudo haberle hecho sufrir como un mero espectáculo para otros si no hubiera habido en ello algo conveniente para Job mismo. Debió haber un propósito tan benéfico é interesante para el mismo Job, que pudiera justificar amplia y adecuadamente la Providencia de Dios, al permitir que su siervo fuese tratado de semejante manera y sufriera tan en alto grado.

Algo más podemos inferir del propósito divino de lo que poco después sucedió. Ya hemos visto cuán victoriosamente resistió Job la severa y sutil prueba á que se le sometió. Nos hemos convencido de que la desesperada lucha á través de la cual pasó, puso de manifiesto y fortaleció su piadosa fe. Job aprendió á sostener su confianza bajo nuevas y más difíciles circunstancias. Tuvo oportunidad de ejercitarla en un orden de cosas más elevado. Sin ningún auxilio ni apoyo externos, y no obstante las contrarias sugerencias de sus sentidos, se mantuvo en su puesto poniendo sencillamente su fe en lo invisible. Semejante esfuerzo no

podía sino vigorizar su fe. Lo que Job aprendió y expuso con tanta seguridad diciendo: «yo sé que mi Redentor vive,» á pesar de todo lo que conspiraba para desarraigar su fe y destruir su piadosa confianza, fué evidentemente seguido de una positiva y decisiva ganancia espiritual. De este modo se vió elevado á una esfera espiritual de un orden superior.

Juntamente con esta elevación y aumento de la fe, ó mientras ella tenía lugar, Job obtuvo un nuevo desarrollo de percepción espiritual y mayor perspicacia para penetrar en las verdades religiosas. Ansiosamente y á tientas buscaba algo que sirviera de apoyo á su alma fatigada en los momentos de mayor angustia, cogrando al fin afianzarse de la doctrina de su inmortalidad como de un sólido poste, preparándose de este modo sin saberlo ni pensarlo, para su presente situación. Un nuevo elemento de verdad há ganado en su lucha un nuevo campo donde puedan apoyarse las almas tentadas, un nuevo y abundante manantial de consuelo para los sedientos y fatigados.

Aunque todavía podríamos conocer algo más, por inferencias, en cuanto al designio de esta obscura y misteriosa dispensación, sentimos, sin embargo, la necesidad de una declaración autoritativa del propósito de Dios. Sentimos igual y particularmente esta necesidad, tanto por causa de Job, como por aquellos que

tienen que ser aleccionados con su ejemplo; una declaración que fije la cuestión suscitada entre Job y sus amigos, que distintamente establezca la verdad, que en vano ellos han intentado aclarar; que armonice los principios antagónicos que fatigan el alma de Job, y que vindique amplia y satisfactoriamente la rectitud divina, que hasta ahora, al parecer, ha sido impugnada.

La solución de tan difícil problema fué dada en parte por Eliú y en parte por el SEÑOR mismo. Eliú, que por primera vez se nos presenta ahora, y cuya compostura y prudencia se hallan ligeramente descritas, lo mismo que los motivos que lo determinaron á hablar, se dirige primeramente á Job, por una serie de discursos, con breves interrupciones como para dar lugar á Job de contestarle si algo tenía que decir. Job nada responde. Después de esto el SEÑOR habla á Job, desde un torbellino, concluyendo todo con la restitución de Job á un estado de prosperidad mayor del que antes había disfrutado.

Ninguna porción del Libro ofrece más dificultades para su estudio que los discursos de Eliú, y sobre ninguna otra se han emitido mayor diversidad de pareceres. Una gran divergencia de opiniones se encuentra desde muy atrás, tanto respecto del lugar que se les asignó, como respecto de las razones por las cuales

se introducen; en qué sentido y hasta qué grado la solución del enigma propuesta por Eliú concuerda con la del SEÑOR, ó por qué se dan dos en lugar de una. La incertidumbre crece en proporción de la dificultad que se nota de armonizar lo que Eliú dice con las enseñanzas del SEÑOR, por una parte, y por otra, por no poder distinguir clara y distintamente los sentimientos expresados por Eliú, de los que antes habían manifestado Job y sus amigos.

Muchos afirman que las enseñanzas de Eliú y las del SEÑOR, son del todo diferentes, pero que las de los amigos de Job son idénticas con las de Eliú, y que en consecuencia lo expuesto por él en nada contribuye para formar un concepto exacto de la cuestión. La solución que ofrece del enigma de la Providencia es, en concepto de algunos, substancialmente la misma que la de Elifaz y sus compañeros, en consecuencia cae bajo la misma condenación y queda anulada por la posterior decisión del SEÑOR, la cual es la única aceptable y la que solamente considera el caso como se debe. Partiendo de esta hipótesis, se dice que Job no responde nada, porque nada avanza, puesto que nada hay digno de refutarse que no lo haya refutado ya amplia y satisfactoriamente. Y si el SEÑOR no hace ninguna mención de él es porque lo considera como un intruso que nada ha dicho digno de atención, y se da por sentado que cae

bajo la misma censura pronunciada contra los amigos de Job, cuyas doctrinas simplemente repite.

Entre los que sostienen la anterior teoría hay todavía gran diversidad de opiniones en cuanto á la habilidad de Eliú en la presentación del asunto. En concepto de algunos no es sino un fatuo, vano y presuntuoso entrometido, que quiso figurar entre personas respetables, emitiendo sus falsas opiniones después que aquellos sabios y venerables hombres habían callado ya ante tan difícil problema, no obstante que lo habían tratado como él no era capaz de hacerlo. Otros conceden á sus argumentos y consideraciones, muchas cualidades buenas, y dicen que los varios puntos de que se ocupó fueron tratados por él con magistral destreza y vigor. Estos lo consideran como un representante de la razón humana manifestando lo que es capaz de alcanzar sin la ayuda de una revelación inmediata. No dió la verdadera solución de los misteriosos problemas de la divina Providencia, pero esto se debe únicamente á que semejantes arcanos están fuera del alcance de la inteligencia humana, entregada á su propia fuerza. Sólo Dios puede dar la legítima explicación de un asunto que como este se escapa á la sabiduría y sagacidad humanas. En este concepto la falta de Eliú en no haber avanzado más que los amigos de Job, en las explicaciones del enigma, sólo

sirve para hacer más palpable la necesidad de la intervención del SEÑOR mismo si se quería llegar á una explicación satisfactoria.

En todo caso parece del todo improbable que se concediera tanto espacio á un personaje que realmente no contribuye sino muy poco al propósito del Libro y que no hace sino repetir lo que ya habían dicho los amigos de Job. Este modo de ver el asunto, naturalmente abrió el camino á otra hipótesis que también tiene sus partidarios y la cual consiste en afirmar que los discursos de Eliú, originalmente no formaron parte del Libro, sino que fueron añadidos posteriormente. Según piensan algunos, semejante adición destruye la simetría y perfección de la obra; y según otros, añade nuevos y muy importantes pensamientos, pero á pesar de esto no formó parte integrante del plan de la obra tal como fué originalmente escrita.

Las dificultades que se han suscitado al tratar de averiguar el verdadero propósito de Eliú, estamos seguros que desaparecen, y las hipótesis fundadas sobre ellas, vienen abajo, estudiando con más cuidado el discurso que se le atribuye, así como el lenguaje en que se expresa. Es claro que el propósito del autor del Libro no fué presentar á Eliú de acuerdo con los amigos de Job, en su réplica á éste. Al contrario, declara que se halla en igual desacuerdo con

las dos partes contendientes. Contra «Job se encendió su ira, porque se había justificado á sí mismo más que á Dios; y contra sus tres amigos se encendió su ira, por cuanto no hallaron que responder y con todo habían condenado á Job.» (Cap. 32:2, 3.) Se presenta como árbitro entre ellos proponiendo una resolución enteramente nueva. Es evidente que concuerda con los amigos de Job en algunos puntos que considerados en sí mismos no cabe duda que son verdaderos. Pero su tema era totalmente otro como luego lo vamos á ver.

No se habla de Eliú desde el principio del Libro cuando se menciona la llegada de los tres amigos, porque no era entonces el tiempo oportuno. Intervino en la discusión solamente porque los amigos de Job no habían acertado á dar á éste la respuesta correspondiente, y si se hubiera hecho referencia á él desde el principio, habría sido necesario anticipar que aquellos habían sido incapaces de tratar el asunto en cuestión sin haberlo mostrado primero. Job no responde á Eliú, como lo había hecho á sus amigos, porque desde luego se convenció de la verdad de lo que decía y en consecuencia debía callar.

El SEÑOR no hizo mención de Eliú cuando dió su aprobación á Job y censuró á sus amigos, porque no pertenecía á ninguna de las partes contendientes de la cuestión que iba á fallarse.

No era parte en el litigio cuyo veredicto iba á pronunciarse, sino árbitro, cuya decisión fué adoptada por Dios como preliminar de lo que iba á decir. No comportaba con la dignidad del infinito Dios colocarse al nivel de su siervo, para discutir el asunto con él, y justificar sus soberanos actos, condescendiendo á ser juzgado por el humano juicio. Hasta entonces no se había presentado la ocasión de discutir el caso con Job, de modo que se corrigieran sus errores ó quedaran vindicados los procedimientos de Dios, mas ahora se confiere este honor á Eliú en quien Job encontrará un igual y con quien podrá discutir el asunto, hasta persuadirse de que él estaba errado y Dios obraba rectamente. Se adoptó este procedimiento porque á la vez era mejor y más conveniente para Job mismo. De esta manera el terror divino no le espantaría, ni el esplendor de la Majestad infinita le ofuscaría. Eliú se presenta como el mensajero de Dios á ocupar el lugar de Dios en defensa de su causa. Encontrándose Job con un igual, su mente podía estar tranquila y á la vez podría replicarle sin incurrir en irreverencia, si las razones que se le presentaran no le convencían. Mas los razonamientos de Eliú eran del todo convincentes. Y Job rendido por ellos nada tuvo que responder. Sus errores se habían corregido, sus falsas ideas respecto de la providencial aflicción á que se le había su-

jetado fueron rectificadas. De esta manera se preparó el camino para que el mismo SEÑOR se presentara y para que la sola consideración de las perfecciones divinas produjeran todo su saludable efecto en el corazón de Job. El confundido patriarca cayó sobre su rostro en señal de reverente arrepentimiento, porque había aprendido de Eliú á no ver por más tiempo en Dios, la personificación de un poder arbitrario, empeñado en destruirlo, sino al Dios de gracia en cuyas manos la vara del castigo no es sino instrumento de bendición.

Es claro que, aunque más antes no se haya hablado de Eliú, estuvo presente durante la discusión de Job con sus amigos. Nada había dicho, pero guardó prudente y respetuosa reserva. Esto sugiere la probabilidad de que había otras personas presenciando la discusión. La noticia de los sufrimientos de Job, pronto se divulgó por los cuatro vientos. De la misma manera que después de su restauración, todos sus hermanos vinieron á él, y todas sus hermanas, y todos los que habían sido sus amigos, y comieron con él en su casa, y se condolieron de él y le consolaron por todas las calamidades que Dios trajo sobre él, así es muy probable que lo hicieron antes y éstos llevaron la noticia á todas partes. De toda la compañía de personas que por amistad y simpatía le visitaron, Elifaz, Bildad y Zofar, fueron los únicos que hablaron, y los demás

callaron, porque reconocieron en ellos suficiencia y superioridad. En presencia de un concurso tan respetable de personas, la discusión llegó al término mencionado. Aquellos tres varones se declararon vencidos é incapaces de continuar discutiendo con Job y de dar la debida respuesta á sus quejas. No encontraron mejor medio de vindicar la Providencia que infamar el carácter del fiel patriarca. Hasta aquí sus quejas aparecen perfectamente justificadas. Partiendo de los principios sentados por sus amigos y de las teorías formuladas por él, podía concluir que Dios le trataba injustamente. Le trataba como si efectivamente fuera culpable de faltas que no había cometido. El misterio que resaltaba en el presente caso y que ocultaba los caminos de la providencia en general, era hasta entonces incomprendible. Ni los amigos de Job ni éste mismo pudieron sondearlo ni hacerlo desaparecer. Pero ¿había de ser insoluble para siempre?

Eliú había guardado silencio esperando que aquellos tres respetables varones al fin expondrían la verdadera razón moral de las aflicciones que sobrevienen á los justos como Job, y que demostrarían como se armonizan las perfecciones de Dios con los actos de su providencia. Mas cuando vió que no lo hicieron, creyó que no era conveniente callar por más tiempo sólo por respeto á aquellos sabios y venerables

hombres, sino que se sintió irresistiblemente impelido á hablar. Si es verdadera la suposición de que la familia de Ram, de la cual se dice que descendía, es la mismo de Aram, entonces Eliú vino de una región diferente de la de los tres amigos, y esta es una circunstancia muy importante para la comprensión de los hechos.

Elifaz y Temán fueron nombres célebres que se perpetuaron en el territorio de Edom (Gén. 36;10, 11). Mas los Shuitas sobresalieron de todos los hijos de Cetuna, los cuales fueron á establecerse en los países orientales (Gén. 25: 2-6), todos pertenecientes á la región famosa por la sabiduría y perspicacia de sus habitantes. Pero Eliú vino, según parece, de otro territorio, y descendía de otra familia. Cuando Balac se vió en gran apuro, al saber que se aproximaban los israelitas y sintió la necesidad de una ayuda y dirección sobrehumanas, envió hasta Aram, por uno que oía los dichos de Dios y entendía la ciencia del Altísimo y veía visiones del Todopoderoso. (Num. 23:7 y 24: 16). Y fué de Aram de donde Abraham, el amigo de Dios, emigró, y el adjetivo Bucita nos recuerda á Buz de la familia de Nacor hermano de Abraham (Gén. 22: 21). Además no es imposible que este nombre * envuelva

* Si es necesario buscar un significado especial en los nombres de los amigos de Job. Elifaz puede interpretarse

la sugestión de que procedía de un país cuyos habitantes disfrutaban de la comunicación directa con Dios ó recibían revelaciones divinas, como opuesto al país de los sabios puramente humanos. Los representantes del país de los sabios fueron colocados los primeros ante el misterioso enigma y fracasaron: los recursos de la razón humana son insuficientes é inadecuados para tan arduas empresas. Entonces se presentó Eliú como el mensajero de Dios. No es sino un joven sin pretensiones de tener una perspicacia y penetración superior á las de los demás, aun no había llegado á la edad en que la experiencia y la sabiduría llegan á su madurez; pero la inspiración del Todopoderoso le daba entendimiento. (32:8). El, sin embargo, declara el misterio que aquellos sabios y venerables hombres no habían podido explicar. Y es que sólo Dios podía remover las dificultades del caso. «Sólo Dios posee la sabiduría, no el hombre.» (V. 13).

Comienza Eliú con una explicación de las

como significando "Dios separa ó divide," y ser relacionado con su dogma fundamental de que Dios hace una distinción providencial entre los buenos y los malos. El sustantivo se deriva del verbo hebreo que se emplea al hablar de la separación que se efectúa entre el oro y su escoria. Eliú puede significar "Dios es" ó "Dios mismo;" y es de notarse que él supone una doctrina tocante á Dios que es más verídica que la de los tres amigos, y que concuerda mejor con la naturaleza del Sér divino. Eliú se llama hijo de Baraquel, cuyo nombre quiere decir "benediciendo á Dios" ó "bendecido por Dios."

razones que lo determinan á hablar, que parece prolija y difusa. Pero esto se explica, por la timidez propia de su juventud é inexperiencia, al tener que hablar en presencia de personas tan venerables por la edad y la experiencia, las cuales le imponen tal respeto que cree no afirmar con bastante energía ni repetir lo suficiente la repugnancia que le causa tener que intervenir en tan debatido asunto, aunque por otra parte se siente irresistiblemente compelido á declarar la verdad que aun no se había expresado, y á dar á Job la adecuada respuesta á sus argumentos y que sus amigos no habían acertado á dar. Promete ocuparse del asunto con entera imparcialidad, sin preocupación ninguna: sin hacer acepción de personas y sin lisonjear á nadie; sino con estricta sujeción al juicio de Dios, será el árbitro entre Job y sus amigos. Propone colocar el asunto sobre bases enteramente nuevas y del todo diferentes de las propuestas por los tres amigos, y contra los cuales, con tan buen éxito, dirigió Job sus argumentos. (32:14-22).

Lo que principalmente afligía á Job era que al parecer Dios le trataba como á enemigo. Había insistido del modo más vehemente sobre este aspecto de su situación y había mostrado lo imponderable de sus sufrimientos, tanto la evidencia de la ira de Dios contra él como de lo amargo de su hostilidad. Esto era lo más

incomprensible para él y lo más doloroso. Corregir las ideas de Job sobre este particular, que era su capital error, es lo que principalmente y ante todo se propone Eliú. La aflicción, le dice, no es un signo del desagrado de Dios sino un medio de gracia. No nos somete á ella ó la permite, por ira, sino con un fin benévolo y misericordioso. Es uno de los medios por los cuales Dios habla al hombre para apartarlo del pecado y promover su mayor felicidad.

En su concepto, dos son los métodos que principalmente emplea Dios para apartar á los hombres del error y del mal, y llevarlos á lo que es puro y recto, á saber: su palabra y su providencia. La primera la presenta en términos apropiados al período de tiempo en que vivió Job y aludiendo á una de las formas más usuales en que Dios se comunicaba con el hombre: «Porque de una manera suele hablar Dios, de dos también; pero el hombre no considera. En sueños de visiones nocturnas, cuando cae sueño sobre los hombres, adormecidos sobre su cama, él destapa el oído de los hombres, y los amonesta secretamente, para apartar al hombre de su mala obra, y así le quita la soberbia.» (33:14-17.) Por medio de tan sagrada instrucción, Dios libra al hombre del pecado y del castigo que toda maldad merece. «Detiene su alma para que no baje al hoyo, y

su vida para que no muera á cuchillo.» (18.) Pero también, como más adelante dice, Dios emplea la aflicción con ese mismo fin misericordioso. Envía las enfermedades y los sufrimientos para apartar al hombre de la senda de la injusticia. Entonces si el que sufre reconoce los fines misericordiosos del sufrimiento y los soporta con resignación aprovechándose de sus enseñanzas, luego se le aliviará de todas sus penas. Se ha efectuado el propósito para lo que le fueron impuestas y ya no son necesarias.

Esta es una doctrina enteramente nueva en la presente discusión, y en consecuencia el asunto aparece bajo un aspecto del todo diferente. Los amigos de Job no veían otra cosa en sus calamidades, sino el castigo del pecado y las pruebas del desagrado de Dios contra él. En concepto de Job era una inflicción arbitraria y sin consideración á los méritos del hombre. Pero la idea de que los sufrimientos temporales tienen un fin benéfico, que son pruebas del amor de Dios, y son medios empleados por la bondad divina para realizar propósitos misericordiosos para el hombre, semejante idea, repito, no había iluminado hasta entonces el alma de Job ni la de sus amigos. Es evidente que Elifaz en su primero y más moderado discurso se aproximó mucho, y empleó expresiones tan semejantes á las de Eliú, que vistas á

la ligera y superficialmente, pueden parecer idénticas. Habla de los beneficios que pueden sobrevenir sobre aquellos á quienes Dios corrige, y amonesta á Job para que no desprecie el castigo del Omnipotente. «Porque él hace la llaga y él la venda, él hiere y sus manos sanan.» (5:17-18.) Esto enseña, evidentemente, la posibilidad de que resulte algún beneficio del sufrimiento, beneficio que puede contrabalancear de tal manera la aflicción, que bien pueden tenerse por dichosos los que sufren. Dios, pues, que al presente nos affige, nos alegrará después. Sin embargo, debe notarse que en concepto de Elifaz, el sufrimiento siempre es por su naturaleza un castigo, una prueba del desagrado de Dios contra el pecado, mientras que en concepto de Eliú, es curativo y manifiesta el deseo que Dios tiene por la verdadera felicidad del hombre que sufre. Tan lejos está una idea de la otra como un polo del otro. En el primer caso, Dios al someter al sufrimiento al hombre, lo considera como pecador y lo trata como tal: sus sufrimientos equivalen á una sentencia de condenación. En el segundo caso, Dios más bien considera su capacidad para el bien y provee á su mejoramiento y purificación. El desarrollo de la doctrina de los tres amigos conduce directamente á los groseros cargos de hipocresía y maldad que tan infundadamente hicieron á Job. La doctrina de Eliú,

es por el contrario, perfectamente compatible con el verdadero carácter de Job, tal cual Dios lo había declarado, y á la vez desarma á Job, porque le enseña que no ha sido tratado con crueldad ni injusticia. Dios no le trataba como él suponía, ni como á un malvado ni como un enemigo, sino que le estaba mostrando la solitud con que procuraba su mayor bien.

La idea de Eliú en cuanto al sufrimiento del hombre es adicional á la que se expresó al principio del Libro, con motivo de lo que dió ocasión á los sufrimientos de Job, pero no es incompatible con ella ni la excluye. Aunque semejantes calamidades sobrevinieron á Job por instigaciones de Satanás, quien buscaba la perdición de aquél, no se sigue de ahí que Dios no haya tenido su propio designio al permitir las. Indudablemente que uno de los fines del Señor fué mostrar la solidez de la piedad de Job, así como su suficiencia para resistir la espantosa prueba propuesta por Satanás. Mas no hay nada que nos obligue á creer que el misericordioso propósito del Señor, fué simplemente proporcional á las perversas intenciones del maligno, ó que se limitó únicamente á dar lugar á la derrota del gran adversario y á que viera frustradas sus perversas intenciones. ¿Por qué no había de tener como bueno y positivo designio el que la malicia de Satanás fuese gobernada por la *gracia*, para que de ello resul-

tara la *gracia*? Eliú declara que este es uno de sus designios. Ya hemos considerado por extenso todo el mal aparente que envolvió á Job, pero también hemos visto que en éllo se tuvo por principal objeto su felicidad. Fué aleccionado y purificado; su piedad se aquilató y su conocimiento de las cosas divinas se aumentó considerablemente. Así que, la doctrina de Eliú lejos de estar en contradicción con el resto del Libro, encuentra amplia corroboración. Es pues, evidente que el propósito de Dios, fué ante todo, la felicidad de Job. Y aunque este propósito no se haya anunciado con anterioridad sino hasta que fué formalmente expuesto por Eliú, es innegable que gradualmente se fué elaborando, y ya veremos más adelante los ricos frutos que produjo.

Dios no anunció á Job desde un principio el por qué se hallaba sometido á semejante prueba, porque era mejor que no lo supiera de antemano. Empero una vez que tan victoriosa y felizmente hubo triunfado sobre todos los asaltos del Diablo, sí necesitaba saber el propósito de sus aflicciones, no tanto por lo relativo á Satanás, cuanto por lo que á él concernía. Necesitaba saber que le fueron impuestas con un fin misericordioso y que envolvían un positivo beneficio. Era necesario que supiera esto, para que pudiera librarse del todo del lazo que el Tentador le había tendido, y para

que pudiera recibir todo el beneficio que semejante prueba le traía consigo.

La doctrina de Eliú respecto del sufrimiento, es todavía más aceptable, porque no se halla enmarañada con la rígida é inflexible regla de una justicia retributiva, que con tanto empeño sostenían los amigos de Job; ni es incompatible con los actos de la Providencia en general, ni pugna, como aquella, con el testimonio de la conciencia del fiel Patriarca. Los argumentos y protestas de Job, contra sus amigos, no pueden oponerse con la misma propiedad en contra de la doctrina de Eliú. Presenta el asunto bajo un aspecto tal, que Job se ve obligado á no contradecir más. Es no sólo compatible con el hecho de la desigualdad de la condición humana, sino que da una explicación satisfactoria de ello. La inflexible regla de una estricta y justa retribución divina, hace necesaria la uniforme y precisa correspondencia de la fortuna del hombre con su carácter moral. No admite excepción ninguna. Cuando más puede admitir alguna dilación. Podrá posponerse por algún tiempo la divina retribución, pero jamás dejará de aplicarse del modo más palpable para todos en la justa proporción de sus méritos ó de sus faltas.

Pero un propósito misericordioso es por su propia naturaleza libre: no se halla sujeto á ninguna regla, y sólo puede modificarse por

disposición de quien lo concibe y maneja. La sola limitación posible á una providencia así ordenada, es la buena voluntad de Dios; y nadie puede decidir *á priori*, á dónde ha de llevar la alegría y á dónde el sufrimiento. Dios puede, por actos de bondad, conducir á los hombres al arrepentimiento. Mas puede también emplear el castigo para apartarlos del amor al mundo y hacer que su corazón se aleje del pecado. El método empleado por El, en cada caso, queda únicamente al arbitrio de su soberana voluntad. Esta doctrina abre amplio camino á la más absoluta variedad en la experiencia humana, y sin embargo, no se puede decir que Dios se ha alejado del mundo, ni se puede afirmar que sus disposiciones sean arbitrarias ó caprichosas. Aquél sin cuya voluntad ni un pajarillo cae á tierra, y que tiene contados nuestros cabellos, dirige igualmente todas las cosas que nos conciernen, para nuestro bien y felicidad. Gobierna todos los actos del hombre, mas esto lo hace de un modo digno de El. Hay orden en todo lo que sucede, y todo obedece á un propósito y á un entendimiento divinos. La Providencia obra en armonía con la rectitud divina y con el universal gobierno moral del hombre. Viene á ser, en efecto, la expresión, la manifestación visible de la santidad de Dios así como de su gracia y bondad, porque tiene por mira apartar al hombre del pecado y atraer-

lo á la santidad y á la virtud. No tiene por norma ninguna regla formal y mecánica que la haga corresponder con los méritos del hombre, y sin embargo, se halla perfectamente adaptada á las multiformes necesidades de éste, por Aquél cuyos arbitrios son inagotables y cuya sabiduría es infinita.

Esta doctrina nos da igualmente la clave, oculta hasta ahora, de los sufrimientos de Job. Nada hay en ella que venga á empañar la integridad y la sinceridad de su piedad. Sus aficciones no son ni signos del desagrado de Dios, ni pruebas de inmotivada hostilidad. Es el Dios de misericordia que por medio de semejante disciplina está purificando á su fiel siervo, quitándole las escorias que hasta entonces tenía adheridas para llevar el oro á su mayor grado de pureza.

Es por esto que cuando Eliú corta el hilo de sus discursos (33:32) dando á Job oportunidad de replicarle, éste no lo hace. Nada tiene que oponer á lo que escucha. Nada tiene que responder. Se ha convencido de que estaba en un error. El conflicto que tanto le agitaba se ha calmado. Se han reconciliado las ideas y sentimientos contrarios que tanto le mortificaban. Lo que de la Providencia divina le parecía hasta entonces inexplicable, ahora ve que se armoniza con sus convicciones respecto de Dios.

Todo lo que en su propio caso le había pa-

recido tan obscuro é impenetrable se va aclarando. Dios no estaba haciendo violencia á su integridad por medio de los sufrimientos á que le había sometido ó permitía que le afligieran. No lo juzgaba culpable de faltas, que su propia conciencia no le imputaba, y sí lo declaraba inocente. No le trataba ni con injusticia ni con severidad. Dios no le hostilizaba; todo lo que estaba sufriendo eran pruebas de la bondad y amor divinos. La verdad se patentizaba cada vez más ante sus ojos, por su adaptación á todas las exigencias del caso. Job la acoge con prontitud en su corazón, y no puede sino inclinarse reverentemente ante la verdad de lo que oye. No persiste por más tiempo en su oposición como lo había hecho con sus amigos, á quienes redujo al silencio. Ahora él es el que debe callar. Reconoce y siente la justicia y rectitud del asunto tal como ahora se le ha presentado, y por tanto se inclina reverentemente ante su excelencia. Eliú no sólo ha cautivado su atención, sino también su corazón; y la solución del misterio que le tenía tan abatido y perplejo comienza á brillar ante sus ojos.

Habiendo Eliú fijado su posición y planteado el asunto, procede en seguida (capítulos 34 35) á considerar algunas de las falsas apreciaciones y de las inconsideradas expresiones que se escaparon á Job en el calor de su disputa con sus amigos. Estos habían insistido en re-

presentar la justicia de Dios en abierta y desesperada oposición con la idea de la integridad de Job. Embargado por la amargura de su angustia no aceptó estas ni pudo notar su falsedad, y por tanto las sostuvo abierta y decididamente; y por otra parte, arrastrado por la profunda convicción que de su integridad abrigaba, afirmó ligeramente que Dios obraba con injusticia. Pero ahora que la obscuridad y la confusión han desaparecido á la luz de las nuevas verdades que Eliú ha expresado, Job no insiste en disputar contra la justicia de Dios y de su providencial gobierno. Comienza, pues, Eliú por recordar á Job algunas de sus más extravagantes aserciones mostrándole á la vez lo absurdo é inconveniente de ellas. Diciendo Job: «yo soy justo y Dios ha quitado mi derecho,» (34:5 comp. con 27:2) que era lo mismo que decir: me despoja de mis derechos y me trata injustamente, se asociaba con los malvados, y destruía los fundamentos del gobierno moral de Dios. ¿El juez de todas las cosas no hará lo que es recto? Repugna con toda noción de rectitud, imputar al supremo y perfecto Gobernador del universo, la injusticia. Si surge algún conflicto entre Dios y sus criaturas, para quienes El no puede sentir la tentación de hacerles mal, la inevitable presunción y más que esto, la absoluta certidumbre es que Dios es justo y los hombres injustos, ya sea que pue-

dan ó no entenderlo. «De seguro conviene decir á Dios: sufro tu castigo; no seré más perverso; enséñame lo que yo no veo; si he hecho iniquidad, no la volveré á hacer.» (34:31, 32). «¿Piensas que es conforme á razón lo que has dicho (no precisamente en las mismas palabras sino en sustancia) más justo soy que Dios?» (35:2) cuando no eres sino vana é insignificante creatura que no puede ser comparada con el infinito Creador.

Semejante lenguaje en boca de sus tres amigos siempre le había ofendido. Sus apelaciones á la justicia de Dios siempre le habían exasperado, porque la conclusión necesaria que sacaban siempre había sido que Job era un malvado y que bien merecía cuanto estaba sufriendo. Sensible como debía ser á tan injustos cargos no podía menos que indignarse por ellos. Pero en boca de Eliú todo era diferente. Sus palabras no envuelven ninguna censura ó indirecta contra él. La aserción de la inviolable justicia de Dios, no encubre calumniosas insinuaciones ni injustificados cargos contra él. La sensible verdad de la absoluta perfección del siempre bendito Dios aparece ahora ante su espíritu en toda su primitiva majestad, y libre de toda conclusión falsa ó torcida, y en consecuencia no podía sino confesarlo así. Job no podía oponerse á lo que, de sí mismo, era tan evidente. Continúa pues, inclinado en silencioso acatamiento.

Habiendo Eliú corregido los errores de Job, y por lo mismo refutado los discursos á que dieron lugar, vuelve de nuevo al principio fundamental del designio del sufrimiento, haciendo especial aplicación al caso de Job, y basando en el mismo principio una leal y sincera amonestación dirigida á éste. (cap. 36.) La aflicción, vuelve á decir, es enviada á los justos para su bien; pero una experiencia semejante lleva consigo la solemne responsabilidad del que sufre. Si reconocen el misericordioso propósito de Dios en las aflicciones que les envía ó permite, y se aprovechan de las enseñanzas que suministran el designio de esas penosas dispensaciones, queda cumplido y luego serán removidas. Si por el contrario desechan la voz de amor y amonestación que les habla por medio de tales aflicciones, incurrirán en el desagrado de Dios y su sentencia vendrá sobre ellos en la forma de un aumento ó agravación de las calamidades que les agobian. (36: 8-15.) Así, le dice, sucederá contigo. (16.) Todavía era tiempo de verse libre de sus angustias, si se aprovechaba de las enseñanzas que le suministraban sus amargas calamidades, y aprendía de ellas á ser más diligente en evitar el pecado y á entregarse del todo al SEÑOR. (36:21-24.)

Eliú ha terminado la tarea que le fué encomendada. Su encargo era solamente corregir los errores de Job y enmendar las faltas en

que éste había incurrido. No se le encomendó librarle del todo del lazo que le armó Satanás, ni traerle al gozo de la plena bendición y de los saludables efectos de la tentación. Esta obra, el SEÑOR la reserva para sí á fin de que sea efectuada por El y en la propia persona. Eliú no es sino su mensajero enviado delante de El para preparar el camino. Pero aun no acababa de hablar cuando el estruendo de la voz de Dios se escucha á lo lejos, (37:2) enormes masas de nubes comienzan á obscurecer el firmamento y una formidable tempestad anuncia que el SEÑOR se acerca. Eliú dice que son signos de la divina Majestad, afirmando que Dios ya se aproxima, y por tanto aun su misma voz se apaga amedrentada. Todo enmudece y queda en solemne expectación. He aquí, el SEÑOR que se acerca.

CAPITULO IX.

EL SEÑOR.

En esto, Jehová respondió á Job desde el torbellino, y dijo: ¿Quién es este que oscurece mi consejo con palabras sin cordura?

JOB 38: 1, 2.

LLEGAMOS ahora á lo que es sobre toda ponderación la parte más sublime de este admirable Libro. Todos los discursos vistos hasta aquí, ya de Job ó de sus amigos, han sido bien meditados y expuestos con maestría. Por medio de ellos han emitido sus autores, sus más profundos y luminosos pensamientos, con singular belleza y energía. Se hallan engalanados de hermosas y oportunas figuras y metáforas. Revelan con notable viveza y de la manera más gráfica, la agitación interior, y el cambio de emociones que dominaban á sus autores en los momentos en que hablaban. Todos fueron pronunciados correcta y felizmente. Mas ahora que el SEÑOR mismo se di-

rige á Job, la majestad y elevación de su discurso, son incomparables, y es bajo todos conceptos digno de su divino Autor.

Considerado superficialmente el discurso del SEÑOR, podría parecer que no tiene relación ninguna con las circunstancias especiales en que fué pronunciado. Y aun puede suscitarse la cuestión siguiente: ¿qué tiene que hacer semejante apelación á la magnificencia de las obras de la creación en la naturaleza, con la solución del misterioso problema que pretende resolver el Libro que venimos estudiando? ¿De qué manera aclara el misterio que se oculta en los sufrimientos de los justos? Pero el hecho es que este discurso no tiene por objeto aclarar dicho misterio. El designio de Dios no es vindicar su comportamiento con los hombres, ni justificar su providencia respecto de Job. No es su intención colocarse en el banquillo del reo para erigir á sus creaturas en jueces de sus actos. No es, ni puede ser, accesible á ellas ni reconoce que tengan algún derecho de censurar sus determinaciones. La rectitud y justicia de su providencia no depende de que los hombres la comprendan ó aprueben. El Señor no se presenta para defenderse, ni quiere aparecer como sintiendo la necesidad de justificarse de la censura de Job, ó como que se interesa en que los miserables gusanos de la tierra aprueben su conducta y confiesen la equidad de sus

divinas dispensaciones. Su actitud es del todo diferente, y su campo de acción completamente distinto. Es el soberano SEÑOR de todo, y responsable únicamente ante sí mismo. No ha venido para justificarse sino para librar á Job de su angustia.

Job había estado expuesto á los feroces ataques de Satanás, y los había resistido victoriosamente. El tentador había empleado toda su saña y toda su astucia para obligar á Job á renunciar al servicio de Dios, mas permaneció firme á pesar de todo. La realidad y firmeza de la piedad de Job quedó admirablemente asegurada desde el momento en que prorrumpió en su memorable exclamación: «Yo sé que mi Redentor vive.» Su heroica confianza no sufrió ningún menoscabo ni por las desastrosas calamidades que sufrió, ni por el ceño que al parecer, obscurecía el rostro del Señor. En suma, Job quedó completamente vindicado de las perversas calumnias de Satanás.

Pero el asunto no debe terminar aquí. No era la voluntad de Dios que la prueba de su fiel siervo terminara con un resultado puramente negativo. Ni era bastante que Job obtuviera como única ventaja de sus sufrimientos, la elevación espiritual á que le condujo la lucha que tuvo que sostener. Su constancia y fe se mostraron admirables. Mucho ganó en poder espiritual. Adquirió la claridad y amplitud

de miras que manifestó después. Por el ejercicio adquirió destreza; y la experiencia le enseñó la manera de vencer la tentación en lo sucesivo. Sin embargo, esto no era bastante. El SEÑOR tenía aún propósitos más amplios y benéficos para su fiel siervo. La verdadera vindicación de la providencia divina está en el feliz término de la prueba. No se debe juzgar de ella por los confusos y enmarañados hilos que se están entretejiendo de una manera inexplicable ante el perplejo observador, y que no son sino partes del diseño general de la providencia, sino se debe esperar la conclusión de toda la obra. El SEÑOR no ha querido acelerar su propia vindicación por una declaración prematura de sus propósitos. Quiso mejor que las cosas caminaran sin violentarlas y siguiendo su curso regular. Pero ahora ha llegado ya el momento en que debe intervenir personalmente para llevar el asunto al feliz término que se había propuesto.

Se había permitido á Satanás ser doblemente perjudicial á Job, es decir, tanto en el orden material como en el espiritual. Le ocasionó varias pérdidas y sufrimientos exteriores y al fin le envolvió en el más espantoso conflicto espiritual. Job veació este último tan intrépidamente como lo permitían sus conocimientos religiosos y su piadosa experiencia. Pudo llegar á la sublime convicción de que Dios era

su Redentor y amigo, y no abandonará tan halagadora confianza, hágale lo que le hiciere. Un diluvio de tentaciones no podrá ahogar semejante convicción, ni los más furiosos asaltos de Satanás le obligarán á dejarla. Sin embargo, la obscuridad y el misterio continúan. Nuevos elementos de disturbio se introdujeron en la experiencia espiritual del fiel patriarca, que aunque los resistió con entereza y permaneció firme su confianza en Dios, sin embargo no dejaron de causarle gran aflicción. No había podido reconquistar aquel plácido y tranquilo estado en que vivía cuando le invadió la tentación. Había habido cierta ruptura en sus relaciones con su Hacedor, que aunque no le había hecho perder su puesto, sin embargo había destruido su paz y tranquilidad. Pero semejante disturbio no había de durar para siempre.

Bajo dos conceptos, principalmente, fué la tentación una disciplina de gran valor para Job. En primer lugar, debido á la formidable lucha que se vió forzado á sostener, adquirió conocimiento y fortaleza. Además, preparó su ánimo para recibir la lección que poco después se le dió. Le hizo sensible á una necesidad que antes le era desconocida, necesidad de instrucción, necesidad de socorro, pero una necesidad tal, que demandaba con instancia un don celestial, y que antes no extrañaba

porque la necesidad que lo requiere no se había hecho sentir. Ahora se halla perfectamente dispuesto á dar la más cordial bienvenida á una nueva y más estrecha comunión con Dios; y esto se debe únicamente á la peligrosa prueba que sufrió. Satanás intentó alejarlo de Dios, pero de hecho no logró sino abrir el camino á una nueva y más amplia ministración de gracia y de divinos conocimientos para Job. No había hecho más que preparar el camino al SEÑOR, que ahora se acerca á Job con muestras de grande afecto y con incomparable magnificencia.

La dolorosa disciplina de Job se había prolongado lo suficiente. Había producido todos los efectos preparatorios para la intervención del SEÑOR. Por tanto ahora sin tardanza alguna aparece Este en la escena, para hacer efectivas las bendiciones que desde el principio se propuso traer sobre Job, poniendo fin, de esta manera, á la dura pero saludable prueba á que lo sometió. Viene á librar á su siervo de las dos clases de desastres en que lo hundió Satanás, y á darle la correspondiente porción de bendiciones espirituales é interiores unas, y temporales y exteriores las otras.

Antes, quiso el SEÑOR conmover profundamente el corazón de Job. Para lograrlo fué que hizo tal manifestación de su augusta grandeza, ante la afligida alma de su siervo, consiguiendo

en efecto que cayera humillado ante El y que se arrepintiera de las imprudentes quejas que le arrancó su impaciencia, y de las inconvenientes é injuriosas suposiciones que hizo respecto de la providencia de Dios para con él. Ya se había reconciliado con su Hacedor en lo concerniente á su relación personal. Pero ahora da su asentimiento y aprobación á todo lo determinado por la providencia en general; se arrepiente de sus murmuraciones y renuncia á su torpe resistencia contra las disposiciones de Dios; en suma, su voluntad de aquí adelante estará en perfecta armonía con la voluntad de Dios, más aún, será absorbida enteramente por ésta. Se asombra y se condena á sí mismo al considerar lo que había dicho y hecho. Por tanto, el SEÑOR en adición á eso, lo restaura á su anterior bienestar y lo eleva á un grado de prosperidad mayor del que antes había disfrutado. Todo el asunto llega de esta manera á su desenlace final: la piedad de Job se acrisoló, y su bienestar y felicidad comenzaron de nuevo. Esto se consigna en el histórico párrafo con que concluye el libro, todo el capítulo anterior contiene la conclusión del discurso del Señor, discurso que logra su objeto no por medio de argumentos directos encaminados á dar la solución del enigma que tanto había preocupado á Job y á sus amigos. Contiene semejante solución solamente en el sentido de

que realiza el resultado que es en sí mismo la explicación de esta misteriosa dispensación.

El propósito del discurso del SEÑOR con relación á Job y á los sufrimientos de los justos, ha sido mal comprendido, y juzgado de varias maneras. Como contiene principalmente una apelación á las obras de Dios en la creación, que más claramente revelan la omnipotencia del Todopoderoso en contraste con la pequeñez é impotencia del hombre; se ha creído que la idea capital repetida en varias formas y reforzada de distintas maneras, era exponer la infinita majestad y poder de Dios. Su poder es irresistible. Es cosa vana tratar de oponerse á la omnipotencia. Y la lección deducida de tales proposiciones es, que debe uno resignarse incondicionalmente ante la infinita soberanía de Dios. Además, siendo Dios omnipotente, sus órdenes deben ser incondicionalmente acatadas y obedidas. La creatura no debe sino rendirse humildemente á lo que el Creador decreta. Es más que inútil afligirse ó murmurar; el hombre sólo debe inclinarse en señal de reverente acatamiento, ante lo que venga, sea lo que fuere, cuando proceda del Todopoderoso.

Mas la sumisión á lo inevitable será estoicismo ó fatalismo, pero jamás la resignación que aconseja la sagrada Escritura. Nada tenemos que ver con una fuerza ciega é incontrastable, sino con nuestro Padre celestial, quien deman-

da nuestro amor así como nuestra obediencia voluntaria y á quien nos sometemos no constreñidos por la fuerza sino de voluntad. Podemos ser sometidos á un poder irresistible, pero esto no satisfaría ni á la razón ni á la justicia. Lo que principalmente agravó la tentación de Job, fué precisamente que creía hallarse en semejantes circunstancias. Para él esto era el punto central hacia el cual todo lo demás gravitaba. Lo inexplicable de sus sufrimientos, lo infundado de los razonamientos de sus amigos, y en una palabra, todas las cosas peculiares á su situación, parecían concurrir á representar al SEÑOR, como á un *Sér* absoluto y arbitrario que sólo empleaba su omnipotencia en torturarle sin razón ninguna y contra todo sentimiento de piedad. Pero un tirano omnipotente que tiene por trono el universo, bien podrá inspirar terror, pero jamás amor y confianza. Podrá vencer toda oposición sin dejar ni sombra de ella; pero no podrá conseguir la adoración de un corazón amante. Job humillado y traspasado de dolor protestaba, sin embargo, con lo que creía ser casi su último suspiro, contra la cruel injusticia de que se creía víctima. La violencia de que no se puede escapar, y contra la cual no hay recurso posible, es la cosa más temible y detestable de que se puede hablar. Dios debe ser más que la personificación de la omnipotencia, ó Job no se humillará ante El en señal de reverente ho-

menaje y de humilde arrepentimiento. Ahora se postra humillado bajo la influencia de una fuerza interior y moral, cosa que ciertamente es muy distinta de la coacción externa.

Se ha dicho además que el propósito del discurso del SEÑOR fué mostrar la sabiduría infinita de Dios por medio de sus obras, la cual sobrepaja de tal modo al poder de nuestras facultades, que hace inútiles los mayores esfuerzos del entendimiento cuando trata de comprender sus arcanos. Esta apelación á las incomprensibles maravillas de la creación tiene por objeto, se dice, sugerir la idea de que en las disposiciones de la Providencia, existen maravillas igualmente incomprensibles. El misterio se encuentra en todos sus caminos, en la naturaleza lo mismo que en la providencia, misterio que no puede descifrar el entendimiento del hombre. Cuando á éste se le presente aquel, debe ser admitido como una concepción de la razón infinita sin pretender llegar á conocer el cómo y el por qué. No le es dado al hombre penetrar á donde sólo puede llegar el entendimiento divino. Los caminos de Dios son inescrutables. El hombre debe adorar cuando no puede comprender, y someterse sin murmurar cualquiera que sea su suerte, mientras que pretender que todo esté al alcance del flaco entendimiento de la creatura, no es sino reprehensible arrogancia.

En ésta, como en la anterior teoría hay algo de verdad. Dios, en efecto, es infinitamente sabio y poderoso, y ambos atributos se prestan á consideraciones que nos llevan á una piadosa resignación ó nos confirman en ella. Sin embargo, la enseñanza del libro de Job en su más solemne expresión y tal cual fué expuesta por Dios mismo, es ciertamente más positiva que la mera declaración de que nada podemos conocer, y que el misterio de los sufrimientos de los justos es inexplicable para el hombre. Esto no tranquiliza al afligido investigador, al que inquiere con ansia los principios en que se basa la providencia de Dios, y su compatibilidad con las inefables perfecciones del *Señor*. Esto por el contrario repele como inútil toda investigación y no conduce á ningún resultado positivo y salvador, si es que no condena dicha investigación como profanación sacrílega, puesto que sería tanto como hollar con nuestra planta un terreno que nos está vedado pisar, ó pretender llegar á lo que no nos es lícito tocar. Entonces en lugar de arrojar alguna luz sobre este misterioso asunto, la única enseñanza del Libro, sería que debemos conformarnos con vivir en una obscuridad que por la naturaleza misma del caso, jamás se podrá disipar. En vez de aumentar nuestros conocimientos, declara por el contrario, que es imposible ensancharlos.

Pero si tal hubiera sido el caso, ¿con qué objeto se presentó el SEÑOR mismo á Job, con toda la magnificencia de su augusta majestad? ¿De qué manera fué ayudado Job, por la manifestación de Dios mismo, si no tuvo otro propósito que el que ya se había declarado? Si el discurso del SEÑOR á pesar de su majestuosa sublimidad no le enseñaba otra cosa más que lo que ya el mismo Job había alcanzado, ¿qué necesidad había de esa revelación? Job había percibido perfectamente el misterio de la providencia de Dios. Había declarado, además, que era del todo impenetrable para el hombre. Había dicho claramente que «la sabiduría divina se hallaba oculta á todo viviente y que sólo Dios la poseía;» por tanto la mayor sabiduría á que el hombre podía aspirar era el temor de Dios. (28:20-28.) Job había aprendido á temer á Dios aunque no comprendía sus caminos; afirmaba que el SEÑOR era su Redentor aunque su providencia continuaba siendo para él un misterio incomprensible. La lección del discurso del SEÑOR debe ser en consecuencia, algo más que aquello á que Job había llegado ya.

Hay dos cosas que nos proporcionan la clave para encontrar la verdadera enseñanza del discurso del SEÑOR, á saber; el discurso de Eliú, que es por decirlo así la introducción del de el SEÑOR, y el efecto que el último de

dichos discursos produjo en Job. El discurso del SEÑOR no debe separarse del de Eliú ni considerarse independientemente de él, sino que este se ha de considerar como la preparación para el del SEÑOR, tanto porque éste le siguió inmediatamente, de tal manera que se puede decir que forma parte integrante de él, como porque al parecer recibió la aprobación de Dios. Eliú fué enviado para dar la solución teórica, y el SEÑOR dió la solución práctica de este gran problema. La comisión de Eliú se redujo á hacer las aclaraciones convenientes, para rectificar los errores de Job, y para indicarle donde se había equivocado. Su única tarea era corregir las falsas ideas que Job abrigaba respecto de la Providencia, y prepararlo para que llegara á la presencia del SEÑOR, pudiera reconocerlo en su verdadero carácter, y sentir respecto de El, tal como debía. En concepto de Job, sus sufrimientos no eran sino manifestaciones de la hostilidad con que Dios lo trataba. No podía ver en ellos sino las señales del desagrado de Dios. La ira del SEÑOR estaba sobre él. Sin embargo, tuvo la fuerza suficiente para asegurar que era su Redentor. A pesar de la presente hostilidad del SEÑOR, que tan incomprensible y mortificante era para Job, tenía, sin embargo, la firme convicción de que al fin el misterio se disiparía y el SEÑOR mismo se pondría de su parte.

Pero Eliú le presenta el caso bajo un nuevo aspecto. Le enseñó que semejante hostilidad no existe. Sus sufrimientos no eran pruebas de la ira de Dios, sino de su bondad y amor. Dios no le trataba con inmotivada dureza y crueldad, sino que estaba realizando á favor de él, un fin misericordioso por medios que aunque al parecer eran desagradables, sus efectos serían benéficos.

Este modo de ver el caso, cambia totalmente el estado de la cuestión. Las tinieblas que hasta entonces habían oscurecido el asunto se disiparon luego. El ceño que al parecer velaba la faz del SEÑOR desapareció como por encanto. La mano que se había apoderado de Job y que éste creía que era la de un enemigo mortal, no es sino la de un amigo poderoso. Lo que él creía que era la herida mortal de una mano enemiga y oculta, no es sino la diestra incisión del gran Médico que hiere, pero también sana. Su angustia, murmuración y amargas quejas ya no tienen razón de ser. La causa principal de su aflicción y conflicto, ha desaparecido. Las aparentes contradicciones entre lo real y lo ideal, entre lo que ha experimentado y lo que era de esperarse entre el Dios del presente y del futuro, y entre el Dios que aflige y el que salva, también han desaparecido. Dios es su Redentor no porque le libra de semejantes calamidades ó á pesar de ellas; sino

en ellas y por medio de ellas. Job no se halla reducido á la dura necesidad de cerrar sus ojos al presente y mantener su fe en Dios sólo por la contemplación de un futuro invisible. Ahora tiene además una base visible en su presente mismo. En la misma prueba que lo puso en el inminente peligro de perder su fe y confianza en Dios, encuentra ahora un nuevo y poderoso apoyo para su fe, porque ve en dicha prueba una manifestación clara del amor celestial.

La nube que por algún tiempo había obscurecido la faz resplandeciente de su Padre celestial, se ha disipado. Ahora al presentarse Dios mismo á Job, nada hay que pueda empañar la idea que tiene respecto del amor divino. La falsa imagen que de Dios se había forjado, ha desaparecido del todo y para siempre. El amor inefable de Dios ha vuelto á ocupar su lugar entre las perfecciones del Altísimo. Su grandeza y poder no son los únicos atributos que continúan impresionándole. Aquel que es infinito en tales atributos lo es igualmente en compasión y amor. Cualquiera indicación de la presencia del SEÑOR, ó de la grandeza de su Sér, es bastante para que acudan á la mente de Job, todas las perfecciones de Dios. Ya no sigue viendo al SEÑOR al través del prisma de sus preocupaciones, las cuales no le permitían ver la magnificencia de su Sér sino á medias,

sino ahora le contempla en toda su gloria y perfección.

La misma verdad se deduce del efecto que el discurso del SEÑOR, produjo en el alma de Job. Por medio de él adquirió una nueva y más exacta idea de Dios, y recibió una impresión más viva y profunda respecto de su gloriosa naturaleza. No fué la contemplación de un atributo separado ó exaltado sobre los otros lo que le hizo exclamar: «De oídos te había oído, mas ahora mis ojos te ven.» Todas sus concepciones anteriores respecto de Dios, eran vagas y confusas comparadas con la íntima y profunda convicción que ahora abriga en cuanto á la Majestad infinita del SEÑOR. Todo lo que sabía de Dios era como un vago rumor público comparado con lo que se nos revela, con la claridad y evidencia de nuestros ojos. Sus palabras revelan no un conocimiento parcial en que ciertos atributos se exaltan á expensas de los otros, sino una percepción completa y verdadera respecto del carácter de Dios. Las quejas impertinentes que profirió bajo la insostenible presión de sus angustias, se debieron en gran parte á la defectuosa idea que tenía en cuanto al carácter de Dios. Ahora que le ve tal cual es, se avergüenza y se arrepiente de haber hablado como lo hizo, y de haber acariado tan necios sentimientos.

El objeto del discurso del SEÑOR fué preci-

samente producir tales efectos en el alma de Job y llevarlo á ese estado de humildad y de arrepentimiento. El hecho más importante y que más influencia ejerció en el caso presente, fué la manifestación de Dios mismo al alma de Job, siendo dicho discurso nada más que el medio por el cual se efectuó. Descubre ante Job, y pone frente á frente de él, de la manera más imponente, la grandeza y la perfección del Sér infinito ante quien se encuentra. Todo el discurso no es sino el desarrollo del pensamiento: Yo soy el infinito y todo perfecto Dios. Esta verdad se presentó á la mente de Job, por medio de una serie de apelaciones á la grandeza de las obras de Dios, en las que la magnificencia de las perfecciones divinas contrasta con la extrema pequeñez del hombre. De esa manera se hace sentir á Job de un solo golpe quién es el que le habla y cuánta ha sido su arrogancia y atrevimiento al insistir que el Altísimo defendiera sus actos delante de él.

«Entonces el SEÑOR respondió á Job desde el torbellino.» Las nubes que había señalado Eliú y que comenzaban á enturbiar el horizonte, habían ido aumentando gradualmente la obscuridad hasta cubrir todo el firmamento. El relámpago, el trueno y la tempestad con que el SEÑOR velaba su augusta Majestad, se habían ido aproximando poco á poco asombrando con su pavoroso estruendo á todos los cir-

cunstantes. En seguida, una voz, la voz de Jehová, dominando el estruendo del torbellino y con incomparable sublimidad habló á Job diciéndole: «¿Quién es este que obscurece mi consejo con palabras sin sabiduría? ¿Quién y qué es éste que con tanta osadía se atreve á censurar las sabias ordenanzas de mi gracia y de mi santa providencia con sus necias y vanas consideraciones? ¿Cuál es su sabiduría y cuáles sus derechos como censor de la Providencia divina? Ciñe, pues, como varón tus lomos, yo te preguntaré y tú me harás saber. ¿Dónde estabas cuando yo fundaba la tierra? házmelo saber si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes, ó quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus bases, ó quién puso su piedra angular? ¿Cuándo las estrellas todas del alba alababan, y se regocijaban todos los hijos de Dios? ¿Quién cerró con puertas la mar cuando se desbordaba como saliendo de madre? ¿Cuándo le puse nubes por vestidura y le ceñí de obscuridad y establecí sobre ella mi decreto y le puse puertas y cerrojos y dije: hasta aquí llegarás y no pasarás y allí parará la hinchazón de tus ondas? ¿Has dado órdenes á la mañana en tus días? ¿Has mostrado al alba su lugar?» (38:1-2). El SEÑOR continúa enumerando las maravillas del mar, de la muerte y del mundo invisible, de la luz y de las tinieblas, de la nieve y de la llu-

via, del hielo y del frío, de las estrellas, de los fenómenos celestes y de sus efectos sobre la tierra, del alma humana, los instintos, hábitos y adaptaciones de las múltiples especies de la creación animada, concluyendo con esta imponente interpelación: ¿Querrá contender con el Omnipotente el que le censura? (38, 39 y 40:2).

Confuso y avergonzado al contemplar su pequeñez y las absurdas pretensiones incluidas en sus temerarias é inconsideradas quejas, Job responde al SEÑOR en los términos siguientes: «Hé aquí yo soy vil ¿qué responderé? mi mano pongo sobre mi boca. Una vez hablé y no responderé más; y dos veces y no añadiré palabra.» (40:3:5).

El SEÑOR prosiguió hablando á Job con el propósito de hacer más profunda la impresión que ya había causado en el ánimo del compungido patriarca, y para hacerle sentir más vivamente cuán necio era el concepto que se había formado de sus fuerzas, por lo cual se había hecho culpable, así como para mostrarle la presunción sin ejemplo que envolvía el lenguaje que se había permitido usar. ¿Se hallaba en aptitud de encargarse del gobierno del mundo y tomar de las manos del Altísimo la sabia administración que se había atrevido á censurar? Dios, desafia en seguida á Job á que muestre su poder ó ejecute actos de justicia que puedan

justificar su audaz presunción diciéndole: «¿Invalidarás tú también mi juicio? ¿Condenarme has á mí para justificarte tú? ¿Tienes por ventura un brazo como Dios? ¿Tronarás con tu voz como él? Atavíate pues de grandeza y majestad y vístete de honra y hermosura. Esparce los furores de tu ira y mira á todo soberbio y abátele! Mira á todo soberbio y abátele; y quebranta á los impíos en su asiento. Encúbrellos á todos en el polvo; y venda sus rostros con obscuridad. Entonces yo confesaré que tu diestra te puede salvar.» (40:6-14). Tan lejos se halla de ser comparable á Dios que ni siquiera podrá medir sus fuerzas con algunas de sus creaturas, tales como los dos gigantescos animales que se le citan, á saber: Behemoth y Leviatán, probablemente el Hipopótamo y el Cocodrilo. (40:15-24 y 41).

La profunda impresión que el Señor produjo en el ánimo de Job, fué tal cual se esperaba, por tanto cae sobre su rostro en señal de arrepentimiento y vergüenza. Convencido de su falta no tiene reparo en confesarla desde luego. «He hablado de lo que no entendía; cosas que me eran ocultas y que no comprendía. Oye ahora y hablaré: preguntarte hé y tú me harás saber. De oídos había oído de tí, más ahora mis ojos te ven. ¡Por tanto me condeno á mí mismo y me arrepiento en polvo y en ceniza! (42. 1-6).

La elevación espiritual á que ha llegado Job, ahora es muy superior á todo lo que antes había alcanzado. La profundidad de su humillación es realmente la cima de su elevación en piedad, amor y fe. Que muestre tanta humildad y abatimiento espiritual, es un hecho que revela la claridad y amplitud de su vista espiritual. El fervor que ahora manifiesta es bajo todos conceptos superior al que mostró en medio de la obscuridad que le rodeaba en los momentos de su mayor tribulación; su fe entonces no recibía sino ligeros vislumbres de lo invisible, y sólo debido á un poderoso esfuerzo de ella, pudo mostrarse superior á todas las tentaciones que surgían de las cosas exteriores, y afirmar que Dios era su Redentor á pesar de que todas las apariencias conspiraban contra su invencible esperanza. El poder de su fe, ahora es tal, que no sólo le da la victoria completa en tan desesperada lucha, y pone á Satanás y á su temible tentación bajo sus pies, sino que da á su alma atribulada la paz y tranquilidad que tanto anhelaba.

La fe que tan admirablemente brilló en aquella triunfante exclamación del afligido patriarca, era, sin embargo, defectuosa, ó la lucha no hubiera sido tan desesperada ni el triunfo tan difícil de obtener. Confiaba en el Dios que le afligía, tan sólo en los términos en que se expresa, es decir: confiaba en que el Señor en lo

futuro, ó en el mundo venidero si no en éste, dejaría de hostilizarle y se mostraría su amigo y bienhechor. Confiaba en Dios á pesar de dichas aflicciones, abrigando la seguridad de que al fin le libraría de ellas y le volvería á dispensar su favor. Se ve, pues, que su confianza no llegó á persuadirlo de que aun afligiéndole, Dios obraba como su misericordioso Redentor. Se hallaba de tal manera bajo el dominio de las cosas externas que le afligían, que esa verdad quedó todavía fuera del alcance de su fe. La oposición que él veía entre la manera como Dios le estaba tratando y su amor según lo entendía, quedaba aún sin conciliarse en su mente, y por tanto no abrigaba sino una confianza implícita de que semejante oposición desaparecería. Bajo la influencia de esa fe podía pasar resueltamente sobre la montaña de las dificultades, pero no podía decirle: quítate de aquí y échate en la mar; y húndete y desaparece en el océano del amor divino. Quedaba todavía una dificultad que su fe desdeñaba, pero no podía destruir; un foso entre él y su Dios, que su fe podía salvar pero no cegar.

Mas ahora su fe en Dios es más perfecta. Ahora su confianza es más decidida y consoladora. Ya puede confiar en Dios bajo cualquiera circunstancia y creer que todo lo que hace es bueno. Ha adquirido tales ideas acerca de Dios y de las perfecciones de su ser, que no podrá

creer por más tiempo, que el Altísimo pueda hacer algo que no esté en armonía con su infinita perfección. Todo lo que haga debe ser recto, sabio y bueno. Su fe, sin embargo, no le dará el poder de sondear los misterios de Dios ni de resolver los enigmas de su providencia. No podrá comprender el cómo ó el por qué de las cosas. Mas sabe que Dios es santo y perfecto y confía en él, y su fe le asegura que tales cosas deben ser así. Si al presente le aflige, esto no es sino una breve interrupción en su amor, más después brillará en todo su esplendor. Todavía no puede comprender cómo se armoniza la aflicción con el amor de Dios. Y menos que sea una prueba de ese mismo amor. Dios es igualmente misericordioso y amante, ya sea que nos aflija ó nos colme de dicha y prosperidad.

Las aflicciones de Job no han disminuido todavía. Sus irreparables pérdidas son tan grandes como el día que acontecieron, y su lacrado cuerpo aun no recibe el menor alivio. Esto no obstante, la nube se ha disipado. Ha desaparecido en él toda disposición de murmurar ó quejarse. Más todavía, le pesa sobremanera haberlo hecho antes. Desde que el SEÑOR tuvo á bien mostrarle la magnitud de sus divinas perfecciones, su alma ha quedado henchida de la más consoladora é ilimitada confianza. Ahora se siente dispuesto á confiar en el infinito,

santo, poderoso, sabio y misericordioso Dios, haga ó nó lo que bien le pareciere. Lo que Dios haga será bueno y lo mejor que pueda imaginarse, tal es ahora su más profunda convicción. La tentación, pues, no sólo ha sido vencida, sino que ha desaparecido. No se ha sobrepuesto á ella por un poderoso esfuerzo, sino que la enorme montaña que hasta entonces le interceptaba el paso, ha venido á tierra dejándole libre el camino. Aunque amedrentado por la rugiente tempestad del mar, pasó sin embargo de eso por sobre sus encrespadas olas; mas ahora el poder de su fe es tal, que le ha abierto camino recto por enmedio de las aguas; el furor de las olas ha terminado, ya no hay mar.

De esta manera ha llegado Job, al término del tercero y más peligroso grado de su prolongada prueba. La lucha ha sido tremenda. El conflicto abrumador y desesperante. Pero el desenlace ha sido glorioso. Las fuerzas del enemigo fueron rechazadas en todos sus asaltos, y jamás podían replegarse para volver de nuevo á la carga. Finalmente han sido vencidos y puestos en vergonzosa fuga. Más aún, han sido destruidas, siendo la victoria por parte de Job completa y decisiva. Tanto como fué gloriosa la constancia y humildad de Job en el primero y segundo grado de su tentación, aparecen ahora más admirables y sublimes.

Cuando sus propiedades y sus hijos fueron destruidos de un solo golpe, Job, lejos de murmurar, bendice el nombre del SEÑOR, porque cree que no hace sino recoger lo que bondadosamente le había concedido. Cuando en adición á esto, su mismo cuerpo se ve acometido de tan dolorosa y repugnante enfermedad, todavía recibe con mansedumbre, el mal de las manos del SEÑOR, pensando en los muchos bienes que le había hecho. Su heroica confianza se apoya cada vez más en las muchas misericordias del pasado; su gratitud todavía encuentra motivos de alabanza al ver que aun no había perecido bajo la presión de tan severa prueba. Pone en un platillo de la balanza su aflictiva situación y en el otro los beneficios que misericordiosamente le había concedido, y ve que estos sobrepujan con mucho á los males que le afligen.

Sin embargo, cada nuevo sufrimiento era un contrapeso que con más ó menos fuerza gravitaba sobre su alma para hacerle apartar su consideración de la misericordia divina y para destruir en su alma la confianza en el amor y en la bondad de Dios. Esto lo lanzaba directamente á caer en la tentación. Además hacía surgir la posibilidad de que si se acumulaba bastante peso del lado del sufrimiento, obrando, como hasta entonces, con todas las ventajas del presente, compeliéndole cada vez más

á concentrarse dentro de sí mismo, es evidente que se podían ofuscar y aun borrar sus recuerdos del pasado, y á la larga podían hacerles equilibrio y aun inclinar la balanza del lado de Satanás. Si tal cosa llegaba á suceder, Job caía en el lazo y Satanás quedaba victorioso. Durante el período en que sus aflicciones fueron más grandes y cuando al parecer, Satanás empleó toda su fuerza para hacer que la balanza se inclinara de su lado, es evidente que Job se vió terriblemente acosado por su feroz y nada escrupuloso enemigo, y en el más inminente peligro de caer. Sin embargo, se esforzó cuanto pudo por mantener la balanza del lado de la justicia. Y solamente debido á la fuerza con que su fe se asió de lo invisible trayendo en su auxilio el mundo venidero y echando mano de los inmutables atributos de Dios y poniendo en el platillo de la balanza la Roca de la eternidad, fué como pudo hacer inclinarla del lado de la piedad y del SEÑOR.

Así pues, en el fondo había al parecer algún fundamento para la perversa insinuación de Satanás, ¿teme Job á Dios de balde? El enemigo había descubierto en la estructura de la fe de Job, un pequeño resquicio, una imperceptible hendidura donde esperaba introducir una cuña que acabaría por minar el edificio y reducirlo á polvo y escombros. La idea que Job tenía de la bondad de Dios, se fundaba en los

beneficios recibidos, en vez de reconocer y estimar la bondad de Dios como la causa y fuente de dichos beneficios. Juzgaba á Dios por las defectuosas nociones que de su providencia tenía, en vez de juzgar de ésta por el conocimiento que de Dios tuviera. Debido á la desesperada guerra que Satanás movió contra Job, se vió éste precisado á dar á su fe un fundamento más firme, á pesar de la densa obscuridad que todavía ocultaba á su vista el misterioso propósito de sus sufrimientos. Mas ahora que Eliú como mensajero de Dios ha venido á instruirle dándole á conocer el misericordioso propósito de su aflicción, y ahora que el SEÑOR mismo se le ha revelado con toda la magnificencia de su gloriosa naturaleza, la abertura que aun existía en la fe de Job, se ha cerrado completamente. Las perfecciones de Dios, evidentes por sí mismas, é independientes de cualquiera otra razón derivada de su comportamiento particular con sus siervos, han venido á ser para Job los principios fundamentales de su modo de pensar.

Los cielos y la tierra pasarán. Todas las cosas visibles y temporales podrán fluctuar y aun cambiar. Pero las perfecciones de Dios son inmutables. Este es el único punto fijo é invariable, la base de toda certeza y de todo juicio recto. Es, en términos matemáticos, el origen hacia el cual deben referirse todas las cosas y

desde el cual debe juzgarse todo. Dios debe obrar de un modo semejante á su naturaleza. Todo lo que haga debe estar en armonía con sus gloriosos atributos, debe ser, en efecto, la manifestación exterior de dichos atributos. Las determinaciones de su providencia tienen su origen en las perfecciones del por siempre bendito Dios. Los sentidos no pueden percibir esto, pero la fe lo afirma, y apoyada en ello, sean cuales fueren las apariencias de las cosas.

Esta es la lección que Job ha aprendido ahora, y hé aquí por qué le pesan sus murmuraciones y todo lo que dijo en contra de su Hacedor. Se aborrece á sí mismo y se arrepiente en polvo y en ceniza. Ahora no dice como antes: que ¿recibimos los bienes del SEÑOR y no hemos de recibir también los males? No, no hay mal, no puede venir ningún mal de las manos del SEÑOR. El mal mismo es un bien cuando nos viene de sus manos. No volvería á poner los beneficios recibidos en un platillo de la balanza y las aficciones en el otro. En lo sucesivo colocará las aficciones en el mismo lugar que los bienes, pues aquellas son por demás benéficas cuando son enviadas por Dios. Así lejos de ser un contrapeso, sólo vienen á aumentar el peso de los favores recibidos. El nervio de la tentación ha sido cortado de raíz. De hoy en adelante todo el peso de las aficciones gravitará del lado de los beneficios,

y nada podrá contrabalancear su peso. El que ha logrado fijar su confianza en Dios y estima todas las cosas desde el punto de vista de las perfecciones del SEÑOR, se ha colocado enteramente fuera del alcance de los asaltos del maligno, que puedan obligarle á renunciar al servicio de Dios. Tal es la fe á que ha sido elevado Job, bajo la influencia de la inmediata é imponente presencia del SEÑOR. Se ha colocado en una posición inexpugnable y Satanás ya no podía hacerle ningún daño. El siervo del SEÑOR se halla ahora enteramente libre.

El propósito del SEÑOR al permitir que vieran sobre su siervo tan grandes aficciones, al fin ha tenido su completa realización, de manera que ya no hay motivo para que siga bajo tan opresiva situación. Por esta razón el SEÑOR intervino para hacerle desaparecer. En esta virtud lo primero que hace es ponerse del lado de Job y en contra de los enemigos de éste. «Y Jehová dijo á Elifaz temanita: mi ira se ha encendido contra tí y contra tus dos compañeros, porque no habéis hablado por mí lo recto, como mi siervo Job.» Efectivamente, de hecho habían inculpado á la Providencia, por la mala cuanto oficiosa defensa que de ella habían hecho. Por la falsedad de su conducta y por la ignorancia que manifestaron respecto de los enigmas y aparentes contradicciones de la Providencia, arrojaron más ignominia contra

la causa de Dios, que Job mismo, tratando de las mismas cosas ingenuamente para derramar más luz sobre ellas. La negación que hicieron de la aparente falta de desigualdad en la administración divina, fué más falsa y deshonrosa que audaz y temeraria fué la afirmación de Job. Los más injustos y temerarios juicios lanzados por Job contra Dios cuando aquél se hallaba ofuscado y en tan fatigosa perplejidad, son todavía menos reprobables que sus falaces discursos y sus infundadas inferencias. Al afirmar infundadamente que Dios trataba á Job como á cualquiera otro delincuente, de un modo indirecto acusaban á Dios de injusticia y crueldad. Las impacientes quejas de Job, cuando se hallaba tan agobiado por el dolor, fueron todavía menos ofensivas para Dios que los falsos discursos de Elifaz y sus compañeros. Y ahora que humilde y compungido se arrepiente de todo cuanto había dicho, todo le fué perdonado y todo se relegó al olvido, en tanto que se recuerda su noble y leal confesión, que prostrado en tierra y sangrando, por decirlo así, por todos los poros de su cuerpo, acaba de hacer, y por la cual eleva al SEÑOR sobre su trono y se declara sometido incondicionalmente á su santa voluntad.

Los amigos de Job que lo creían como alejado del favor de Dios, no podrán ser restituidos á dicho favor sino mediante la intercesión

de su despreciado amigo. Mas esta intercesión no se les negó, por predisposición ó resentimiento á causa de su anterior comportamiento. La amargura y acritud que manifestó en sus primeros discursos ha desaparecido de su alma. Job ha olvidado las ofensas de sus amigos, así como Dios se olvidó de las de él. Y con esta nueva evidencia de lo benéfico que le habían sido sus aflicciones, termina su cautividad, y su primitiva prosperidad comienza y se aumenta.

En suma, ahora se halla enteramente libre de los lazos de Satanás, y descargado del peso de su gran dolor. La explicación de los sufrimientos de los hijos de Dios según se sugiere en el caso de Job, puede expresarse más ó menos exactamente en los siguientes términos: Proporcionan al enemigo una prueba inequívoca de la integridad del que sufre. Mientras más terrible sea la lucha, tanto más se desarrollan la fe y las otras gracias que se posean, al mismo tiempo que nos proporciona el medio de adquirir ideas más exactas de las verdades divinas. Semejantes aflicciones son enviadas por Dios con propósitos misericordiosos, y dan ocasión á que el SEÑOR mismo se revele á las almas puras con mayor majestad y grandeza, siendo la consecuencia de todo, el estar más cerca de Dios que antes, á la vez que su prosperidad y dicha se aumentan en la misma proporción.

«Hé aquí, dice el apóstol Santiago, llamamos bienaventurados á los que han soportado la aflicción. Habéis oído de la paciencia de Job y habéis visto el fin del SEÑOR, que el SEÑOR es muy misericordioso y compasivo» (Sant. 5: 11).

CAPITULO X.

EL LIBRO DE JOB EN RELACIÓN CON EL PLAN GENERAL DE LAS SANTAS ESCRITURAS.

Bienaventurados los que
lloran; porque ellos se-
rán consolados.

MATEO 5:4.

NUESTRAS investigaciones á través del Libro de Job, han sido tan profundas y detenidas como lo han permitido nuestros esfuerzos. Hemos procurado trazar la dolorosa tentación que describe, desde que comienza hasta verla desaparecer. Hemos notado la parte que tomaron cada uno de los actores de esa lucha formidable, á saber: Satanás, la esposa de Job, los tres amigos de éste, Eliú y el SEÑOR. Hemos notado también el comportamiento de Job al través de toda ella. Además, nos hemos esforzado en presentar con claridad las enseñanzas de esta misteriosa dispensación á medida que nos han sido sugeridas por el texto. Nuestro trabajo, sin embargo, no ha ter-

minado todavía. Si queremos tener una idea exacta de este importante libro, debemos saber no sólo lo que es, sino también cuál es su objeto. Hemos encontrado los gérmenes de muchas verdades que serán desarrolladas posteriormente. Aquí y allí hemos sorprendido hermosas series de pensamientos, que cuando se desarrollen debidamente nos llevarán á conclusiones de gran trascendencia. Las aflicciones del patriarca de Uz, han venido á ser para nosotros como la herida roca del desierto: copioso manantial de consuelo. Esta preciosa fuente cuyo caudal se aumenta á cada paso por nuevas y frescas corrientes, lleva consigo innumerables bendiciones y al fin desagua en el infinito é insondable océano de la gracia y del amor divinos, sobre cuyas tranquilas aguas somos llevados por el Evangelio.

Ningún libro de la Biblia debe considerarse independiente de los otros, ni se podrá comprender si se estudia aisladamente. Cada uno es parte de una revelación que gradualmente se va desarrollando. Todos son partes de un sistema inteligentemente ordenado. Son eslabones de una misma cadena. Son miembros de un organismo. Son lo que son, no sólo por sí mismos, sino que han sido escritos teniendo en cuenta la posición que debían ocupar y las funciones que debían desempeñar en el plan general de la obra. La historia de Job es solamente

una de entre un gran conjunto de hechos que ilustran la providencia de Dios respecto del hombre y revelan su plan de gracia. El Libro de Job no es más que uno de entre una larga serie de escritos inspirados por medio de los cuales quiso Dios darnos su voluntad y revelarse á sí mismo. ¿Cuál es precisamente la parte que toma en la gradual revelación de la verdad divina? ¿Qué añade á lo que se había revelado? ¿Qué preparación hace para lo que seguirá después? ¿Qué fuerza educativa imprime á la confianza que inspira en el hombre, y que tan fecunda viene á ser en buenos resultados?

Es imposible desarrollar un tema tan extenso como este, en el corto espacio á que por ahora debemos limitarnos. Y pretender hacerlo sin tener en cuenta las circunstancias, no sería sino presunción y arrogancia. Basta á nuestro propósito aventurar algunas observaciones por vía de sugestión.

Tanto en el orden lógico como en el de los hechos, la Ley precede al Evangelio. Esta es la experiencia de los pueblos y de la humanidad entera, es la del pueblo escogido de Dios y la de cada individuo en particular. El pacto de obras antecedió al de gracia; la sentencia contra la trasgresión de nuestros primeros padres, precedió á la promesa de que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente; la ley dada por Moisés fué primero que la gra-

cia y la verdad que vinieron por Jesu-Cristo, y de la misma manera la convicción de pecado precede á la fe en la salvación gratuita. Si no se tiene idea de lo que merece el pecado y del inflexible juicio de Dios contra él, no se puede sentir la necesidad ni apreciar en todo su valor la oferta de salvación. Es un requisito inevitable que la doctrina de la retribución precediera á la de la salvación por gracia. Dios debe ser conocido como Legislador y Juez antes de ser conocido como Redentor.

Puede decirse en términos generales que el Antiguo Testamento contiene la Ley, y el Nuevo, el Evangelio. Es en este sentido en que los pone en contraste el Apóstol Pablo al hablar de sus tendencias finales, diciendo: «la letra mata, mas el espíritu vivifica» (2^a Cor. 3:6). El cimiento es amplio y profundo y quedó firmemente consolidado por todo el tiempo que el SEÑOR aleccionó al hombre para imprimir en él la doctrina esencial de su justicia. ¿Qué es, en efecto, el Antiguo Testamento considerado en sus grandes divisiones, si nó la Ley proclamada en el Sinaí, confirmada por la providencial sanción de la Historia, piadosamente meditada y practicada por los Salmistas y por otros inspirados cantores, y ampliada y reforzada por la revelación de los Profetas? Cuando la ley quedó impresa en la mente, corazón y vida del hombre por todos estos medios, en-

tonces y sólo entonces, pudo existir la base adecuada sobre la cual debía levantarse el nuevo, el sólido é incommensurable edificio de la gracia de Dios.

Sin embargo, aunque los dos Testamentos sean esencialmente lo que acabamos de decir, no hemos de creer que sean exclusivamente eso. Semejante apreciación, aunque en el fondo sea correcta, no es del todo completa. El Evangelio ha sido testificado por la Ley y los profetas; y la fe en Jesu-Cristo, confirma y establece la Ley. (Romanos 3:21 y 31). Juntamente con la revelación de la justicia de Dios en el Antiguo Testamento, encontramos una coordinada revelación de su gracia que va en aumento progresivo desde el principio hasta el fin. Cada paso que se da en la presentación de la una, va seguido invariablemente de su correspondiente avance en el conocimiento de la otra. El juicio y la misericordia ya se nos presentan unidos, ya en oposición, no siendo, sin embargo, sino diferentes aspectos de la misma bondad divina. Los hechos y declaraciones que confirman á aquel, sirven á la vez para ilustrar y confirmar á esta. Y de un modo semejante estas dos series de enseñanzas paralelas y progresivas se muestran lado á lado á través de toda la revelación antigua.

Mas aunque el Evangelio fué substancialmente predicado antes de la venida de Cristo,

esto se hizo bajo formas esencialmente legales. El perdón del pecado y la reconciliación con Dios, por ejemplo, tenían que efectuarse por medio de los sacrificios que prefiguraban, es verdad, la propiciación del Hijo de Dios, y de ella derivaban toda su eficacia, pero con todo, era una ceremonia instituida por la Ley para ser ejecutada por el mismo que hacía la ofrenda, y venía á formar parte de su propia justicia ante la Ley. La misericordia que se le dispensaba, sin duda que la recibía como una gracia inmerecida, mas, sin embargo, era como una prueba de aceptación y justificación á que se había hecho acreedor por actos ejecutados por él mismo. La gracia en virtud de la cual se perdona el pecado, no se pierde de vista, es cierto, pero no aparece tan prominente y gloriosa, ni en forma tan adecuada y sencilla como ahora, cuando los sacrificios que la tipificaban, han tenido su pleno cumplimiento y se han invalidado por la gran realidad efectuada por Cristo, y nuestro perdón y justificación nos son ofrecidos por otra persona en nuestro lugar.

Y tanto cuanto la libre gracia del Evangelio dejó de exhibirse en toda su plenitud, fué igualmente imposible que la Ley misma, para la cual casi toda la antigua dispensación fué ordenada, pudiera mostrar toda su extensión y espiritualidad. Las tinieblas, relámpagos y amenazas del Sinaí, jamás podían dar á la Ley tanta ma-

jestad ni tan poderosa sanción, ni ejercer tan irresistible influencia sobre el corazón del hombre; ni la extensión de los mandamientos pudo jamás mostrarse de modo tan admirable como en la transacción del Calvario.

Pasemos ahora á inquirir la función particular asignada al Libro de Job en el desenvolvimiento de esta doble revelación de la Ley y del Evangelio. Uno de sus rasgos característicos más obvios, común á otros libros poéticos de la Escritura, y que lo pone en notable contraste con el resto del Antiguo Testamento, es que se ocupa de un hecho enteramente personal. Los libros de Moisés contienen el pacto de Dios con Israel, como nación. Los libros históricos registran los hechos de la providencia de Dios con respecto á su pueblo en general. Los libros de los profetas dan á conocer la voluntad de Dios concerniente á Israel, su pueblo escogido. Enseñan, además, los principios y métodos de la divina administración. Contienen las promesas y amenazas hechas al pueblo en su totalidad ó á una porción considerable de él, así como el anuncio del porvenir de algunos individuos. Si la prosperidad y la abundancia venían sobre el pueblo obediente, participaban de ella los malvados y los rebeldes. Si la nación entera, á causa de sus transgresiones era llevada en cautividad, aun los justos sufrían la misma calamidad. Mas el caso de

Job es enteramente excepcional, por tratarse de su sola persona. Se le ha tratado en su calidad de individuo y no como representante de algún linaje ó nación, ni como representante del pueblo del pacto, porque no pertenecía á él. En su historia no se ve la justicia de Dios, respecto de Israel, sino con respecto á un individuo en particular.

Los Salmos registran las devotas meditaciones y las aspiraciones de las almas piadosas, tomando como tema los atributos de Dios, su palabra ó sus obras. El Cantar de los Cantares de Salomón, celebra la divina institución del matrimonio, formando admirable contraste con el Salmo 45. Las Lamentaciones son propiamente un apéndice de la profecía de Jeremías. Pero los otros tres Libros poéticos de la Escritura nos presentan la justicia de Dios en los acontecimientos de la vida humana. Los Proverbios la representan como entretejida en los hechos ordinarios de la vida y que caen bajo la observación de todos. En la totalidad de los casos, y como regla general, así como en conformidad con la natural tendencia de las cosas, la virtud recibe su recompensa, el vicio su castigo. Pero esta regla general tiene sus excepciones. El orden general de la Providencia tal cual lo representan los Proverbios, tiene al parecer dos excepciones. Son estas tan singulares y de un carácter tan serio, y por

otra parte ocurren con tanta frecuencia, que no pueden menos que interesar nuestra atención. Por una parte encontramos prosperidad sin piedad y por la otra piedad sin prosperidad. Del primero de dichos casos se ocupa el Libro del Eclesiastés. Nos representa á un hombre de extraordinaria sabiduría y con todas las comodidades que proporcionan la abundancia y la riqueza de las cortes orientales, un hombre que de antemano se propone la satisfacción que debe encontrar en los placeres á que se entrega, pero que al fin sólo encuentra vanidad y hastío en todas las cosas. Y después de repetidos é inútiles experimentos por toda su vida, al fin llega á la conclusión de que el temor de Dios y la observancia de sus mandamientos, son la única fuente de placer y felicidad para el hombre.

La otra excepción nos la proporciona el Libro de Job. Aquí en efecto se nos ofrece un caso de piedad sin prosperidad, ó en otras palabras: la manifestación de la justicia de Dios en el sufrimiento de un hombre piadoso. Todas las enseñanzas se derivan de ese tema ó se infieren de él. Es, pues, ahí donde debemos buscar el desarrollo doctrinal que le corresponde en su relación con el sistema del Antiguo Testamento. La justicia de Dios en su más general y obvia manifestación se nos presenta en él como el asunto capital. Esto lo dan por

sentado, como cosa bien entendida, tanto Job como sus amigos. Pero ocurrió una crisis en la historia espiritual de Job, y entonces la opinión que hasta ese momento habían sostenido, apareció del todo inadecuada. Un cambio imprevisto introdujo la desavenencia en las defectuosas nociones que acerca de la justicia de Dios abrigaban. A la lucha que siguió á dicho cambio adquieren más luz, y sus ideas sobre el asunto vienen á ser más exactas. La justicia de Dios no ha sido bien comprendida bajo dos aspectos, pertenecientes ambos á los dos polos de la verdad contenida en el Antiguo Testamento, ó á las dos facetas de su sistema de doctrina, á saber, la Ley y el Evangelio. Pero la cuestión que inquieta al alma de Job es la concerniente á su relación personal con Dios. ¿Es el objeto del desagrado divino, ó Dios está efectuando su salvación? Mas en realidad nada sabía ni respecto del alcance de la ira de Dios ni de la grandeza de su obra salvadora. La justicia de Dios condenó á Job por más de lo que él podía imaginar; aunque lo que á él le parecía ser una sentencia de muerte, no era sino un don de gracia.

La nueva impresión que recibió Job acerca de la extensión y espiritualidad de la Ley se infiere claramente del cambio de lenguaje que se advierte al hablar él de sí mismo. La aserción de su propia justicia que tan á menudo repetía

y que le condujo hasta el extremo de acusar á Dios de haberle infligido sufrimientos que no merecía, es sustituida por la penitente confesión de su pecado é indignidad, hecha en los términos siguientes: «Por tanto me aborrezco á mí mismo y me arrepiento en polvo y en ceniza.» La causa de un cambio tan notable fueron las instrucciones suministradas por Eliú y la imponente manifestación del SEÑOR. Eliú quitó de su camino los tropiezos que sus falsas conclusiones había levantado, enseñándole que en los extraordinarios sufrimientos que le habían sobrevenido, Dios no le trataba como á un transgresor de la peor clase. Removida la causa que predisponía su ánimo, ahora se halla listo para escuchar sin preocupación las sugerencias que acerca de la gravedad del pecado, le hará Eliú. El pecado no consiste simplemente en las trasgresiones abiertas de la ley, tales como aquellas que fueron denunciadas por los amigos de Job, sino lo son también el orgullo y las malas inclinaciones del corazón. (33:17.) Tornados de esta manera sus pensamientos al interior de su conciencia, Job encuentra razones suficientes para tener como cariñosa reprehensión el castigo del SEÑOR, cosa que no había comprendido hasta entonces, por tanto ahora no puede juzgarse á sí mismo con tanta indulgencia como antes.

Pero ninguno de los piadosos del Antiguo

Testamento pudo formar una idea de lo que el Nuevo Testamento nos enseña respecto de la Ley y del pecado, ni era posible que la consiguieran, puesto que la doctrina cristiana, que sirve de base á dichas enseñanzas, aun no se había revelado. Esto debemos tenerlo presente al juzgar acerca del lenguaje que tales personas emplean al hablar de sí mismas. Las vemos sostener su propia justicia delante de Dios cuando esperábamos oírles confesar humildemente su falta de méritos. Las vemos apelar á la justicia de Dios cuando abogan por su salvación, en vez de implorarla por misericordia. Nos es verdaderamente difícil comprender sus sentimientos. Más todavía, apenas podemos dejar de acusarlas de irreverencia, y no nos explicamos cómo semejantes personas pudieran hablar de la manera que lo hacen.

Sin embargo, es evidente, á la vez que da una ilustración práctica del asunto, el hecho de que semejantes referencias á su propia justicia, en su mayor parte las hacen en oposición á las falsas imputaciones de maldad que implícita ó terminantemente les hacían algunos de sus contemporáneos. El Salmista lo mismo que Job, con frecuencia se quejan de ser injustamente calumniados y difamados, y ambos se indignan y se creen con derecho á probar su inocencia de aquello que falsamente se les atribuye. Mas no se limitan á defender su integri-

dad ni pretenden, solamente, poseer una justicia que se halla libre de la censura de los hombres, sino que á la vez que confiesan su total depravación, sostienen con igual energía que bien pueden comparecer ante el tribunal de Dios y merecer su aprobación.

Es igualmente cierto que al hacer semejantes apelaciones á la justicia de Dios comprenden bajo la misma expresión tanto su rectitud como su fidelidad. Entienden por la justicia de Dios aquel atributo en virtud de lo cual hará lo recto, no sólo en atención á los méritos de sus siervos, sino también en atención á su misericordioso pacto. Recuerdan su pacto lo mismo que sus promesas, y la justicia de Dios les asegura que guardará la palabra que misericordiosamente les ha dado.

Mas á pesar de todas estas aclaraciones y á pesar de toda su humildad, siempre será notable el contraste entre su actitud y la del apóstol Pablo, por ejemplo al hablar de sí mismo y de sus méritos. «No por obras de justicia que nosotros habíamos hecho, mas por su misericordia nos salvó.» Yo soy carnal vendido bajo el pecado. ¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librárá de este cuerpo de muerte? (Fil. 3:5; Rom. 7:14, 24). Semejante experiencia sólo se encuentra en el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento encontramos arrepentimiento; hallamos confesión de

pecado. Podemos cerciorarnos de que se tenían profundas ideas en cuanto á la gravedad del pecado. Se ora implorando el perdón del pecado. Hallamos ardientes protestas de enmienda y solemnes propósitos de ajustarse á la voluntad de Dios. En una palabra, se encuentran todos los elementos y gérmenes de la experiencia apostólica, pero jamás tuvieron la animación y expansibilidad que alcanzaron en la nueva dispensación ni ejercieron tal ascendiente en el alma de los piadosos, que pudieran modelar sus pensamientos y sentimientos hasta ponerlos en actitud constante de reconocer su indignidad y falta de méritos ante Dios. Y ¿por qué? Porque ellos no pudieron recibir ni comprender la gran lección de la cruz de Cristo. La antigua dispensación sólo podía dar alguna idea respecto de la miseria del hombre. Pero la vileza del pecado sólo podía verse con toda claridad á la luz de los méritos infinitos de la gran propiciación que fué necesario efectuar en el Calvario. Y la absoluta deficiencia de nuestra propia justicia se evidencía, por el hecho de que el hombre no se justifica porque adquiera alguna dignidad ó mérito sino por su sola confianza en la justicia de otro. Sin embargo, la profunda convicción de su miseria á la vez que lo eleva, altera total y necesariamente la estructura de su piedad. Cambia por completo las bases de su posición á la vista de

Dios, ó al menos lo pone en capacidad de ver con más claridad, cuál es su verdadero estado. Quitada toda idea contraria y á la vez la posibilidad de que el hombre pueda imaginarse que de alguna manera ha contribuido á la firmeza de su posición ó á la seguridad de su esperanza. Pero esto mientras destruye toda presunción ó alegato de mérito ó de propia justicia ante Dios, da una nueva é indestructible base de confianza en El, confianza que ningún artificio de Satanás podrá conmover, ni tormentos ni aflicciones minar.

Es, sin embargo, el lado del Evangelio hacia donde principalmente se inclinan las enseñanzas del Libro de Job. Todas se encaminan en dirección de la amplia y comprensiva revelación que posteriormente se hizo, aunque en ningún caso traspasa los límites prescritos al conocimiento que entonces se tenía de la gracia de Dios, ni anticipa nada de la gloria con que más tarde había de brillar. El carácter predominante de la piedad en la antigua dispensación «es el temor del Señor.» (28:28). El amor á Dios que nace del conocimiento y creencia que abrigamos de que Dios nos ama, aun no se había hecho perfecto en ellos. (I Juan 4:16-18).

En este desarrollo de la verdad evangélica, que se operaba en la antigua dispensación, tampoco debemos esperar una representación com-

pleta y explícita de la persona del Mesías. En sus aflicciones individuales los santos del Antiguo Testamento, jamás le invocaron de un modo distinto y directo. En general, se le representa más bien como la esperanza de Israel y el Salvador del mundo. Cuando el pueblo de Dios faltaba en algo y le afligían ó amenazaban las calamidades con que frecuentemente se le castigaba, ó cuando se hallaba oprimido por sus adversarios, ó finalmente, cuando se le anunciaba la ruina de sus soberbios opresores, entonces los profetas hablaban del Mesías, como de Aquél en cuyo tiempo Judá sería salvo é Israel habitaría confiadamente, y bajo cuyo glorioso reino todas las naciones irían á congregarse al monte del SEÑOR. Entonces sus espadas se convertirían en arados y el arte de la guerra no se conocería más. No tenían idea clara de que ese mismo Salvador concurriría personalmente á librarlos de sus aflicciones individuales. De aquí que aquellos que sufren no invoquen distintamente el nombre del Mesías, implorando su ayuda ó protección sino el nombre del SEÑOR, sin saber que están dirigiendo sus plegarias á la Persona cuya aparición sería el principio de su glorioso futuro.

Pero al dirigirse al SEÑOR como á su Redentor según el pacto hecho con sus padres, solicitando la ayuda que sólo El podía impartirles, y reconociéndolo como la única base de su con-

fianza, así como el único objeto de su amor y esperanza; de hecho, si no en la forma, es al Hijo de Dios á quien se dirigen en sus peticiones. Además todo el conocimiento que habían adquirido respecto de su divino Salvador, y el homenaje que se les había enseñado á rendirle así como la confianza que en El depositaban todos, todo, en una palabra, era una preparación directa para la doctrina de Cristo. No sabían, sin embargo, que esta línea de conocimientos convergía hacia la otra que conducía al Hijo de David, al Rey de Israel. El punto de reunión se hizo perfectamente visible cuando el Verbo se hizo carne. Entonces el divino Redentor, y el Salvador prometido, el SEÑOR del cielo de quien las almas afligidas demandaban socorro y el Hijo de Abraham en quien serían benditas todas las naciones de la tierra, El que frustró los designios de Satanás y libró á Job de sus lazos, y la Simiente de la mujer que en la cruz aplastó la cabeza de la serpiente, y restauró con ello á la humanidad caída, tuvieron su perfecta identificación en Jesús de Nazaret.

Otros elementos de instrucción Mesiánica que nos suministra el libro de Job, se encuentran en el carácter típico de éste y de Eliú. Cada uno de dichos personajes es tipo de algo que encuentra su más perfecto cumplimiento en Cristo. Si el autor del Libro, ó los que en

ese tiempo lo leyeron, entendieron esto ó nó, es cosa bien difícil de comprobar. En todo caso, hay una admirable conformidad entre los dos tipos con el modelo que del Salvador se fué revelado después. El carácter ú oficios que asumen, seguramente que se pudo comprender mejor, cuando tales cosas se realizaron en Cristo, porque antes fueron representadas con más claridad por otros profetas. Además, la idea culminante del Libro concuerda de tal manera con la que se tenía del Salvador prometido tal cual se representa en otras partes del Antiguo Testamento, que nos vemos inducidos á creer que el tipo fué reconocido por los otros escritores inspirados.

En uno de los artículos anteriores nos hemos ocupado algo de la correspondencia típica entre Job angustiado y afligido y el Varón de dolores de que habla la Escritura. Esta no es una mera relación casual de semejanza accidental, sino que se apoya en un principio general de la divina administración. Es un principio uniformemente aplicado por Dios en su providencia con sus hijos, el que éstos se perfeccionen por medio del sufrimiento. Esto sucedió con Job, así ha sucedido siempre y esto sucederá en todas las edades. Las circunstancias y el modo pueden variar, pero la ley será la misma. Esto mismo pasó con el Hijo de Dios cuando se manifestó en carne humana.

«Aprendió la obediencia por medio del sufrimiento, y siendo perfecto vino á ser el autor de la salud para todos los que le obedecen.» (Heb. 5:8, 9). Este método uniforme de la gracia de Dios se advierte principalmente en los autores de los Salmos, quienes previeron y anunciaron su aplicación más profunda. Partiendo de la experiencia de sus propias pruebas y de los benéficos resultados que de ellos han obtenido, tanto ellos como otros con mucha frecuencia describen al justo y al piadoso como agobiado por el sufrimiento. (Véanse los Sal. 6, 69 y 71.) La pintura que de él hacen, es en la mayor parte de los casos general, y tal que pueda verse ejemplificada en un gran número de siervos fieles de Dios, quienes aunque débiles, imperfectos y pecadores, sin embargo pudieron pasar las profundas aguas que los anegaban con seguridad y ser salvos por la gracia de Dios. Pero algunas veces (como en el Salmo 22) la pintura es más bien un ideal que la descripción de un hecho. Los rasgos característicos de la humanidad se conservan, pero las excelencias llegan á la perfección; las imperfecciones humanas desaparecen ante la impecabilidad absoluta del sér retratado; al sufrimiento sigue la más gloriosa exaltación y los benéficos resultados que siguen, traspasan los límites del tiempo y del espacio. La pintura es humana, y sin embargo excede todos los lí-

mites de la experiencia. No tiene ni puede tener más que una sola realización; el varón santo y afligido á que se refiere es el Hijo de Dios hecho hombre.

Eliú mismo es un «intérprete ó mensajero» (33:23, 24) «uno de entre mil enviado para enseñar al hombre lo recto.» Ha sido elegido de entre otros muchos y enviado por Dios para enseñar á Job la voluntad de Dios y el propósito de su misteriosa dispensación, á la vez que para darle á conocer su deber en el caso. Y esto por el resultado previsto por él «que Dios tuvo misericordia de su siervo, que le libró de descender al sepulcro, que halló redención.» Eliú desempeña, pues, el papel de uno que es divinamente comisionado y el de un instructor eficaz; obra como el instrumento de salvación de su afligido y menesteroso amigo. Desempeñó en su humilde esfera las funciones del gran Maestro y profeta del SEÑOR, quien de conformidad con aquella intachable vindicación que había previsto Eliú, dice «libró su alma del sepulcro y halló redención.» Solamente que entonces la redención no se limita al sentido figurado en que Eliú usa la palabra, á saber, que nos libraría de sufrimientos exteriores como indicio del mejoramiento de nuestro estado espiritual, y como prenda de que nos veríamos libres de ulteriores sufrimientos. El gran Maestro ha efectuado la redención

en el estricto y propio sentido de la palabra, librando á su pueblo de la esclavitud espiritual que le oprimía.

Como el Libro de Job se circunscribe al conflicto en que este hombre de Dios se vió envuelto, naturalmente sus principales enseñanzas son relativas al enemigo con quien tuvo que luchar y al auxilio y protección que se le impartió. Su verdadero enemigo no era Dios, como afirmaban Elifaz y sus compañeros y como él mismo llegó á creer, sino Satanás. Este modo de ver el caso arroja mucha luz en las tinieblas que le rodean. El gran enemigo de la paz y justicia del hombre se nos presenta por primera vez en la Escritura descubierto en su verdadero carácter y personalidad. La serpiente tentó á Eva, y aunque la historia de la caída da por sentada la agencia de un ser espiritual, sin embargo, no se menciona explícitamente sino sólo la deja inferir. Mas aquí se habla claramente de su naturaleza espiritual, de su malignidad, de su poder, astucia y de su incansable actividad para el mal. Al mismo tiempo se nos enseña que se halla restringido y gobernado por un poder y sabiduría superior á la suya, y que á pesar de sus perversos designios el bien surge del mal por la misericordia y gracia de Dios. Este es un paso muy importante hacia la amplitud con que en el Nuevo Testamento se nos revela este asunto, pues allí se nos pre-

senta, no simplemente como un adversario individual, sino como una verdadera jerarquía, con sus principados y potestades, que tiene á su servicio una multitud de espíritus caídos; y además se nos da una idea muy extensa de lo ilimitado del campo de la lucha y de la manera como se llevará á cabo, asegurándonos al mismo tiempo que el gran adversario ha sido vencido por el Capitán y Consumador de nuestra salvación quien lo llevará encadenado á los pies de su pueblo.

Hemos visto ya que la aflicción de Job fué una prueba de la sinceridad y firmeza de su piadoso temor á Dios; como su confianza en la rectitud del Señor, le condujo felizmente á través de tan amarga prueba, cuán firmemente perseveró en la creencia de que Dios no le abandonaría, á pesar de lo contrario de las apariencias, y cómo, en fin, llegó á comprender que sus sufrimientos podrían convertirse en beneficio. Mas los discípulos de Cristo tienen un firme apoyo y un manantial inagotable de consuelo, enteramente nuevo, en las muchas promesas que les aseguran del infinito amor de Dios. «El que no perdonó á su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros ¿cómo no nos ha de dar gratuitamente con él todas las cosas? Todas las cosas son nuestras, la muerte y la vida, la aflicción y la alegría. En tribulaciones, angustias y persecuciones hacemos más que ven-

cer por Aquél que nos amó. Porque ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir . . . podrán apartarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor Nuestro.» (Romanos 8:32-39). Con tal convicción los hijos de Dios se glorían en las tribulaciones, seguros de que serán guardados de todo mal, (que efectivamente lo son,) por su Padre celestial; sabiendo que la aflicción no es sino un medio de gracia, toda vez que la aflicción obra paciencia y la paciencia experiencia, y la experiencia esperanza y la esperanza no nos avergüenza; y puestos los ojos en el Capitán y Consumador de la fe, Jesús, nos regocijamos de ser semejantes á Aquél que sufrió la cruz menospreciando la vergüenza. Tal es la gran diferencia entre los apóstoles y discípulos de Cristo en medio de la aflicción y los santos del Antiguo Testamento. Las quejas y los lamentos de abandono que tan uniformemente oímos de la boca de los últimos en tiempos de angustia, se explican teniendo en cuenta el aspecto legal bajo el cual consideraban el carácter de Dios. No así los Apóstoles; éstos jamás se dejaron agobiar por los sufrimientos que les sobrevinieron. Para ellos no eran signos del desagrado de Dios sino pruebas de su amor. La aflicción no era sino un don del infinito amor de Dios, quien les confortaba en la angustia y al fin les libraba de ella.

El Evangelio revela también como jamás se reveló antes, la herencia celestial de los santos, el incommensurable peso de gloria con el cual nuestra leve tribulación no se puede comparar. En medio de su angustioso conflicto, Job fué llevado á ponerse en contacto con la doctrina de la inmortalidad; pero sólo tuvo una concepción muy limitada de esta bendita verdad y no pudo recibir ni todo el consuelo ni toda la paz que proporciona cuando es bien comprendida. La confianza que siempre abrigó de que Dios no le retiraría para siempre su favor, unida á su creencia de que no sería posible disfrutar más de dicho favor en esta vida, le llevó á la conclusión de que se le dispensaría en el mundo venidero. Abrigó esta idea de su inmortalidad cuando ya no vió más base de esperanza en la vida presente. Empero jamás le ocurrió preferirla á las cosas de este mundo. La vida sin el favor y la bendición de Dios no podía ser de más estima para él que para el Salmista que dijo: «¿A quién tengo yo en el cielo? y en la tierra nada quiero más» (Sal. 73:25). Con todo, no cabe duda que vivir contando con el favor de Dios, era su codiciada herencia y la cosa que más deseaba.

Pero esto se explica por el hecho de que aun no se le había revelado la idea de que gozar eternamente de la presencia y bendición de Dios en el mundo venidero, era cosa mucho

más deseable que la vida presente con iguales favores. Confiaba en que Dios al fin vindicaría á su siervo y se pondría de su parte. Sin embargo no había podido elevarse ni sobreponerse á la sombría y melancólica idea que abrigaba respecto del mundo de los espíritus, para que pudiera engolfarse en la plena y consoladora idea de una vida con Dios, vida libre de todo pecado y sufrimiento; una vida llena de gloria y de eterna bienaventuranza. No fué sino hasta que el divino Redentor apareció, y hasta que la gran redención con sus infinitos beneficios se efectuó, cuando el hombre pudo decir con el Apostol Pablo: «si el vivir es Cristo, sin embargo morir es ganancia.»

La idea de la inmortalidad que Job pudo entrever, fué igualmente percibida por el Salmista, quien en ocasiones habla de la vida futura, pero en términos tan vagos y ambiguos, que no nos permiten determinar hasta qué grado de claridad pudo percibirla. Los profetas obtuvieron la misma cosa aunque por un camino algo diferente. El pacto de Dios con Israel aseguraba al pueblo, como tal y para siempre, el verse libre de la muerte y de la destrucción; ó en otros términos, si su situación era tan precaria que al parecer marchaba á su aniquilamiento, Dios promete que lo resucitaría y lo volvería á la vida. Y este libramiento de la muerte y de todas las malas consecuencias de

la caída, que se asegura al pueblo en su totalidad, se asegura igualmente á cada uno de sus miembros.

Mas estos ligeros vislumbres que encontramos en el Antiguo Testamento, son como nada en comparación con la claridad y refulgencia que acerca de la vida futura arroja el Nuevo Testamento. La plenitud de esta divina revelación ha cambiado por completo la idea que se tenía de la vida del hombre, así como de su destino futuro. De esta manera el creyente ha aprendido á considerar las cosas transitorias de esta vida como de muy poca importancia en comparación con la eternidad que se dilata ante su vista; á poner sus ojos en las cosas de arriba y no en las de la tierra; á guardar su tesoro en el cielo; á no fijarse en las cosas que se ven y que son temporales, sino en las invisibles y eternas. Con tan gloriosa herencia en perspectiva ¿qué son las leves y momentáneas tribulaciones que puedan affigirle aquí?

APENDICE I.

LA DOCTRINA DE LA INMORTALIDAD EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.

QUE hay una gran diferencia entre los santos de la antigua dispensación, y los fieles del Nuevo Testamento, respecto de sus ideas acerca de la inmortalidad, es por demás evidente y demostrable. Pero hay riesgo de que por mostrar semejante diferencia de un modo rotundo y absoluto, se empleen expresiones que puedan ser mal comprendidas y peor interpretadas. En lo que hemos dicho sobre este asunto en el presente estudio, no nos hemos propuesto negar ni considerar el hecho de que, desde el principio del Antiguo Testamento, la doctrina de la inmortalidad y de un estado futuro, les fué revelada á los santos de la antigua dispensación. Las indicaciones que, sobre dicho

asunto encontramos, son muchas y terminantes. Fué una de las creencias comunes á todos los pueblos de la antigüedad. Todos los paganos tuvieron alguna noción, aunque vaga é incorrecta, de la vida futura. Esta verdad se infiere de la historia de la creación del hombre; éste es el único de todos los seres creados que fué hecho á imagen y semejanza de Dios; (Gen. 1: 27) su alma le fué infundida por el soplo del SEÑOR, y se distingue explícitamente de su cuerpo material. (Gen. 2:7; Ecle. 12:7.) Se deduce también de lo que se dice acerca del árbol de la vida que había en el jardín del Edén, y de la ley que se le impuso y en la cual se relaciona la vida con la obediencia y se declara que la muerte será la pena de la transgresión, (comp. Prov. 3:18; 8:35, 36; 12:28, 14: 27; 15:24) se incluye igualmente en la promesa de redención hecha á la mujer en el Paraíso. (Gen. 3:15, comp. con Isa. 25:8 y 26:19). Se enseña claramente en la translación de Enoch (Gen. 5:24) y en la de Elías que se verificó después; (2 Rey 2:1) en la aparición de Samuel (I Sam. 28:14), y en la expresión usada al referir la muerte de los patriarcas de quienes se dice: «y fué agregado á su pueblo,» (Gén. 25:8) y en otro lugar «y toda aquella generación fué también reunida á sus padres. (Jue. 2:10) En estos y en otros pasajes, como se ve, se hace clara distinción en-

tie su entierro y su unión con sus mayores, así es que no se refiere á su cuerpo ni á su sepulcro hereditario, sino á su unión con aquellos que les habían precedido al mundo de los espíritus. La misma idea se sugiere igualmente por el término «Sheol» (Gen. 37: 35) empleado para designar la región de los muertos; término cuyo significado es obscuro en nuestras versiones, porque algunas veces se traduce «la tumba» ó «el sepulcro» y algunas veces «el infierno,» aunque no significa ni el lugar intermedio ni el lugar de tormento, sino la región común de los espíritus y á donde todos los hombres van al morir. Cuando Isaías (14:9, etc.) habla de la gran conmoción que causó á los muertos en el mundo de los espíritus, el anuncio de la muerte y caída del monarca de Babilonia, no cabe duda que el lenguaje es figurado, pero es evidente que tiene por base y á la vez comprueba la creencia en una existencia futura en la cual el individuo goza de una vida consciente y de actividad intelectual propia. Es posible que se nos dé á entender que tienen un conocimiento mejor del que poseemos en este mundo de los espíritus, cuando se dice en Job 28:22, que «la sabiduría que se oculta á los ojos de todo viviente» fué oído «por la destrucción y la muerte,» ó en otros términos, por aquellos que ya han sido presa de la muerte.

El hecho de que enterraban los cuerpos de

los muertos, en vez de quemarlos ó destruirlos de alguna otra manera, es otra indicación de que en la creencia popular, se les consideraba todavía como parte de la persona, y por tanto procuraban conservarlos en espera de una resurrección futura. Además la orden expresa de Jacob y de José, de que sus cuerpos fuesen llevados á la tierra prometida, parece indicar la interpretación que ellos daban á la promesa que tan frecuentemente se les hizo, «á tí y á tu simiente daré esta tierra;» como pensando que de esta manera tendrían una prenda que les aseguraba la posesión de aquella tierra ó al menos de la que estaba tipificada por ella. (Gen. 49:29; 50:24-25; 13:15; 35:2). Ellos lo mismo que sus hijos tenían la esperanza de participar del cumplimiento final de la promesa; de modo que la declaración hecha en Heb. 11:13-16, de la fe de los patriarcas, se halla perfectamente comprobada. Y cuando el SEÑOR mismo se llama «el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob,» (Ex. 3:6) se da á entender por esto que mantenía con ellos cierta relación que, como nuestro Salvador declaró (Mat. 22:32) y todos podemos comprender, no se limitaba á esta vida solamente, sino que se extendía á su estado después de la muerte. A todo esto se puede añadir que la creencia popular sobre este asunto, se refleja igualmente en las artes impías de nigromancia á que muchas veces se entregaron. (I Sam.

28:7, 8; Isa. 8:19). Y esto que se enseña desde el principio del Antiguo Testamento, se halla repetido y amplificado por las subsecuentes revelaciones hechas al Salmista y á los profetas.

Mas aunque todo esto es verdad y se apoya en una recta comprensión del Antiguo Testamento, sin embargo, no debemos perder de vista el gran vacío que existe entre los que vivieron antes y los que vivieron después de la venida del Hijo de Dios. Las enseñanzas del Salvador, la gran redención que llevó á cabo, su resurrección de entre los muertos, su ascensión al cielo, como el precursor y tipo de su pueblo; todo, en una palabra, nos permite comprender mucho mejor y con mayor claridad el misterioso asunto del mundo venidero, y fuentes inagotables de consuelo, desconocidas hasta entonces, fluyeron en abundancia para refrigerar á las almas afligidas. Todas las enseñanzas de la antigua dispensación son comparativamente vagas, oscuras y complexas. Tanto en las promesas como en la esperanza del pueblo se dió más énfasis á esta vida que á la futura. Se consideraba la vida presente como la esfera más prominente del deber y de la felicidad. La primera cosa que se debe tener en cuenta y hacia la cual se dirigen tanto las primitivas enseñanzas de la revelación como de la Providencia, es la idea de una vida con Dios aquí, como una

vida de fe y de obediencia. A todos los hombres se les enseñaba á santificar su presente actividad y experiencia. Si se atendía debidamente esta vida, la futura podía dejarse confiadamente en las manos de Dios, aunque no tenían sino muy ligeras nociones sobre el asunto. La más elevada concepción que pudieran adquirir de una vida con Dios en la tierra, era el único criterio de que podían disponer para formarse idea de su estado futuro en el cielo. Por tanto, la primera de dichas enseñanzas se inculcaba á todos los creyentes como un preliminar indispensable para obtener una recta comprensión de la última. La simple verdad de que el sér no se aniquila, es un dogma filosófico, mas no una verdad religiosa. Una inmortalidad sin Dios carece de toda realidad y atractivo, y viene á confundirse con las otras nociones del paganismo, quedando en consecuencia muy lejos de compararse con lo que acerca de ello se enseña en la palabra de Dios.

Hé aquí como, aunque se encuentran en el Antiguo Testamento los gérmenes de la doctrina evangélica de una gloriosa inmortalidad, sin embargo, no se sintió todo su poder ni se pudo comprender en toda su extensión. Sucedió con esta, como con otras verdades de igual importancia; la deidad del Mesías, por ejemplo, fué claramente revelada, y sin embargo no se le dió en el sistema de la antigua dispensa-

ción tanta importancia como en la nueva, ni se la pudo apreciar tanto como ahora. Por esta razón los santos de la antigua dispensación no recurrían á la doctrina de la inmortalidad en sus momentos de angustia, ni pudieron recibir de ella todo el consuelo que puede proporcionar. No pudieron servirse de ella para resolver el misterioso problema de la Providencia de Dios. No se ocuparon de ella con alegre anticipación, ni fijaron su esperanza en ella como su principal herencia.

Es evidente que los antiguos patriarcas se preparaban para la muerte con grave serenidad y que la aguardaron imperturbables y tranquilos. Jamás se quejaron al considerar este inevitable acontecimiento, ni se entristecieron al pensar que tenían que abandonar este mundo, ni expresaron tampoco el deseo de continuar en él. Los lamentos y quejas de Job y del Salmista, sólo se escaparon cuando se creían abandonados de Dios. En tales circunstancias se veían envueltos en una nube que á su parecer los arrastraba á la muerte. Consideraban las aficciones que les sobrevenían como signos de que Dios les retiraba su favor. Este es el secreto de su tristeza; no les afligía el morir, sino la idea de que Dios los desamparaba. Si, pues, tal era su situación y desamparo, su ruina era inevitable tanto en esta vida como en la futura. De ahí sus desgarradores lamentos. Pero

¿dónde podremos encontrar, ni aun entre los más favorecidos de los antiguos, un testimonio tan explícito como el del Apóstol Pablo al ver que se acercaba el fin de su carrera? «Porque yo ya estoy para ser ofrecido, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, Juez justo, en aquel día; y no sólo á mí, sino también á todos los que aman su venida.» 2^ª Timoteo 4:6-8.

APENDICE II.

ANALISIS

DE

EL LIBRO DE JOB.

TEMA: TENTACION DE JOB.

Introducción, I. 1-5.

Prosperidad y piadoso carácter de Job.

PRIMER GRADO DE LA TENTACION I. 6-22.

Pérdida de sus bienes y muerte de sus hijos. Job sale victorioso.

SEGUNDO GRADO DE LA TENTACION. II. 1-10.

Sufrimientos corporales de Job, su nueva victoria.

TERCER GRADO DE LA TENTACION. II. 11—

XLII. 17.

Persistencia de sus dolencias; su conflicto y su final restauración.

Sucesos preliminares. II. 11-13.

Llegada de sus amigos.

a. EL CONFLICTO. III—XXXI.

Quejas y lamentos de Job. cap. III.

Discursos de Job y de sus tres amigos. IV—XXXI.

Primera serie. IV—XIV.

Job en completa desesperación.

Segunda serie. XV—XXI.

Job se levanta desde la desesperación hasta la esperanza, y vence la tentación con la réplica al segundo amigo.

Tercera serie. XXII—XXXI.

Job hace nuevos amigos, pero el enigma permanece.

D. RESTAURACIÓN DE JOB

Solución teórica de Eliú. XXXII—XXXVI, como preliminar á la solución práctica del SEÑOR, ó intervención directa de Dios en la restauración de Job. XXXVIII—XLII.

1. EFECTO ESPIRITUAL. XXXVIII. 1—XLII. 6. El SEÑOR se manifiesta á Job, y de esta manera lo lleva á la humildad y al arrepentimiento.

2. EFECTO EXTERIOR. XLII. 7-17.

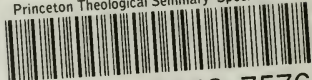
Job es justificado ante sus amigos y su primitiva prosperidad se duplica.

FIN.

BS1415.8 .G794

Exposicion del argumento del libro de

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00043 7576